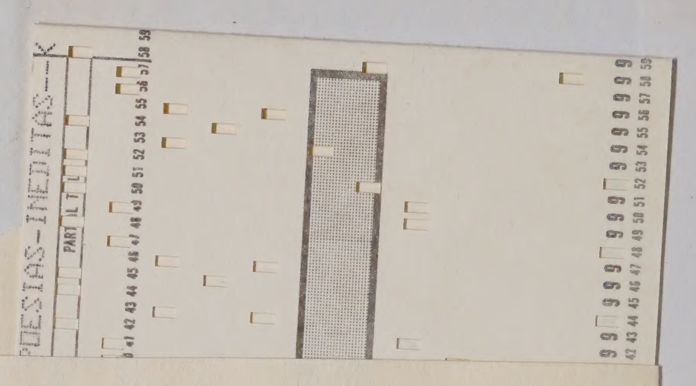
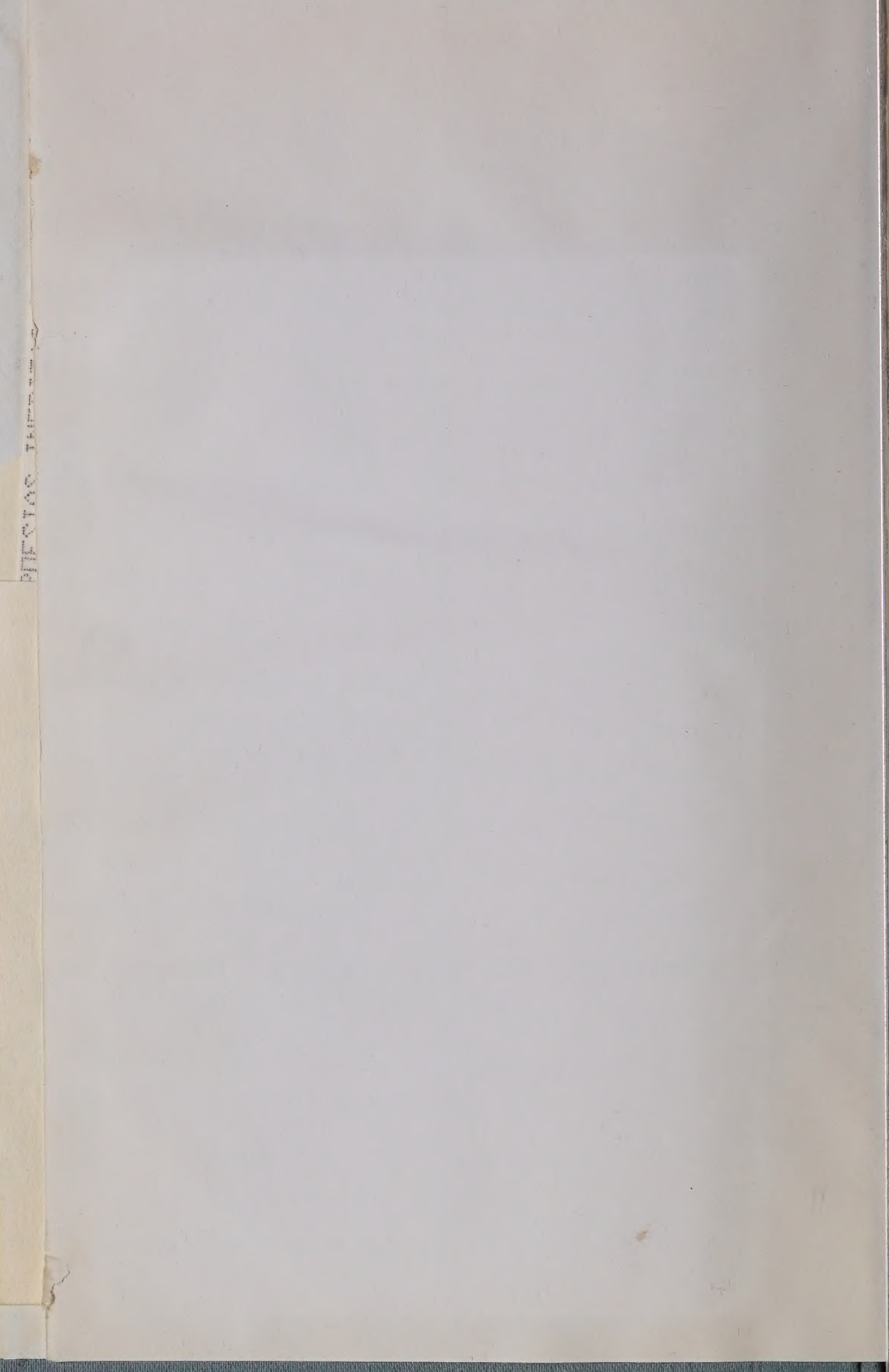






SOCIEDAD DE MENÉNDEZ Y PELAYO

POESÍAS INÉDITAS

DE

DON ALBERTO LISTA

Edición y estudio preliminar de
JOSÉ MARÍA DE COSSÍO

EXCLUSIVAS DE VENTA
DE EDITORIAL VOLUNTAD
Madrid, 1927

SOCIEDAD DE MENENDEZ Y PELAYO

POESÍAS INÉDITAS

DE

DON ALBERTO LISTA

Edición y estudio preliminar de
JOSÉ MARÍA DE COSSÍO



Editorial Voluntad, S. A. - Madrid

1927

La Sociedad de Menéndez y Pelayo restituye impreso a la Universidad de Sevilla este caudal lírico, del que Lista la quiso depositaria.

ESTUDIO PRELIMINAR

Trata de cumplir este libro uno de los más queridos fines de la *Sociedad de Menéndez y Pelayo:* el de poner en circulación los textos inéditos, de interés para nuestra historia literaria, que posee la biblioteca legada por el Maestro inolvidable a la ciudad de Santander.

Se han reunido en este libro las poesías inéditas que contiene un cuaderno autógrafo de D. Alberto Lista, custodiado en la Biblioteca.

Podría haberse aumentado este caudal con numerosas composiciones que, por estar publicadas en revistas difícilmente accesibles al lector de hoy, pueden considerarse como desconocidas. No lo hemos hecho por poder dar a esta colección con pleno derecho el título de rigurosamente inédita, y, además, porque las dificultades de la busca, si había de hacerse con el rigor debido, superaba a nuestras posibilidades actuales de trabajo, y para hacer un ensayo in-

completo y manco hemos preferido dejar intacta la labor para otro. Llevada ésta a cabo, queda a disposición de los estudiosos toda la obra poética de Lista, y más que duplicado el caudal de su poesía hasta hoy conocida.

No me lleva mi calidad de editor a presentar a Lista como una figura de primer orden en nuestro parnaso, pero sí la creo de suficiente relieve para que no pueda prescindirse de ella en la más rigurosa antología, y para que no sea indiferente el servicio que pretendo prestar a nuestra historia literaria acrecentando su bagaje literario.

Texto tan próximo a nosotros, no nos ha parecido pertinente acompañarle de un aparato crítico de variantes—más, teniendo en cuenta que carecen las de las poesías conocidas de todo valor poético—; por fortuna, poseemos en este manuscrito el texto definitivo, corregido de propia mano de su autor.

Por pretender esta edición un interés, no de muerto texto crítico, sino de poesía viva y eficaz para nuestras sensibilidades, siquiera no siempre lo logre, hemos prescindido del orden en que están las poesías en el manuscrito para agruparlas en las mismas secciones que utilizara Lista en sus obras impresas. Acaso no hemos acertado a caracterizarlas exactamente, pues los temas y formas nuevas que incorpora el poeta a

su caudal no encajan siempre en su primitiva clasificación; con todo, hemos preferido este método para hacer más grata la lectura y más fácil la aproximación de estas nuevas poesías a las ya publicadas.

En las notas de introducción que siguen he rehuído toda alusión biográfica y todo juicio sobre su actividad crítica, dignísima de un estudio detenido y amoroso. Pretendo tan sólo valorar su obra poética ya publicada, para cuya labor hay excelentes materiales en diversos estudios contemporáneos y posteriores, y hacer destacar lo que las nuevas poesías subrayan, rectifican o acrecientan en el juicio ya formado.

I

La fundación de la *Academia de Letras Humanas*, de Sevilla, señala una honrosa fecha en la historia de nuestra cultura literaria.

En su estudio *De la moderna escuela sevillana de literatura* nos cuenta el propio Lista, y por cierto con el melancólico tono que cuadra a los recuerdos muy queridos, las vicisitudes de la fundación de la *Academia*, y la historia de su instituto y de sus contradicciones. No interesa para nuestro objeto seguir con atención esta historia externa, pero sí agrupar los juicios que

mereció de contemporáneos y posteriores literatos. La razón de este interés es clara: Lista fué sin duda quien mejor encarnó en sus obras los ideales de aquel cenáculo, quien más completamente realizó en su producción poética las aspiraciones del grupo. Por ello, cuanto se diga de la *Academia* y de los ideales de la escuela a que dió origen puede entenderse referido, en gran parte, a nuestro poeta, e inversamente, los juicios que sus versos suscitaron son aplicables a la doctrina de toda la pléyade.

Los primeros contradictores surgieron en la misma Sevilla, y no sólo en el vulgo, que con su genial oposición a toda obra cultural les dostaba, sino entre la gente docta, como el licenciado D. José Alvarez Caballero, preceptor de latinidad, que parece ser el autor de un impreso titulado *Carta familiar de Myas Sobeo a Don Rosauro de Safo*, si bien la inspiración de la obra se atribuyó a D. Antonio Vargas, buen latinista, pero excesivamente apegado a la rutina y enemigo de la novedad.

Defendió la utilidad de la escuela D. Eduardo Adrián Vacquer en el prólogo de *Poesías de una Academia de Letras Humanas...*, libro inicial de la bibliografía de Lista, pues en él figuran por primera vez en volumen varias poesías suyas, en unión de otras de Blanco y Reinoso. El prólogo defendía la conveniencia de la es-

cuela, razonando que en las bellas letras se precisa instrucción y conocer los principios del buen gusto, «los que arreglan, ilustran y enriquecen cualquier otro estudio, por docto que sea». He aquí prematuramente enunciado un principio: el del estudio de las reglas, y, por ende, de la perfección formal del poema, que había de ser capital en la flamante escuela.

Personalidad de más fuste literario, el autor de la traducción de los libros poéticos de la Biblia, D. Tomás González Carvajal, también censuró a la nueva escuela acusándola de pomposa y palabrera, y esgrimiendo contra ella el gran nombre de Fray Luis de León. Contestó por todo el grupo Reinoso en *El Correo de Sevilla*, afirmando que es lícito al poeta usar de palabras extraordinarias, y más significativas que las de la prosa, así como que la altisonancia es una virtud lírica. Este escogimiento de vocablos trataba de resucitar el empeño de Herrera de crear un lenguaje poético, intento glosado en el memorable prólogo de Estala a las poesías del cantor de la batalla de Lepanto. La notable doctrina de esta pieza crítica, en ese punto, coincide en todo con la de la escuela sevillana, y es muy de tenerse presente para rectamente interpretar a nuestro D. Alberto Lista y a sus compañeros de escuela.

Con ocasión de la crítica hecha por Quintana

de *La Inocencia perdida,* el poema de Reinoso, surgió una notable réplica de D. José María Blanco, en que parece llevar la voz de la escuela, y en la cual contienda no llevó la peor parte. Por no referirse a lo más característico de la orientación del grupo, sino más bien a un episodio, tocante sólo a uno de sus miembros, no amplío más esta referencia.

Entre los posteriores censores de la escuela ocupa lugar eminente el ilustre escritor D. Antonio Alcalá Galiano, quien en un razonado estudio señala con clarividencia los puntos más débiles de la poesía de los reformadores sevillanos.

«Aspiraban—dice—a reproducir a fines del siglo XVIII la poesía del XVI y años primeros del siguiente, y a reproducirla tal cual era, y, sobre todo, a renovar la dicción de Fernando de Herrera, su ídolo, y de los que del, a su entender, tan perfecto modelo habían sido principales secuaces e imitadores. De ello se desprende haber sido la nueva escuela tan artificial cuanto serlo cabe.»

De expresar sentimientos impropios de la profesión de estos poetas se seguía ser «fingidas las pasiones que expresaban y que, como figuradas y no sentidas, apareciesen artificiosas, tibias o vagas y comunes, en lugar de ser vehementes o

intensas: mero producto de las reglas de su doctrina que les mandaba tener amores y cantarlos...» «El lenguaje poético llegaron a considerarle como la parte principal de la poesía. Ahora, pues, aun cuando... sea de grandísima importancia la belleza de la forma, conviene considerar que, buscándola por remedo o mero estudio, suele desatenderse la inspiración que lleva a encontrarla, y también que la belleza de la forma, lejos de estar reñida con la sencillez y naturalidad, la quiere por consorte, sin lo cual se cae en lo que llaman los pintores amaneramiento... Que en poesía pueden y deben usarse algunos vocablos y giros que no consiente la prosa, ni aun la más entonada, es muy cierto... pero en la pasión ciega al lenguaje poético es común tropezar con más de un escollo, siendo de éstos uno tomar lo extravagante por bello y exquisito, y otro, si no mayor más peligroso, figurarse que con el uso de frases y voces rebuscadas y peregrinas un pensamiento trivial adquiere valor más subido.» Esta severa crítica, inspirada en la corriente romántica, trata de dulcificarla haciendo constar que al lado de la poesía espontánea e inspirada puede tener cabida, más humildemente, la poesía artificial, correcta e imitadora. «La escuela sevillana—concluye—conservaba o renovaba buenas tradiciones en buenos ejemplos.»

Capital en todos los casos que se susciten sobre poesía del siglo XVIII es la opinión del marqués de Valmar, su elegante historiador. En su *Bosquejo histórico crítico...*, que en realidad es una definitiva historia de ella en muy poco añadida, y en ninguna línea esencial modificada, sienta su juicio sobre la escuela sevillana. Su principal pecado—asevera—«fué el ser demasiado escuela, extremando la tendencia imitadora, funesta condición del clasicismo mal entendido, y dando a la entonación y a las formas del lenguaje cierta uniformidad palabrera y monótona... Lista anteponía a todo en la poesía la forma artificial y estudiada. Fervoroso admirador de Herrera, decía de él que había cultivado la poesía de dicción. A la luz de la crítica del tiempo presente, poesía de dicción suena como una paradoja o como el error de quien toma la vestidura y el ornato por la esencia de la belleza. Algo más que dicción limpia y lenguaje entonado, robusto y peregrino hay en el lirismo elevado de Herrera. La escuela moderna sevillana no logró, a pesar de las quiméricas creencias de algunos de sus individuos, el objeto que se propuso, que fué, según afirma Lista, «resucitar la antigua de los Herreras, Riojas y Jáureguis». Esto era aspirar a un imposible. La poesía verdadera no resucita nunca el espíritu genuino, ni siquiera el lenguaje espontáneo de las civiliza-

ciones pasadas. Pero no por eso su gloria es menos grande. En su vida efímera puso en lugar muy alto la cultura literaria de Andalucía, y con el ejemplo y la doctrina hizo renovar a la poesía sevillana su dignidad perdida y alguna parte de su esplendor antiguo.»

Al historiar las ideas estéticas en España en el siglo XVIII hace Menéndez y Pelayo un excelente examen de la moderna escuela sevillana de poesía, dando su juicio sobre la *Academia de Letras Humanas* y su influencia y significación. «Es cierto—dice el mestro de la crítica contemporánea—que mucha de aquella poesía era artificial; pero con noble y bien encaminado artificio, con elevación y dignidad en los asuntos y en los pensamientos, con jugo de doctrina, con esplendor y lumbre de estilo poético, llevado, es verdad, al extremo, porque ninguna reacción es eficaz sino a condición de extremarse.» «... la escuela sevillana manifestaba altamente el propósito de ser prolongación o renovación de la antigua... acordes todos en la existencia de un lenguaje poético, distinto del de la prosa y que debía estudiarse en los poetas andaluces de la edad de oro...» «El mérito de aquellos poetas está en lo que tienen de poetas del siglo XVIII, en lo que deben a las ideas de filosofía de su tiempo.» «... tenía que ser forzosamente la poesía menos poética (que en los sevillanos del si-

glo XVI)..., pero no falta de mérito cuando acertaba a ser sincera.»

Aunque entre los juicios resumidos los hay definitivos, por la autoridad de sus autores y por el acierto, tal como se presentan los hechos a la crítica actual más exigente, quiero, con todo, pesar el valor de las censuras y recalcar de tales juicios lo que juzgo más interesante para la apreciación exacta de la escuela, y más especialmente de su corifeo D. Alberto Lista.

La censura de Alvarez Caballero, o de Vargas, o de quienquiera que sea, carece de valor para la crítica, si bien es sumamente elucidativa del estado de la cultura estética, aun entre gente letrada, pero rebelde a toda disciplina, y esto no por alteza de genio, sino por libertad de la rastrera poesía que conocemos de aquel tiempo. También nos instruye de que el propósito era escandaloso por nuevo, y esta es una información que debemos aprovechar, pues si bien ello era cosa sabida, la agresión de tal carta nos da muy clara idea del grado de novedad de la empresa, y de lo contraria a todos los usos literarios de entonces. Tal ejecutoria honrosa vino a legitimar la publicación de las poesías de la *Academia*, indudable muestra del valer de los jóvenes poetas de la pléyade.

La crítica de González Carvajal saca por vez primera a plaza un tema que ha de dar materia

a todas las censuras de la escuela. La acusación de palabrera y de altisonante se caía, como suele decirse, de su peso para esta y para todas las escuelas que pongan especial empeño en el cultivo de la forma. Esta censura la repiten Alcalá Galiano y Valmar, y sin duda es fundada, pero es injusto el tener esta intención por única, pues el fondo de su poesía nunca le descuidaron estos poetas; el fondo tal como se entendía en la crítica del tiempo, es decir, de una parte el asunto o tema de la poesía, que siempre le procuraron noble y elevado, y de otra parte el modo de desarrollarle en pensamientos, metáforas e imágenes, y para eso no puede negarse que escogieron buenos modelos.

Además, este culto preferente a la forma, dadas las circunstancias de la época, era oportunísimo como terapéutica, aunque fuera excesivo como doctrina, y a él se debieron los mejores aciertos de los poetas de la escuela, entre los cuales abundó más la discreción que el verdadero genio poético.

Más grave es la acusación de falsedad en los afectos que la dirige Alcalá Galiano. Hablaba por boca del ilustre orador una preocupación romántica sobre la sinceridad poética, preocupación lógica en la generación que había visto en más de un caso los acentos de desesperación o de amargura consagrados por el suicidio. El no

haber vivido una vida de pasiones extremas no quita el derecho de cantarla ni aun en pura lírica. Podrá el vate que se las atribuye ser como hombre un farsante, pero como poeta no se le puede exigir tal experiencia. Lo que sí se puede hacer es explicar los resultados poco dichosos como consecuencia de esa inexperiencia. A un poeta, en cuanto tal, no se le pueden exigir otras verdades que las estéticas. Los resultados de los poetas sevillanos no les estimo tan desgraciados que sea preciso hacer hincapié en esa observación. Exacta es la de ser en la imitación excesivamente serviles, y de no haberse apropiado el espíritu del modelo, cosa por otra parte imposible, y de aquí fundada la acusación de artificialidad.

Tal defecto le subraya el marqués de Valmar diciendo, con frase precisa e insustituíble, que el más grave pecado de la escuela fué el ser demasiado escuela.

Es la crítica generosa de Menéndez y Pelayo la que tiene para ese su artificio la frase más piadosa y más justa, y quien pone en el elogio, forzosamente relativo, un mayor entusiasmo.

Resumiendo, diremos que, en absoluto, la escuela, por sus propósitos artísticos, por su doctrina y hasta por sus resultados, tiene muchos puntos vulnerables, y el notarles es labor tan fácil como agradecida; considerándola en rela-

ción con la anarquía de su tiempo, sube la estima por los decididos campeones de la escuela sevillana a punto de verdadera admiración.

II

En este ambiente crítico de templada estimación por la tendencia de que Lista fué principal corifeo, ha de considerarse su poesía. Él mismo nos proporciona los primeros y no menos estimables datos sobre ella, y sobre su complexión literaria.

A Dalmiro: el genio de su amigo Anfriso no es para la poesía sublime titula una de sus líricas profanas, y esta verdad resume felizmente su genio poético. Lista venera y admira a sus amigos que emprenden osadas excursiones por el campo de la poesía sagrada o de la heroica —él mismo se aventuró con mediocre éxito a tales empeños—, les anima en sus empresas, canta los triunfos reales, o supuestos por la amistad, de Fileno, de Albino; mas constantemente protesta su renuncia a tal lauro, la ausencia en él de la ambición a tal corona. Al mismo Albino le dice con feliz rasgo:

Si modesta viola, malva errante
o girasol amante

tejieren mi guirnalda,
entonces tu glorioso
triunfo, del Pindo en la canora falda
admirado veré, mas no envidioso.

De esta suerte se anticipa Lista a la censura de parte de su producción, especialmente de sus poesías heroicas y aun de las sagradas.

Meléndez Valdés—su nombre será siempre punto de partida para el estudio de poetas posteriores—considera a Lista como discípulo y le ofrece la lira de Batilo, no la de Meléndez, que además de Batilo fué robustísimo poeta de la más ambiciosa poesía.

Tú, en tanto, a quien los años
y el claro Dios del Pindo
adulan, y en sus redes
prendió el alado niño,
feliz mis huellas sigue
y en don bien merecido
recibe Anfriso amado
la lira de Batilo.
La lira que a los cisnes
de nuestros sacros ríos
fué ejemplo a que cantasen
con más acorde estilo.
Yo en tus aplausos loco,
mientras que al negro olvido

me robas tú con versos
del mismo Apolo dignos,
diré gozoso a todos:
«Si en tan excelso giro
sobre los astros vaga,
yo le mostré el camino.»

Reconoce en estos versos Meléndez Valdés, a más de la índole poética de Lista, el culto que rendía al decoro de la forma, pues debía de sucederle en el ejemplo para que los poetas cantaran con estilo más acorde.

Estos versos son sin duda contestación a los de Lista en loor del restaurador de la poesía española. En ellos canta Lista dignamente la gloria del salmanticense, y hace una enumeración de los temas cantados por Meléndez Valdés sumamente elucidativa de las preferencias poéticas de nuestro poeta. Lista advierte de la poesía de Meléndez, y poéticamente lo glosa, las florestas amenas del Zurguén, las ninfas y pastores de Otea, a los que invita al gozo; no la cólera de Aquiles ni el asta de Marte, sino los plácidos solaces del amador y sus breves guerras y blandas paces. Como sobre ascuas pasa por otros temas más elevados, como el del poema *El Angel Exterminador*, para volver a complacerse en sus cantos a la Naturaleza, a la ternura, a la piedad filial, a la amorosa fe sencilla en el idilio cam-

pestre que celebrara con la avena de Gessner. No fué, pues, la herencia de Lista la trompa con que Meléndez cantó el triunfo de las artes, ni el grave bordón de sus poesías elegíacas, ni el plectro de sus discursos filosóficos, sino la lira convencional que hizo cantar más acordemente a los cisnes de nuestros sacros ríos. Esta herencia nunca fué repudiada por Lista, y así, en su pacífica posesión debemos suponerla. No ha sonado con la intensidad que merece el nombre de Meléndez Valdés entre los ascendientes de Lista; a mi ver, su puesto en el árbol genealógico de su poesía es de los más próximos y evidentes.

Mas si sus críticos no han insistido lo suficiente, con creces ha reparado la omisión la inscripción de su sepultura en la capilla de la Universidad de Sevilla, que, grabada en mármol, reza en buen latín: *A Alberto Lista y Aragón..., ilustre admirador del salmanticense Batilo y heredero de la lira de tan insigne vate.*

A estos propósitos confesados pueden añadirse otros de imitaciones deliberadas; pero a todos estos testimonios aventaja, por lo explícito y hecho con intención confidencial, la advertencia o prólogo de la segunda edición de sus poesías. «Aplicado—dice—desde mi primera juventud a estudios sumamente serios por la naturaleza de mis obligaciones, descansaba de mis ta-

reas con el trato amable de las musas, que ha sido constantemente mi consuelo en las adversidades y mi recreo en la feliz medianía que he gozado gran parte de mi vida... He procurado reunir en cuanto a la versificación, muy variada en cuanto a los metros, la valentía y fluidez de mi maestro Rioja con el artificio admirable y generalmente poco estudiado de Calderón.» En otro lugar ha advertido que debe dar el poeta a su obra «toda la perfección de que es capaz». No nos interesa por ahora subrayar la ecuación o desigualdad de estos propósitos con los resultados conseguidos. Nos importa tan sólo destacar la intención. Notemos lo primero el adjetivo *amable* aplicado a su trato con las musas; no ha de violentarlas el poeta a acentos más agudos y extraordinarios. Además, la poesía no es en él oficio o profesión, sino consuelo de otros más graves cuidados. El Rioja que se propone como modelo no es el que hoy conocemos, sino el acrecido en su caudal poético con la *Epístola moral* y la canción *Las ruinas de Itálica*. Su modo de entender el artificio de los versos líricos de Calderón tampoco es el vigente, y aun sospecho que en este punto habló con poca sinceridad. El afán de perfección formal, nota, como vimos, tan característica de toda la escuela, explica, puesto en función de sus versos, todos sus primores y todas sus limitaciones.

Estos propósitos, que constituyen en realidad una crítica—afirmativa y constructiva—de su obra, deben de considerarse en primer lugar al estudiar la evolución de su poesía en el concepto de la crítica en el no muy largo espacio de tiempo transcurrido desde su escritura.

Los que fueron sus amigos y compañeros, y en especial sus paisanos, no olvidaron nunca al poeta y velaron su gloria en diversas publicaciones, de las que es la más importante la *Corona fúnebre*, especialmente tejida por ingenios andaluces, y que está precedida de un ensayo biográfico de D. José Fernández Espino, interesante trabajo que debe ser considerado como el primer conato biográfico sobre Lista. En él la crítica del poeta se hace de pasada y en la suposición del unánime aplauso de su obra.

Dentro de esta crítica favorable por ley de paisanaje, y por adhesión, ya anacrónica, de escuela, merece citarse el excelente estudio publicado por D. Manuel Ruiz de Crespo, en la *Revista de Ciencias, Literatura y Arte*, que fundaran en 1855 Cañete y el citado Fernández Espino.

Sustancialmente afirma que Lista mejoró la dicción poética, anteponiéndole en esto, con hipérbole un tanto desaforada, al mismo Herrera, al que acusa de oscuro. Contrapone un estribillo popular a los usados por Lista, paralelo y

elogio que acaso el poeta no le hubiera agradecido, pues aspectos interesantes de su genio poético, que patentiza el Mss. que publicamos, descubren la estimación en que tuvo la poesía popular. «Los caracteres del estilo de Lista —dice con buena crítica—consisten en la analogía de los giros con el modo de desenvolver sus pensamientos, en el uso acertado de las transposiciones, en la armonía propia de imitación, en la belleza y complemento de las descripciones, en la oportunidad del uso de los epítetos, en la formación acertada de voces nuevas.» Intenta un paralelo, para nosotros hoy extraño, entre las descripciones de Lista y las de Cienfuegos, a quien arguye de difuso, y de cierta languidez que le lleva a trasposiciones y licencias en el estilo que enfadan por su desaliño. No deja de señalar a Lista algunos lunares en la dicción, «tanto más extraños—dice—atendiendo a las dotes admirables del autor». Tales son, oscuridad en algunas construcciones, componer con dos heterogéneas de Horacio una sola oda...

A estos juicios puede agregarse el de D. Angel Lasso de la Vega, en su *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX*, efusiva ofrenda erudita de su autor a los ingenios de su patria.

Toda esta crítica supone como punto de partida el acierto de la orientación de los restau-

radores de la poesía sevillana; y en vista de tales normas, según se hayan guardado con mayor o menor fidelidad, prestar su aprobación o censura al poeta; verdadera crítica de escuela juzgándose a sí misma.

Contemporáneo tardío Lista de la generación romántica, maestro respetado de varios de sus mejores ingenios, transigente en su crítica, cuando sólo la pasión hablaba, mereció de la nueva escuela el más benévolo trato.

Difícilmente podría haber topado la manera del poeta con sensibilidad más disconforme; pero lo que la lógica hacía prever como choque ruidoso, la tolerancia y el respeto trocaron en afectuosa adhesión que, en los menos obligados personalmente, se tradujo en silencio, y en todos evitó la acrimonia. Prueba de lo tibio de su entusiasmo por la nueva tendencia es el hecho de haber preferido entre todos los discípulos de San Mateo—donde en flagrante contraste ejercía su férula al mismo tiempo Hermosilla—a Ventura de la Vega, habiéndoles de tanta cuenta como Espronceda.

Otro discípulo de no vulgar talento, Eugenio de Ochoa, escribió sobre el maestro en tribuna tan caracterizadamente romántica como *El Artista*, una semblanza que, en unión con la admirable de Escosura, puede servir como ejemplo de

la estima en que le tuvo su generación. Subraya, porque era de rigor en el gusto de la época, la pretendida influencia de Calderón, nombre carísimo a los románticos españoles después de la difusión de la crítica de los hermanos Schelegel. «El carácter distintivo de este poeta—dice Ochoa—es, amén de las muchas buenas cualidades que le recomiendan, el gusto antiguo, el sabor calderoniano, puro, rico y lozano, que en ellas más que en ningunas otras modernas se observa, y que es causa sin duda de su inmensa aceptación.»

No salió peor librado de la crítica romántica extranjera, si bien el análisis de sus condiciones poéticas es más detallado, aunque acaso más verboso que exacto. «Hase formado — dice Wolf—con el estudio de los poetas de la antigüedad y los castellanos del siglo de oro, y es quizá entre los poetas españoles el que ha sabido reunir con mejor éxito la precisión, claridad y elegancia de los clásicos antiguos, con el encanto, halago y riqueza de los castellanos, y la profundidad metafísica de los modernos.»

Basten estos dos típicos ejemplos para apreciar la actitud de aquella generación con el peinado poeta sevillano.

También le ha sido favorable el voto de la crítica erudita, si bien con inevitables reservas

y distingos. El marqués de Valmar, que le ha dedicado un efusivo estudio en su citado *Bosquejo...*, sienta que «el talento poético de D. Alberto de Lista es el más ameno, el más variado, el más flexible, el más simpático de los poetas modernos sevillanos.» «Tenía—prosigue—notables prendas de poeta, y como tal, traspasa bastante el límite de la medianía. Pero no llegó nunca a los espacios más altos del arte. Faltábale para ello la originalidad impetuosa, el arranque lírico, la magia peregrina que constituye el estro de los grandes poetas. Sabe expresar pensamientos e imágenes comunes con más gala, facilidad y limpieza que sus compañeros de Sevilla; imita con elegancia y gallardía, y a veces parece que quiere romper las trabas convencionales que embarazan su numen. Pero la educación y el gusto doctrinal reinante habían encadenado irremediablemente aquel ingenio, nacido para volar con las alas de su feliz instinto. Su facilidad misma se convirtió en el principal enemigo de su lozana musa, pues llegó de tal modo a connaturalizarse con el lenguaje artificial, que es a menudo difuso y palabrero por seguir en demasía el espíritu de imitación, la elocución estudiada y el arsenal mitológico, resabios de su escuela.» Destaca a continuación este defecto de las alusiones mitológicas, y entra en el estudio más circunstanciado de las poe-

sías. Prefiere sus composiciones ligeras. En las religiosas ve más estudio que verdadero sentimiento poético; en los asuntos profanos que requieren calor y entusiasmo, decae y resulta afectado y poco simpático. Pone sobre todas sus inspiraciones la de la poesía *El sueño: Himno del desgraciado*, preferencia en que creo que hoy le acompaña casi toda la crítica.

En su juvenil ensayo, *Horacio en España*, se demoró Menéndez y Pelayo en la consideración de Lista como poeta. Prefirió el Maestro a Arjona entre todos los poetas de la restaurada escuela sevillana. «Los versos de Lista—advierte—son en número quizá excesivo, porque carecen de variedad en el estilo y en los afectos.» Puede parecer esta frase profética condenación de nuestra labor; pero estamos convencidos, y procuraremos patentizarlo en el curso de estas notas, de que alguna variedad aportan estos versos inéditos a la monotonía de la obra poética de nuestro autor, quizá exageradamente tachada en ese sumario juicio. «Entre las poesías sagradas está su obra maestra, *La muerte de Jesús*, cuyas bellezas son oratorias más que líricas. En la misma sección hay buenas imitaciones de Fray Luis de León; por ejemplo, la oda *A la Providencia*. En la sección de líricas profanas... no son las mejores las heroicas, género que se avenía mal con la índole blanda y amo-

rosa del poeta... El aparato mitológico que Lista y otros poetas de su escuela y tiempos aplicaban indistintamente a todo, produce en asuntos modernos un efecto desastroso. Con otra discreción han procedido casi siempre los verdaderos secuaces e imitadores de la antigüedad. Lista estaba de sobra enamorado de los primores retóricos y comprendía mal la poesía de Fray Luis de León, puesto que en una epístola... aconseja a otro discípulo suyo huir el *tosco desaliño* del gran maestro de Salamanca...» «Cosas muy bellas encierran las poesías eróticas de Lista, que, ora imita en ellas a Calderón, ora a Rioja, ora a Meléndez, ora al Petrarca, ya, finalmente, a Herrera.»

Indicaciones son éstas que no pueden dejar de tenerse en cuenta al componer la fisonomía del poeta.

Representante eximio de la crítica artística, quiero incluir la opinión de D. Juan Valera.

Ningún espíritu conozco que constantemente se mostrara propicio a aceptar y estimar la obra de los demás; era genial su respeto por el esfuerzo ajeno, y en las obras extrañas se afanaba por penetrar con la misma disposición espiritual de quien siempre ante lo desconocido se promete maravillas, y de buena fe las procura.

Ciertas afinidades de espíritu poético debie-

ron influir en el entusiasmo de Valera por los versos de Lista.

«Leídos y releídos atentamente todos los versos de Lista—dice D. Juan rectificando un juicio anterior en que les ha llamado *atildados y discretos*—, hallo que son los mejores entre cuantos escribieron los vates de la escuela sevillana, desde que renació hasta el fin del reinado de Fernando VII. No valen lo que Lista ni Arjona, ni Blanco, ni Roldán, ni el mismo Reinoso, que es quien más se le acerca y con él compite. El acendrado buen gusto de Lista, la pureza de su lenguaje, la primorosa maestría de su estilo y la nitidez y el orden con que sabe expresar sus conceptos, como si su capacidad matemática marcase la dirección de sus raptos líricos en vez de abandonarla, no son las únicas prendas ni las más excelentes que prestan a sus versos calor y hechizo. Sus versos, además, están inspirados por el hondo y amoroso sentimiento de la Naturaleza y de toda su sensible hermosura, y están inspirados también, más que los de ningún otro poeta español de los siglos XVIII y XIX, por el fervor religioso y por el amor sincero y puro de cuanto enseña la verdad católica hondamente comprendida y aceptada por Lista...»

«Todas las composiciones sagradas de Lista muestran no menor saber teológico, ni menos detenido estudio de las Sagradas Escrituras que

las de nuestros buenos poetas del siglo XVI, con superior elegancia, pulcritud y firmeza en la dicción, sin que pueda asegurarse que sea en ellas o afectada o tibia la devoción.»

Intentó el P. Blanco García una exposición de nuestro pasado literario durante el siglo XIX, y es su obra—en general, generosa y bien intencionada—insuficiente para las exigencias críticas de nuestra generación literaria.

Su juicio sobre Lista sigue las huellas de la crítica del marqués de Valmar, ampliando sus indicaciones y recalcando sus juicios. Su falta de efusión religiosa, sus pocas aptitudes para la poesía heroica, el primor de sus obras menores... Dos observaciones de propia Minerva debemos recoger: una, sobre su habilidad, fruto de su dominio de la forma, para traducir, hasta el punto de opinar el Padre que «hay sonetos de Petrarca que ganan al pasar de su idioma al de Castilla»; la otra, sobre su «dominio sereno y absoluto sobre la palabra rítmica, realzada por él con tonos de luminosa transparencia, y en la facilidad con que ve y pinta, supliendo con la riqueza de ejecución la falta de inventiva creadora».

Dignísimas de consideración son asimismo estas frases que llaman la atención sobre un punto aceptado casi sin protesta por los críticos de

Lista. «No fué Rioja su único modelo, sino, en general, los líricos de la escuela sevillana, de quienes tomó, y más directamente que de Calderón, el carácter de la forma poética, así en el organismo de la estrofa como en la estructura del metro y la nitidez del lenguaje.»

Entre los tratadistas de nuestra historia literaria concederé aquí un puesto a uno de los más singulares, a D. Julio Cejador y Frauca, cuyo dictamen sale, en parte no para bien, de las corrientes opiniones.

En su conocida *Historia de la lengua y literatura castellana* escribe: «Los escritores del siglo XVIII habíanse apartado del raudal caudaloso del lenguaje popular», y tras esta impertinente observación que cuadra así a esos escritores como a Píndaro, Virgilio o Espronceda, añade: «Lista, con pensamientos asaz vulgares y no menos vulgares palabras, a fuerza de acicalar y limar sus versos, compuso poesías intachables para Academias, logias masónicas, discípulos dóciles y damas de salón, llegando en este género afectado a donde puede llegarse, hasta confundirse a veces la ficción con la verdad, y con la espontaneidad la afectación...» (Más sobriamente había dicho el P. Blanco que logró «el dificilísimo concierto del artificio y la espontaneidad».) «Su decir—prosigue Cejador—no

fué calderoniano mas que en cierta rimbombancia, afectada a veces, que contrasta con la poca hondura de pensamiento.»

Los últimos eruditos tratadistas de nuestra historia literaria, D. Juan Hurtado y D. Angel González Palencia, tienen de la poesía de Lista un juicio ecléctico, o más bien se diría que le consideran como un poeta de transición. «En lo literario—aseveran—estaba tan lejos del rigor de los preceptistas neoclásicos del siglo XVIII como de los extremos del romanticismo exaltado.» Y tras esta observación, muy digna de comentario, le adjudican como lírico las cualidades ya vistas en la crítica erudita.

La figura de Lista, dentro de la moderada tónica comprobada en la moderna escuela de poesía sevillana, tiene individualidad y voz propia bastantes para destacar caracterizadamente del grupo.

La blanda índole de su genio poético, previamente confesada por el interesado, es la primera cualidad que se ofrece a los críticos. Una crítica imparcial debe atenuar algo este cargo, si lo es. En la poesía que en su tiempo llamaban sublime logró aciertos inolvidables. Es preciso revisar el juicio casi unánimemente desdeñoso hacia sus inspiraciones religiosas. Valmar ve en ellas más estudio que verdadero sentimiento

poético. Menéndez y Pelayo cree las bellezas de *La Muerte de Jesús* más de orden oratorio que lírico. El P. Blanco García le acusa de poca efusión religiosa. «Versificador excelente en su oda *La Muerte de Jesús*», dice fríamente Fitz-maurice Kelly. El mismo concepto que a Menéndez y Pelayo merece la famosa oda a los Sres. Hurtado y González Palencia. Es de Valera la preciosa observación sobre el orden con que sabe exponer sus conceptos, «como si su capacidad matemática marcase la dirección de sus raptos líricos». Este orden no exclusivo de sus poesías religiosas sino consustancial con su manera y médula de la revolución poética que se propuso, es innegable; mas con él logra bellezas estrictamente poéticas, aunque más académicas que arrebatadas. Cabe, desde cierto punto de vista, una censura para la escuela que debe tornarse en comprensivo elogio para Lista, ya que no estando en su mano, por ser en él natural, desentenderse de esa cualidad, supo hacerla factor de sus aciertos. Puede ese orden ser inconveniente como precepto lírico, pero no es exigible a Lista que prescindiera de él.

Prefirió Menéndez y Pelayo el grande ingenio de Arjona sobre todos los de sus compañeros de escuela. Valera piensa que los de Lista son los mejores versos que salieron de aquella fragua. Sin subrayar inútilmente preferencias,

pienso con Valmar que fué el de Lista el ingenio más vario, ameno y flexible.

Por un deseo de elucidativos paralelos, ha destacado Menéndez y Pelayo la no conformidad de Lista con la gran manera de Fray Luis de León. Ruiz de Crespo había ensayado una extraña comparación con Cienfuegos. Esos dos grandes poetas, tan distantes en el tiempo y en la importancia, mas no tanto en ciertos aspectos de su significación, y acaso aun más de su psicología, representan, por su apasionada licencia de lenguaje, por su arrebato y pasión, zonas de poesía inabordables para el suave estro de Lista. Pertenece D. Alberto a otra raza de poetas, y a nada conduce tratar de asombrar su nombre con el recuerdo de poetas tan *sui generis* que a pocos, ni a los más altos, convendrían como término de comparación.

Sinceros serán los propósitos de Lista en cuanto al estilo. Cumple el compromiso de escuela de depurar, y, en cierto modo, crear un lenguaje poético, empeño tradicional de los poetas de Sevilla. Fuerza la imitación de los mejores poetas béticos, pero no podemos rendirnos a su declaración de que quiso aliar con tales imitaciones el artificio admirable de los versos de Calderón. Sólo la simultánea estima por el gran dramaturgo y por el venerable maestro creo que ha podido mover a Ochoa a asentir tan

incondicionalmente a este juicio. Yo dudo que lograra, dado caso de que lo intentase, una verdadera imitación del gran dramaturgo; apurándome mucho llegaría a conceder, atenuando el duro juicio en su segunda parte, lo que siente del caso Cejador, a saber: «que su decir no fué calderoniano mas que en cierta rimbombancia...»

En estos intentos de renovación ganó poco el lenguaje poético en aptitud vital, expresiva. En Herrera las intenciones de claro color se pierden en frías abstracciones. Tan sólo neologismos heroicos prestan mayor robustez y eficacia sonora a sus versos. Entre los demás de la escuela, Rioja es el que logra calidades más selectas, tintas más finas. En la resurrección del intento en el siglo XVIII, si atinan con tal o cual acierto verbal, al punto le convierten en tópico o bordoncillo con mengua de su efecto. El escogimiento de palabras con exclusión de todo elemento pintoresco, restó en todos estos poetas, y en Lista acaso más que en ninguno, brillantez, auténtica brillantez y *ángel* a su poesía.

III

El cuaderno, todo escrito de mano de Lista, donde se contienen las poesías inéditas que publicamos en este volumen, tiene 99 folios úti-

les de 170 por 105 milímetros, siendo la caja de la escritura de 169 por 70 milímetros en la mayor parte de los folios.

Es una pequeña parte de lo que fué, porque la numeración autógrafa de Lista llegaba hasta la página 370, y aun seguían por lo menos dos hojas de índice sin numerar. Faltan las doce primeras páginas, más las preliminares, si algunas tuvo, y las que correspondían a los siguientes números: 17 a 20, inclusive; 23 a 28, 31 a 38, 41 a 54, 61 a 94, 77 a 104, 109 a 112, 115 a 118, 160 a 164, 173 a 184, 93 y 94, 208 a 214, 222 y 223, 228 a 231, 238 y 239, 250 y 251, 262 a 267, 272 a 275, 295 y 296, 301 y 302, 313 a 340, 353 y 354. Es de observar que el manuscrito debió sufrir alguna mutilación parcial antes de ser numerado por Lista, y esta mutilación explicará, acaso, las equivocaciones evidentes de la numeración. El manuscrito cosido debió estar encuadernado con la cubierta de pergamino que, suelta ahora, lo protege. Muchas composiciones están cruzadas de arriba abajo con una raya de tinta posterior a la escritura. Al comienzo de muchas composiciones se lee la palabra *Sí*, de tinta más pálida que el texto, aunque parece de la misma mano de Lista.

No sabemos cómo llegó a la Biblioteca este manuscrito.

Ciertas circunstancias hacen aún más sensible esta ignorancia, pues si bien el saber su historia en nada aumentaría el conocimiento de Lista ni de su obra poética, sin duda satisfaría una curiosidad de orden muy distinto, pero realmente punzante y sugestiva.

En efecto: es cosa sabida, y Fernández Espino es el primero que de tal especie se hace eco, que de Lista había desaparecido «su más apreciable joya, que consistía en un gran cuaderno manuscrito de composiciones poéticas, corregidas y preparadas para la estampa, el cual legaba... a la Biblioteca de la Universidad [de Sevilla]». Para mí es evidente que el cuaderno que me ocupa es el perdido. No me parece, por su forma, y aun más por el desorden en que las poesías se ofrecen, dispuesto para la imprenta. Tiene más bien traza de haber servido para uso privado de su autor, que iría trasladando a él, sin orden de ningún género, sus composiciones poéticas para hacerlas copiar según sus instrucciones, y mandarlas a las cajas.

Añade Fernández Espino: «El que le haya sustraído [el cuaderno] del cajón en que estaba guardado con llave, quitando así una parte de su gloria al ilustre poeta, y un monumento a la literatura española, bien merece la execración de todos los amantes de las letras. Sus albaceas, D. Antonio Martín Villa y D. Jorge Díez, pres-

bítero, han hecho las mayores diligencias para descubrirlo, pero todo ha sido en vano.»

Aunque la fecha de la desaparición aleja por sí sola todo mal pensamiento, no estará de más llamar sobre este punto la atención del lector distraído, que, por saber ahora que el manuscrito está en la «Biblioteca de Menéndez y Pelayo», fuese a deducir una consecuencia absurda, cronológica y moralmente.

Sin duda, el bibliopirata se dió cuenta del peligro de ser habido, y a ese temor obedece, a lo que creo, lo mutilado que se encuentra el manuscrito, según ha podido verse en la descripción que de él hicimos más arriba. Pienso que a ese temor debió obedecer, porque se da la dichosa circunstancia de que han desaparecido las hojas que contenían las poesías más conocidas, empezando por *La muerte de Jesús*, que abría la colección. Se ve, por el contrario, el deseo de que no se perdieran las inéditas, por las que no era fácil descubrir el autor y la procedencia fraudulenta del manuscrito.

Gracias a ello nos queda lo más interesante del cuaderno, y conservamos también el índice, que lo es de casi toda la producción del poeta. Por él puede comprobarse que sólo una minoría de poesías inéditas se ha perdido.

Bien quisiéramos, y nos parece lógico que así sea, que toda la execración con que el buen Fer-

nández Espino conminaba al que hurtó el manuscrito se convirtiera en proporcionadas gratulaciones para la *Sociedad de Menéndez y Pelayo*, que ahora devuelve a la literatura española y a la gloria del poeta tan interesante acerbo lírico.

La fama de la bondad de los versos que se creían perdidos es considerable entre los devotos del poeta sevillano. Uno de los más entusiastas afirma que los amigos de Lista aseguraban que este cuaderno contenía las mejores inspiraciones del poeta, y las consideraban como su obra maestra.

Hoy que disponemos del manuscrito pode mos rectificar ese juicio extremo que siempre gustamos aplicar a las cosas perdidas. Aunque entre las composiciones que publico las hay pares de las de más subido valor de las conocidas del mismo poeta, aun creo que es mayor el interés del manuscrito como documento ilustrativo de la poesía de Lista, y aun de la de su época.

Al lado de las más altas inspiraciones encontramos en este cuaderno las poesías más débiles y abandonadas de tono, las que sirvieron una ocasión, una circunstancia de momento, y que probablemente nunca hubiera publicado su autor. Ellas nos enseñan hoy el camino de depuración recorrido por el poeta, el elemental anda-

mio de más complicadas construcciones, el tono verdaderamente íntimo del hombre. La venerable fisonomía que conocíamos por los retratos de los que le trataron irradia su bondad en estos versos íntimos que él hubiera siempre recatado. Tal es la primera aportación de interés que estos versos traen al conocimiento de Lista.

Logra también este libro, por dicha, ponernos más en comunicación con sus lecturas habituales y sus preferencias literarias.

Dejan aquí de aparecer los grandes nombres clásicos en cuya traducción ejercitara antes su pluma, y con amorosa insistencia escribe imitaciones del francés o del italiano, tras de cuya anónima designación se adivinan las peinadas siluetas de los Leonards y los Delilles, de los Bondis, Zappis y Bentiboglios.

A nuevas traducciones de Metastasio, Bondi y Delille, se añaden otras de nombres nuevos en los sujetos que designaron, pero no en el género que representan, ni en la poesía que practican: Dulard, Legouvé, el autor de *Las aguas minerales de Longroive.*

Sus lecturas siguen siendo las de sus académicos o arcádicos contemporáneos extranjeros. No son de olvidar ni su familiaridad con el idioma italiano, ni menos sus largas estadas de proscrito en Francia.

Pudiera estudiarse con detenimiento la in-

fluencia que esta manera de poesía ejerció en Lista. Provisionalmente examinado el caso, juzgo que gran parte de las limitaciones, y también de las excelencias, de su arte lo son de estos autores por él tan frecuentados.

Releídas imitaciones y traducciones se llega a la convicción de que a Lista se le ha juzgado, hasta ahora, limitadamente circunscrito al círculo literario español, cuando la verdadera perspectiva de su arte es la del conjunto de la poesía extranjera, su contemporánea. Su sentimiento moderado, su peinado orden, su limpia dicción, su tono opaco, su decoro meticuloso son resonancias de los Delilles y los Leonios, y no de los Arjonas ni Cienfuegos.

A esta nueva luz la figura de Lista desborda del cenáculo sevillano en que por rutinaria sentencia se hallaba confinada, y si castizos temas y nobles preocupaciones patrióticas, artísticas y filantrópicas, que ocuparon a sus contemporáneos españoles, siguen sirviendo de amarras que le aseguran y adscriben a un momento literario español, esos otros temas más libremente tratados le incorporan al movimiento literario europeo, aunque, infelizmente, en una de sus horas menos dichosas.

Dos nombres españoles nuevos aparecen en estos versos: Eugenio Gerardo Lobo, a quien imita en el artificio estrófico de sus liras *A*

Clori, y el de D. Esteban Manuel de Villegas, al que sigue muy de cerca en su cantilena *El amor tirano*. A Meléndez Valdés se acerca hasta beberle el aliento en algunos romances, en especial el dedicado *A Lucinda, en el día de su santo*, que es un trasunto, y dichoso, del *Roxana en los fuegos*.

Dos novedades de bulto deben destacarse en esta colección. La serie de seguidillas que en sus primitivas colectáneas involucrara con epigramas, y que aquí, por su número, y más todavía por su carácter, constituyen sección aparte, y por ventura de las más interesantes. A ellas dedicaré más adelante mi atención.

Es la otra el presentarse por primera vez en guisa de poeta dramático con su traducción del *Carlos IX*, de Chenier el trágico, y con su monólogo, original y representable, *Dido*. Por su sostenido aliento, por la grave fuente clásica de que procede, por su verdadero mérito poético, es dignísimo de estudio, y pienso que trazo indispensable para componer en adelante la silueta literaria de Lista.

Creo que estas consideraciones hechas *a priori* son suficientes para persuadir del interés y novedad de esta colección de poesías inéditas.

Pretendemos ahora, en un examen circunstanciado de estas nuevas poesías, señalar lo que

de nuevo y notable añaden a su ya juzgada poesía anterior, destacar nuevas preferencias de tono o de manera, anotar cuantas observaciones nos sugiera una atenta lectura.

No es la sección de *Poesías sagradas* la más acrecida, pero es muy interesante el cotejo de estas pocas poesías con las ya publicadas.

Tan sólo una, la primera, *Oda en una profesión religiosa*, conserva el tono y carácter de las poesías anteriores. Es el mismo vuelo que a Menéndez y Pelayo parecía más oratorio que lírico, la misma vestidura de estrofas amplias y solemnes, la misma dilatada digresión sobre nobles temas teológicos y bíblicos.

Cambian por completo el sentido y estructura de las restantes. Es muy de notar la suavidad y lisura de su poesía *El dolor de Nuestra Señora*, en que logra, por ventura, el verdadero tono de la emoción religiosa.

El soneto *A Dios indignado*, glosa de un pensamiento de Boileau, en el que se contiene casi sin variación un verso de *La muerte de Jesús*, puede estimarse como una de sus mejores inspiraciones.

Valmar nos había ya dado, en sus adiciones a los versos de Lista, un *Idilio* sagrado *A la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora*. Los cambios de metro, más o menos tímidamente ensayados en sus *Idilios* profanos, son aprovechados para temas religiosos, y traducen una

atmósfera de piedad sencilla que en vano buscaremos en las otras altisonantes poesías sagradas. El *En elogio de San Isidoro,* con ser el más endeble, es muy significativo. Su comienzo en versos mayores amenaza con un naufragio semejante al de *La conversión de los godos en tiempo de Recaredo.* Todo anuncia una poesía híbrida de historia y religión; la introducción de los versos menores desvía la corriente de la poesía hacia más íntimos sentimientos.

Notemos de pasada las dos traducciones de *Himnos del Oficio del Sagrado Corazón,* como agradable muestra de poesía eclesiástica, nítidamente trasladada al castellano.

Pocos son los aumentos de la sección de *Líricas profanas.* Añade nuevos nombres de poetas traducidos, siendo en este aspecto la más notable la traducción de *El ajedrez,* de Delille, grata por su peinado y humorístico realismo.

La *Súplica a la Reina María Luisa,* aparte el interés biográfico, está gallardamente versificada, y es la única de las poesías que incluyo en esta sección que se aviene exactamente con el carácter de las que comprendió bajo el título transcrito en sus colecciones.

Aunque escasas, son de verdadero interés las que forman en este libro la sección de *Poesías filosóficas.* También usa su forma predilecta de *Idilio* para un mixto de meditación filosófica e

himno estudiantil. Pero más sugestiva que esta composición *Al saber*, son las dos masónicas que siguen. Ya sospechábamos que su larga poesía *La beneficencia* se habría leído en alguna logia, y aun la que en las colecciones se sigue, *La bondad es natural al hombre;* no nos cabía duda de que el eufemismo *leída en una sociedad de beneficencia* se refería también a alguna sociedad secreta. *El triunfo de la tolerancia*, que es la poesía que oyeron en la citada sociedad, viene incluída, aunque incompleta, en el cuaderno que nos ocupa, pero cambiado su título en esta rúbrica, que cumplidamente nos informa de la sociedad de que se trataba y de la certeza de nuestras suposiciones: *Pieza de arquitectura en la inauguración de la Venerable ◇ de San José de Itálica al ∴ de Sevilla.* En alguna carta de proscrito a Reinoso escribe que su intervención en las sociedades secretas es el mayor inconveniente para su regreso a España, pero trata de rebajar la importancia de su actividad en las logias. Esta pieza, la que publico en esta sección, y aún mejor el himno masónico traducido, parece que no comprueban su desinterés por los trabajos de las logias. Creo que ambas son curiosos modelos de poesía humanitaria y masónica. La libertad rítmica del *Canto de conclusión*, sin duda copiada del original francés, es digna de notarse.

Acaso no se avenía bien con la índole borrosa y vaga de la poesía de Lista el soneto, que requiere una firmeza de dibujo y una precisión de imagen casi siempre negada a nuestro poeta.

Tal inconveniente solía suplirle con el tema, que generalmente era de asuntos remotos de sus habituales fuentes de inspiración, en especial de anécdotas de la historia clásica, al modo de Arguijo, a quien manifiestamente imita con fervoroso espíritu de escuela. El perfil preciso de la narración le proporcionaba líneas seguras para la arquitectura del soneto, siendo clave del edificio poético la moralidad o aclaración alegórica pertinente con que remataba.

Al abandonar estos temas corría el peligro, al faltarle el habitual apoyo anecdótico, de incurrir en la imprecisión y ausencia del verdadero carácter que a esta composición asignaría él mismo en sus horas de preceptista. Aunque no en todos los casos, frecuentemente sale airoso de su empresa. Tanto en los sonetos de ocasión como en los restantes originales que publico hay verdaderos aciertos. Si esta sección no descubre aspecto alguno nuevo en el poeta, sí nos proporciona varias de sus más depuradas y simpáticas inspiraciones. Así los sonetos *El castigo justo*, *A Delio*, *Mis amores*, y algunos de los dedicatorios en que la gratitud o la devoción se alían felizmente con una expresión decorosa.

La sección de *Poesías amorosas* recibe aumento más selecto que abundante. Los fragmentos acaso se informan de una tónica pasional más cálida que la habitual en el poeta.

Como nuevas perspectivas de su arte se nos ofrecen dos composiciones. Las bellas liras *A Clori*, en el estilo de Gerardo Lobo, de quien sólo copia el artificio rímico de utilizar los asonantes en estrofas regulares. Tal sistema le empleó Gerardo Lobo en la introducción de su *Diálogo métrico de Paris y Elena*, compuesto para que cantasen dos señoritas. No va más allá la imitación, ni era tampoco el tema de los más característicos de Lobo, donoso costumbrista en sus romances, y tardío culteranista en otras obras. Las liras de Lista deben contarse entre las buenas piezas debidas a su numen.

La cantilena *El amor tirano* aporta un nuevo nombre de poeta a los imitados por Lista: el de D. Esteban Manuel de Villegas, a quien ostensiblemente remeda.

Su romance—excelente—*El pajarillo* figura en esta sección por respetar el nombre de *oda* con que le designó su autor.

Por su misma facilidad es el romance la más engañosa y difícil composición que puede intentarse. No se libran de este reparo muchos de los aquí publicados. Era más de temer este escollo en poeta como Lista, para quien la dicción

es exígencia de primera línea en la poesía. Es de bulto este reparo, especialmente en sus versos ocasionales, verdaderos juegos de amistad, enhorabuenas, conmemoraciones onomásticas, etcétera. Los romances de otro género llegan en muchos casos a feliz perfección. Algunos alegóricos, tal *El amor y Temira*, son deliciosas anacreónticas, a las que sólo empece, para darles resueltamente ese nombre, el lento atavío del octosílabo.

Parece que a esta fácil vena dedicó Lista sus acentos más apasionados, ya que no más armoniosos. Algunos de los dedicados *A Emilia* marcan la máxima temperatura pasional de su obra toda.

Quizá sea también utilizable alguno para referencia biográfica. Voluntariamente he hecho inhibirse de mi estudio este aspecto, que otro podrá acaso beneficiar en estos romances con fruto.

Comienza a mostrarse en ellos un aspecto de la obra poética de Lista, para cuyo estudio y filiación son insuficientes las fuentes tradicionales asignadas a sus versos. A estas piezas quería principalmente referirme al insinuar más arriba que la figura de Lista debía, para su total comprensión, situarse en el panorama literario europeo. No todos los romances transcritos—ni todos los sonetos—se explican con los mode-

los confesados por Lista, ni aun con el gran nombre de Meléndez Valdés. Tampoco era todo castizo en éste, y a su través pudo Lista recibir influjos en su obra, especialmente ingleses, aun poco discernidos por la crítica en uno y otro.

Estas observaciones, ya justificadas al tratar de los romances, son ineludibles al considerar los *Idilios*, sección la más acrecida en esta publicación de versos inéditos.

No son éstos los únicos, ni mucho menos los primeros, ecos que en nuestra lírica tuvo la poesía de Salomón Gessner. La mayor parte de los poetas de la escuela de Salamanca, con Meléndez e Iglesias a la cabeza, éste aun más que en sus *Idilios* en sus *letrillas con estribillo*, trazaron esos breves cuadros campesinos y convencionales que en la falsa poesía arcádica sustituyeron en cierto modo la égloga, a fines de siglo en franca decadencia hasta entre nosotros. Pero ningún poeta logró la variedad ni la abundancia de Lista en tan convencional género. No será este el más envidiable lauro poético, pero sin duda, valga lo que valga, debe ser discernido para nuestro sevillano, que así queda incorporado a la tropa arcádica italiana, y aun más a la francesa seguidora del poeta de Zurich.

Hasta cuarenta y cuatro añade esta colección a los treinta y siete conocidos en las restantes colectáneas. Su valor literario es muy diverso;

su interés métrico es de primer orden, aun conocidos los incorporados a las demás colecciones.

El carácter de estos idilios tampoco es uniforme. Algunos, como los que cantan el vino, la amistad y otros análogos temas, salvo por el metro, encajarían para el más riguroso preceptista en la clasificación de anacreónticas. Otros tienen el carácter de verdaderas letrillas. Los más se mueven holgadamente en el concepto del género idilio vigente. Algunos ofrecen sugestiones de tanto interés que deben considerarse más demoradamente.

Raros son los temas orientales en la obra de Lista. Un romance morisco, gallardamente versificado, *Celima*, estaba incorporado a su obra desde la primera edición de sus poesías. El abolengo de este romance era evidente. Entre los romances de moros que ocuparon a nuestros ingenios del siglo XVI y del XVII podía figurar dignamente. Mas la poesía *Zorayda*, que incluyo en esta sección, está muy lejana de nuestra poesía popular fronteriza y de su degeneración, o sublimación, artística. Mejor que eco de esta poesía, se diría anuncio de las, por convencionales no menos encantadoras, *Orientales* de Arolas. Y henos aquí en los umbrales del romanticismo.

Una palabra de pura estirpe medieval, dilecta entre todas a los románticos, aparece dos

veces empleada. La palabra, plena de resonancias 1830, *Trovador*. *La despedida del trovador* titula un idilio original, y *El trovador* llama a otro, imitado del francés. Los sentimientos que a esta aparición romántica presta son los de la más acendrada pasión, cual conviene al tema; mas, acaso falta en el tono ese no sé qué, que ha de servir como título de propiedad, para el trovador, de sentimientos, cuya pacífica posesión estaba reservada antes a pastores y pescadores; de tono a tono va cuanto va de rabel a laúd.

En otro *idilio*, también imitado del francés, aparece acaso por vez primera en el paisaje literario español una característica visión medieval, el castillo

cuya altura
a espesos bosques sombra da.

Este ornato arquitectónico que había de sustituir a las clásicas edificaciones—en ruinas ya casi siempre en los fondos de Claudio Zorena—es típico del romanticismo y no es posible dejar de saludar su aparición en nuestra poesía.

Como idilio figura un, en realidad, breve poema, *La partida*, tema claramente romántico, preferido de todos los precursores del movimiento en España. Instructivo sería un paralelo de este idilio con las poesías en que tratan este mismo tema Meléndez y Cienfuegos.

He indicado que el interés de la métrica en estos idilios es de primer orden. Aunque sea desflorar estérilmente un tema que merece por sí solo estudio circunstanciado aparte, esbozaré algunas sugestiones que más urgentemente me demandan. El uso frecuente del verso eneasílabo, de evidente procedencia francesa, nos pone una vez más en la pista de su inspiración. Mezclado con versos de distinta medida consigue gratos efectos rítmicos.

Afortunadísimo es el uso del sáfico agudo mezclado con versos heptasílabos. Pocos poetas han tenido una tan clara percepción del valor rítmico del verso endecasílabo, tratado y maltratado entre nosotros sin idea cierta de su carácter tónico, de sus diversidades acentuales.

Las mezclas de versos distintos, con vario resultado, son irreductibles a tratarlas con brevedad.

Merece mencionarse un único ensayo de rima interna, si bien por tratarse de versos formados de hemistiquios perfectos, e ir la rima al final de uno de ellos, no es ejemplo típico de ese intento reiteradamente hecho por tantos poetas, desde Garcilaso y Cervantes.

Un estudio detallado de estas y otras sugestiones, en que abundan estos idilios, alumbraría un Lista nuevo y distantísimo del Lista tra-

dicional de *La muerte de Jesús* y la oda *A la victoria de Bailén.*

Pasemos por alto los epigramas, que nada añaden a la gloria del poeta, para demorarnos en la consideración de las seguidillas que Lista calificara de epigramas, cuando incluyó hasta veintisiete en sus colecciones.

Nada nuevo añadiría el estudio de su métrica a lo mucho que sobre tal estrofa ha dicho Friedrich Hanssen, en su magistral estudio sobre *La seguidilla*, ni a lo que más compendiadamente ha escrito Pedro Henríquez Ureña en su tratado sobre la versificación irregular castellana.

No es urgencia mayor la satisfacción retórica de encasillar estas seguidillas en algún género tradicionalmente definido, pero el intentarlo puede ilustrarnos sobre su carácter poético; y fijar éste, sí es necesidad de esta modesta exégesis.

Epigrama, en su acepción etimológica, vale como inscripción, y en este sentido lo es típico la *En un cementerio*, incluída en la sección de Poesías sagradas de este libro. Un tratadista riguroso, Hermosilla, verbigracia, nos le definirá como «una pequeña composición en verso que tenga algo de aguda, satírica, mordaz y jocosa». Sólo en el primer carácter—la brevedad—y en casos, en la agudeza, es aplicable a estos ver-

sos de Lista la definición de su intratable compañero de profesorado en el Colegio de San Mateo. Su carácter ha eliminado a estas seguidillas automáticamente del género en que su autor las incluyera.

Recorriendo todos los que sirven al tono lírico amoroso, no es fácil encontrar alguno en que encajen con exactitud.

El metro puede conducirnos a otro error. La seguidilla es un cantar popular, y en ese género podemos tener tentación de incluirlas. Ciertamente la procedencia sevillana, y aun más típicamente trianera, del poeta, hace sobremanera sugestiva la idea de que sometiera su musa a la inspiración popular. Ha sido tradición constante en los poetas andaluces este culto por los cantos del pueblo, tradición no interrumpida ni en esta última hora—1925—de nuestra historia literaria. No es dudoso que Lista adoptó a conciencia el fácil metro popular, y aún que quiso recordar el tono del cantar, mas rara vez fué afortunado el remedo, y puede afirmarse que en ningún caso consiguió contrahacer íntegramente el tono.

Lo atildado y artificioso del pensamiento, lo culto y urbano del lenguaje, excluyen el sabor popular en estas seguidillas. Alguna vez quiere aparecer, mas sin lograr completa realización nunca. En la seguidilla 9, en el final

Y ella responde:
«cuando olvide que saben
mentir los hombres»,

usa, acaso por vez única en su obra lírica, la palabra *hombre* como designadora del sujeto amoroso. En la disposición del primer miembro de la 12, en el artificio con que sostiene la comparación en la 26, en el carácter de la metáfora que puntualmente sigue en la 47; en cierto pícaro tono de algunas, como el verso central de la 128; en algún otro menudo detalle (que por su misma rareza es argumento en contra del carácter popular que pudiera informarlas), parece intentar hacer valer cierto parentesco con la musa del pueblo. Esta voluntad parece clara, pero aún más la incompatibilidad de su numen con el hito de su supuesto deseo. La seguidilla 130 es ejemplo típico de ello. Los primeros versos, por la rústica calidad de la comparación, por su dicción llana, hasta por el apelativo *niña* interpolado, es un perfecto y agradable cantarcillo que no extrañaríamos oir de boca del pueblo:

Como el árbol silvestre,
niña, es tu gracia,
que abunda mucho en fruta,
mas toda amarga.

Pero el estrambote, coda o consecuencia,

> Que amor lo riegue,
> se secará la rama
> de los desdenes,

por su frialdad alegórica, hace fracasar toda la eficacia sabrosa de los primeros versos. Aun los mismos pensamientos que por llanos o comunes pudieran servir un remedo popular, al tocarse con la manera del poeta pierden toda posibilidad de servir a tal destino.

Son frecuentes los recuerdos clásicos, ya en alusiones a mitos o noticias, como en la seguidilla 30 y en la 50, la mención de la Libia y sus monstruos y la alusión al ave Fénix. La 44 es abreviación muy feliz de un pasaje de la égloga 7 de Virgilio, *Populus Alcidae gratisima...*, que muchos bucólicos imitaron, con Garcilaso a la cabeza, y que Fray Luis de León trasladó así al castellano:

> El álamo de Alcides es querido,
> de Baco la vid sola es estimada,
> el mirto de la Venus siempre ha sido,
> y en el laurel de Febo es Daphne amada.
> El corilo es de Filis escogido;
> del corilo la Filis, pues se agrada;
> al corilo conozcan por rey sólo
> el mirto y el laurel del rojo Apolo.

Así también la 121 trae a la memoria el pasaje del Dante *Neggun magior dolore...*, y la 141, el recuerdo de Lope de Vega en sus sabidas alegorías de *La Barquilla*, insertas en *La Dorotea*.

Cada vez nos encontramos, en esta excursión en cierto modo venatoria, a mayor distancia del tono popular que empezamos a inquirir. Abandonada esta pista debemos señalar el carácter exclusivamente amoroso de todas estas piececillas. Pueden considerarse como verdaderas células poéticas, con vida completa y autonómica, que a veces son como anacreónticas o idilios comprimidos, y que otras veces podríamos calificar, con término que puso en circulación el poeta Núñez de Arce refiriéndose a los imitadores españoles de Heine, de *suspirillos*. La casuística amorosa del poeta, seguramente imaginada en casi todos los casos, es irrestañable. Digámoslo también lealmente, monótona y poco significativa. Seleccionando entre las 166 seguidillas con que se acrece ahora el caudal poético en circulación del poeta, podría quizá organizarse un poema amoroso, secuente y lógico. Dudo que obedeciera a una concepción filosófica del amor, como en Herrera o en Camoens. Reunidas todas, forman un caos de sentimientos contradictorios irreductibles a cualquier intento de ordenación doctrinal, de referencia a cualquiera caso vivido.

Esta es una de las ocasiones en que puede y debe recordarse la crítica de Menéndez y Pelayo. A Lista, venía a decir, le daña su misma abundancia. Varias de estas seguidillas podrían servir como agradables modelos de este género convencional, valgan, por ejemplo, las 32, 84, 122, 125 y 136. El conjunto resulta monótono y empalagoso.

Puestos a buscar parentescos a estas seguidillas, acaso viniéramos a los poetas heinianos, los de los suspirillos germánicos. Imposible en la historia todo intento de filiación o dependencia, un imperativo de paisanaje parece aproximar a algunos poetas andaluces a este aspecto de Lista. No el gran nombre de Bécquer —aunque alguna de estas seguidillas pudiera servir como de germen o semilla de alguna rima—, sino el más modesto de Augusto Ferrán y Fornés, viene a la memoria al leer demoradamente esta poesía gnómica de Lista. El paralelo es francamente desfavorable para el viejo poeta, mas no descaminado, y acaso alumbrador de cualidades típicamente andaluzas, más que las reglas y propósitos de artificiales escuelas.

No es nueva en absoluto la actividad dramática de Lista. Durante la dominación francesa en Sevilla tradujo algunas obras dramáticas que

fueron allí representadas. En la excelente biografía de Chaves puede verse una relación de ellas. La más importante empresa de este orden debió ser la traducción de *El enfermo de aprensión,* en prosa, de la que existen hasta dos copias manuscritas en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, y de la que D. Manuel Gómez Imaz nos había dado en 1891 edición—juntamente con dos cartas inéditas de *Albino*—limitada a 100 ejemplares. En este libro van la traducción de la tragedia de Chenier *La escuela de los reyes o Carlos IX* y un monólogo representable, *Dido,* ambas piezas en verso. En esto consiste la novedad de la primera, pues fragmentos dramático en verso conocíamos tan sólo los de la *Nueva ópera de Reinaldo y Armida,* incluídos en la sección de poesías amorosas de su segunda edición de *Poesías,* y otros trozos de *Las vísperas sicilianas,* tragedia de Casimiro Delavigne, insertos en la crítica que de esta obra publicó en *El Censor,* 1820 (tomo IV, pág. 676). La traducción de una obra de tal aliento, y en verso excelente, es novedad, y no de las menos importantes que ofrece este cuaderno. Más que el valor sustantivo de la un tiempo célebre tragedia, importa subrayar la significación social y revolucionaria de ella, y, por ende, lo significativo de su traducción por Lista, como demostración de sus ideas políticas y sociales. En este respecto

es la traducción documento tan decisivo como sus poesías humanitarias o sus proscripciones de afrancesado.

Más importancia tiene para completar su fisonomía poética el monólogo *Dido*, ampliación y desarrollo de las últimas frases de Dido en el canto IV de la Eneida. Con estas y con muchas de las que la desgraciada reina de Cartago confía a su hermana y confidente, ha compuesto Lista este monólogo, exprimiendo la sustancia dramática que el inmortal episodio posee, lucha de pasiones, patéticos acentos, situando a Dido frente al mar por el que se alejan las naves del ingrato Eneas. No se atrevió, como probablemente hubiera hecho un romántico, a presentar al público el suicidio de la heroína, recordando sin duda que como aseveraba el preceptista:

Nec filios coram populo Medea trucidet.

La versificación, romance endecasilábico, es robusta y conserva la eficacia patética del remoto modelo. Como reconocimiento explícito del abolengo castizo de su adaptación, conserva modos de decir estereotipados en todos los traductores e imitadores, tales como la traducción del

Dulces exuviae, dum fata, Deusque finebant,

convertido en *dulces prendas cuando Dios quería*, por Garcilaso, y así respetado por todos los traductores, desde Gregorio Hernández hasta Caro.

El trato continuado con la venerable figura de D. Alberto Lista ha logrado comunicarme, con la simpatía que siempre despertó el varón digno que supo de persecuciones y trabajos, una estimación tan sincera y humana por su verso cual no sospeché que lograra despertar en mí al emprender este trabajo.

Apurado queda, hasta donde mi insuficiencia ha podido, el concepto que su obra, antes publicada, mereció a la crítica, lo que aportan estas poesías inéditas de nuevo a la valoración de sus méritos poéticos y la significación de su poesía en el panorama literario de su tiempo.

Todo ello pertenece a la historia y a la crítica, o, por mejor decir, a la historia de la crítica. Mas no todo creo, ni quisiera, que sea documento muerto, testimonio de cosa ida y enterrada. Los nobles temas que versara, muchas de sus preocupaciones patrióticas y sociales, siguen siendo tan nuestras como fueron suyas. Los grandes nombres de virtudes públicas y domésticas que a cada paso irrumpen en su verso, no deben sonar indiferentes en nuestros oídos.

Acaso en un aspecto meramente formal no

acertó con el tono que hoy place a nuestra oreja. Mas la entraña de humanidad de que se nutren aún es actual para nuestra sensibilidad. Sus acentos, más o menos eficaces, de amor, de gratitud, de lealtad, de patriotismo—aunque también sufrió destierros por antipatriota, que fué en sus días cuando empezaron a ser acusados de antipatriotas cuantos no sentían el bien público del mismo modo que el poder constituído—, deben encontrar resonancia en nosotros.

Ni aun la parte puramente de escuela, formal, es toda letra muerta para nuestras preferencias. La nitidez de su recortado verso, es idóneo contrapunto de la amorfa avalancha lírica que al par tememos y, aún más, deseamos.

Pero sobre todo, la bondad de que se hicieron eco cuantos le trataron, y que transparentan inequívocamente sus versos, como suprema calidad de que puede blasonar un hombre, debe encontrar el asilo que ofreciera a la memoria de su oscuro amigo D. Francisco Fuentes, asilo cordial y eterno, el pecho amoroso de la amistad póstuma, en tanto van a sepultarse al olvido, donde el orgullo encuentra su castigo,

el sabio, el poderoso, el rey, el fuerte...

JOSÉ MARÍA DE COSSÍO.

La Casona de Tudanca, diciembre 1925.

POESÍAS SAGRADAS

1

ODA EN UNA PROFESIÓN RELIGIOSA

LA UNIÓN DEL AMOR Y LA HUMILDAD

Discite a me, quia
mitis sum et humili.

MATH.

Del templo de la paz las áureas puertas
al insano mortal siempre cerradas,
ya ves, oh nueva esposa,
para tu dicha abiertas.
¡Himno y gozo en Sión! Dulces moradas
donde sonríe la inocencia hermosa,
brotad para su frente
las guirnaldas del mayo floreciente.

Que del divino amor víctima tierna
al ara santa de la cruz camina,
donde es también su esposo
de amor víctima eterna.

Feliz esposa, vé; ya se avecina
de tu gloria el instante venturoso.
Ya en celestes canciones
lo aplauden las seráficas legiones.

¡Hija de Clara! Su encendido celo,
su ardiente caridad, su fe constante,
son la dichosa herencia
que te destina el cielo.
Ya de Francisco la humildad triunfante
desciende a ti; ya arbola la obediencia
tu bandera sagrada,
entre hermosas virtudes tremolada.

Sí; te encadenarán en santo lazo
el amor y humildad cuando, dormida
al terrenal contento,
sobre el potente brazo
que derrama en los orbes ser y vida
y en sus ejes sostiene el firmamento,
benigno y amoroso,
te abrace en caridad el bello esposo.

¡Llama inefable! Llama que, lanzada
ante los siglos del inmenso seno,
el pecho del humano
eligió por morada;
ya queda el tuyo de su fuego lleno,
ya vives de tu amante soberano,

y a ti y al mundo mueres
y ser eterno en tu morir adquieres.

Salve, divino amor. Tus altos dones,
¿quién basta a descubrir? Fuente escondida
de celestial dulzura,
en ti los corazones
hallan para los males de la vida
el consuelo y la paz. La virtud pura
tú a los mortales diste,
y con tu claro albor la embelleciste.

Por ti el hijo eternal que la alta cumbre
de inaccesible majestad habita,
al polvo vil se enlaza;
por ti la muchedumbre
que en el primer culpado fué maldita,
de la avernal prisión se desenlaza;
por ti acabó la guerra
que enemistaba el cielo con la tierra.

Sí; que allá sobre el Gólgota pendiente
el hombre Dios combate y triunfa, armado
de amor irresistible;
y al tirano inclemente
que devoraba el orbe esclavizado
sin saciar su rencor inextinguible,
del torpe señorío
arrojó vencedor al lago impío.

¡Esposo y redentor! Al triste mundo
diste salud; mas, ay, que muerte dura
te costó la victoria.
Aquel horror profundo
que el seno estremeció de la natura,
¿renovó acaso del Siná la gloria,
cuando la ley sagrada
fué por rayos y truenos promulgada?

¿O bien de los castigos celestiales
temido precursor la lluvia ardiente
del fuego vengativo
... mortales?
¿O, amenazando al hombre inobediente,
la justiciera mano del Dios vivo
sobre la tierra impía
anticipó el furor del postrer día?

Ah, que el crujir los polos eternales,
y el luto de los astros, y el bramido
del mar impetuoso,
fueron de paz señales.
Unióse a Dios el hombre redimido
de la cruz en el trono doloroso,
y el rayo ya lanzado
hirió sólo al cordero no manchado.

¡Dulce cordero! ¿Y de baldón cubierto,
tu gloria divinal gimiendo mueres?

¡Ay!, ¿qué continua herida
cubre tu cuerpo yerto?
Sagrado rostro que delicia eres
del Empíreo y de Dios, ¿cómo escondida
tu inefable belleza
yace entre nubes de mortal tristeza?

Ya el cantor de Sión oyó inspirado
aquel acento doloroso y triste
que estremeció el averno
cuando al padre indignado
«¿por qué me desamparas?», le dijiste.
Y el hondo cáliz del furor eterno
apuraste paciente,
de la ajena maldad hostia inocente.

Sí, tierna esposa. Del amor divino
el arcano ya ves. Humildad suma
su corazón recrea.
Si el eje diamantino
tiembla a su voz potente, el polo ahuma
y el escarchado monte centellea,
su fuerza está escondida
en esa humilde cruz que a amar convida.

La humildad es tu dote. Cual viola
entre espesa verdura, al viento exhala
suavísimos olores;
ni la luz tornasola,

ni el austro mece su sencilla gala,
empero oculta burla los furores
del aquilón impío
y el rayo abrasador del seco estío.

Así abatida, la humildad sagrada
al Dios de las virtudes enamora,
y ni el templo eminente,
ni púrpura preciada,
ni el incienso apacible de la aurora,
tan aceptos le son como el ferviente
suspiro silencioso
de un corazón humilde y amoroso.

Al consumar tu puro sacrificio,
¿no sientes cuán voraz tu pecho enciende
llama de eterna vida?
Ya del cielo propicio
la gloria del Señor aquí desciende
y llena augusta su mansión querida.
Lejos, lejos, profanos,
y eleva tú las virginales manos.

Que si en los torpes hijos de la ira
hay vasos de elección para que, llenos
de la unción soberana,
el fuego que ella inspira
derramen por los ámbitos terrenos,
hoy el sagrado amor del cielo mana,

e ilustra su presencia
un vaso de humildad y de inocencia.

Serafín abrasado,
sobre el Cedrón florido la belleza
de la tierna pastora
y el amor ensalzaste
del Rey, que deponiendo la grandeza
en su humilde vergel gozoso mora,
pulsa la sacra lira
que caridad dulcísima suspira.

Oigo el himno de amor y de alegría.
«Amor» cantan los coros celestiales,
y la mansión de Clara
«amor» al cielo envía,
y «amor» vuelven los astros eternales.
Mira benigno Dios su esposa cara
con sonrisa serena
y en amor inefable le enajena.

2

A DIOS INDIGNADO

(IMITACIÓN DEL FRANCÉS)

En vano, ¡oh, Dios!, espera tu clemencia,
cuando la ultraja, el hombre delincuente;

que sube al trono el crimen insolente,
gime en prisión la cándida inocencia.
No espere, no, piedad; ya tu paciencia
cedió al espada, al hierro, al fuego ardiente,
ni hay en el orbe ser que el impudente
no convirtiese en muerte e inclemencia.
Fulmina vengativo y justiciero,
abrasa la maldad, muera el malvado
de su vicio en el torpe regocijo.
Mas, ¡ay!, ¿dónde has de herir? Si el rayo fiero
al criminal encontrará inundado
en la preciosa sangre de tu hijo.

3

EL DOLOR DE NUESTRA SEÑORA

Vé de la cruz pendiente
la madre dolorida
al Rey de eterna vida
que muere por mi amor;
y el vaticinio triste
de Simeón, cumplido,
su pecho deja herido
la espada del dolor.

Por el común delito
la víctima se ofrece;
sobre la cruz fallece
el santo de Sión,
y de constancia armada,
salud de pecadores,
acrece tus dolores
la acerba redención.
Al ver de un Dios la muerte
y de su madre el llanto,
tiende la noche el manto
en cielo, tierra y mar;
ruge la tumba; el velo
estalla dividido;
mi pecho endurecido,
¿se negará a llorar?
Alma que veis en trance
tan duro e inclemente
penar al inocente,
morir al eternal,
atended de María
al silencioso llanto,
y ved si habrá quebranto
a su quebranto igual.
El Dios de las venganzas
su ardiente fuego envía
en el terrible día
de cólera y furor.

Por la maldad ajena
el no manchado muere
y el mismo rayo hiere
la madre del amor.
Mi culpa es tu tormento,
¡oh, madre dolorosa!
Alma pura y hermosa,
tú penas y es por mí.
Haz que en mi pecho clave,
aunque insensible y fiero,
el despiadado acero
que te traspasa a ti.

4

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO EN FESTIVIDAD DE DESAGRAVIOS

IDILIO

¿Qué bárbaro feroz con torpe planta
Dios del amor tu cuerpo y sangre huella?
. . . .
No bastó a sus rencores
de luto y destrucción llenar a España.

¡Ay, que el blasfemo impío
de la salud el precio inestimable
arroja por el suelo;
y al Dios ultraja en que se mira el cielo!

Aun no agotó el calvario
la ingratitud humana
que ya repite insana
ultraje contra amor.
Hirióle una vez sola,
Judá, tu desvarío
y mil le huella impío
el bárbaro furor.

¡Venganza, oh, Eterno! Del pérfido bando
te invoca llorosa con cántico blando,
¡oh, Dios de piedades!, tu amada Sión.
Protege a tus hijos, al pérfido aterra;
acalla los bronces, sepulta la guerra,
y arbole animosa la paz su pendón.

Piedad, Señor, y halle
en ti la gente impía
amor que favorece
y brazo que castiga.

¿Dónde encontrarán consuelo
las penas que nos agitan

sino en ti, Dios de la gloria
y dador de la alegría?

Piedad, Señor, y halle..., etc.

Aunque tristes pecadores
merecemos tu justicia,
nuestro enemigo es el tuyo,
vuelve por tu causa misma.

Piedad, señor, y halle..., etc.

Si, para Israel, cordero
de mansedumbre benigna,
guarda al blasfemo idumeo,
de fuerte león las iras.

Piedad, Señor, y halle..., etc.

5

A LA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA

IDILIO

En la margen impura
del babilonio río

tu amor, Sión perdida,
cantamos y gemimos.
  Al canto nos incita
nuestro tirano impío,
y al son de las cadenas
se exhalan tristes himnos.
  ¡Oh, aurora prometida,
madre del sol divino!
¿Cuándo tan fiera noche
disipará tu brillo?

  Vendrá de la venganza,
vendrá el felice día
y el hinno de alegría
en Israel se oirá;
  y el monstruo que entre risas
hoy la cerviz levanta
de vencedora planta
despojo vil será.

Tiemble, tiemble el abismo vencido,
caiga, caiga su trono abatido
y exhale entre llamas su inútil furor.
  Y el hombre, mirando nacer su ventura,
el lloro derrame de santa ternura
y ensalce a la madre del cándido amor.

Piedad, Señor, alcance
la mísera criatura;

que si el delito es nuestro
es la clemencia tuya.

Nazareth, al santo cielo
tu precioso aroma ascienda,
que a tus montes nos envía
la prenda de tu clemencia.

Piedad, Señor, alcance..., etc.

Ven, espíritu amoroso,
legislador de la tierra,
y la vara de José
fecunda con tu presencia.

Piedad, Señor, alcance..., etc.

6

EN ELOGIO DE SAN ISIDORO

IDILIO

¡Con qué furor se agita
el sofisma infernal! Grito blasfemo
levanta contra el hijo de la altura,
y sube al trono godo,

y el duro cetro y la feroz cuchilla
tendiendo por los campos de la Iberia,
de católica sangre los inunda.
¡Oh, error siempre seguido
de la crueldad y la barbarie! Breve,
breve será tu imperio,
que a la dulzura y ciencia de Isidoro
confía el cielo la salud de España,
y va a triunfar de tu sangrienta saña.

Huyó la niebla impura,
vuelven los claros días;
ya España del Mesías
confiesa la deidad.
Ya canta el dulce nombre
que el serafín adora
y unida a Dios implora
la santa humanidad.

Huyó nuestro suelo
la antigua serpiente
y en trono de gloria
la fe resplandece.

Al cielo sube exhalado
de Isidoro el ruego ardiente,
y pide justa venganza
de las enemigas huestes.

Huyó nuestro suelo..., etc.

La sangre de Hermenegildo,
cual la de Abel, inocente,
venganza clama y del padre
tiñe las manos crueles.

Huyó nuestro suelo..., etc.

Y nuevo espíritu infunde
al santo obispo del Betis
para que del solio hispano
al fiero monstruo despeñe.

Huyó nuestro suelo..., etc.

7

INSCRIPCIÓN PARA UN CEMENTERIO

Con devota oración, alma cristiana,
a nuestra pena alcánzanos sosiego;
quizá el sufragio y el piadoso ruego
que hoy te pedimos, pedirás mañana.

8

INSCRIPCIÓN PARA SAN LUIS GONZAGA

Jóvenes, si el candor y la inocencia
de Gonzaga imitar no habéis querido,
al menos imitad su penitencia.

9

LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

Libre de la ley se llega
al sagrado altar María,
y en el señalado día
el don señalado entrega.
Mortal, tu soberbia ciega,
tu fiera ambición humilla,
pues la Madre sin mancilla
del omnipotente Rey
quiso cumplir con la ley
por enseñarte a cumplilla.

10

TRADUCCIÓN DEL HIMNO DE VÍSPERAS DEL OFICIO DEL CORAZÓN DE JESÚS

Si a vuestro afán, mortales,
buscáis alivio cierto,
al corazón abierto
venid del Redentor.
Por la salud del hombre
dió la inocente vida,
y aquella dulce herida
es prenda de su amor.

Venid los que la culpa
oprime en vil cadena,
y a los que justa pena
les dió la adversidad.
Que aun por la gente impía
que le llevó al suplicio
se ofrece en sacrificio
el Dios de la piedad.

Delicia de los cielos
y bien de los mortales,
tus llagas celestiales
asilo nuestro son.

Corra tu sangre y lave
nuestra maldad inmunda,
y en nuestro pecho infunda
un nuevo corazón.

11

TRADUCCIÓN DEL HIMNO DE LAÚDES DEL OFICIO DEL CORAZÓN DE JESÚS

Al hijo eterno, Padre
de la futura gente,
Rey de la paz clemente,
mi labio cantará.
En cuyo herido pecho
amor triunfante honora,
y al alma que le adora
abrasa y gloria da.

Deja la lanza impía
su corazón patente,
y en él se sume ardiente
el rayo del dolor.
¡Oh, llama que el delito
dulce quemó y activa!
¡Oh, fuente de agua viva,
raudal de puro amor!

Para que siempre fieles
tu gracia nos posea,
asilo nuestro sea
tu amante corazón.
Celebre eternamente
al Padre nuestro canto,
al hijo eterno, al Santo
espíritu de unión.

AMÉN.

LÍRICAS PROFANAS

1

SÚPLICA A LA REINA MARÍA LUISA

Si tus piedades, Reina generosa,
el indio adusto siente,
y el que mira del sol la luz hermosa
morir en Occidente;
y el ibero feliz, y cuanto abarca
el piélago profundo
que el nombre adora del mayor monarca
en uno y otro mundo;
bien justamente de su ruego fía
ver el voto logrado
quien ya gozó de la clemencia pía
el asilo sagrado.
Sí: con benignos ojos atendiste
de un ánimo afligido
la desgracia, y en dichas convertiste
los males que ha sufrido.
Que si allá sobre el campo de la muerte
vi mi sangre vertida,
y del combate en la dudosa suerte
casi exhalé la vida,
también sobre mi mano macilenta,
premio de los leales,

brillan gloriosas de la lid sangrienta
las hórridas señales.
Tú, Señora, las viste compasiva,
y con tal bien pagado
bendije alegre la batalla esquiva
y el hierro ensangrentado.
Y las bondades de tu augusto esposo,
sobre mí derramadas,
con premio superior dejó piadoso
mis penas coronadas.
No, pues, ya, gran Señora, a favor mío
imploro tu clemencia,
pues ya venció de mi destino impío,
la pérfida influencia.
Oye, empero, benigna, el ruego ardiente
de una adorada hija,
a quien dulce esperanza eternamente
en tus mansiones fija.
Cual la copa inmortal de tronco altivo
al arbusto sombrea,
y lo defiende contra el noto esquivo
y la llama febea,
el feliz arbolillo humilde adora
el regalado asilo,
y el néctar de la noche y de la aurora
bebe alegre y tranquilo,
así de tu deidad sienta gozosa
la protectora mano,

y será ser tu esclava venturosa
su premio soberano.
  Tal dicha la bondad nos afianza
con que a entrambos miraste.
¡Ah, produzca su fruto la esperanza
que benigna sembraste!

2

EL AJEDREZ

(TRADUCCIÓN DE DELILLE)

  Dos rivales, amantes furibundos
del taciturno juego
que inventó Palamedes, guerreando
con sumo ardor en lid no peligrosa,
sobre iguales cuadrados
de distinto color, sus escuadrones
de ébano y de marfil, con sabia marcha,
a la victoria, pensativos, guían.
  Por largas horas la balanza incierta
entre los dos partidos tiene Marte;
hasta que, en fin, el vencedor dichoso
anuncia el fatal jaque, y aplaudiendo
su triunfo se levanta.

Absorto en su dolor yace el vencido,
y del terrible mate,
a su pesar no incierto, contemplando
se queda todavía
el imprevisto golpe que lo ha hundido.

3

FRAGMENTOS DEL POEMA DE PINTO, «LAS AGUAS MINERALES DE LONGROIVE»

TRADUCIDOS AL CASTELLANO

I

Estas murallas otro tiempo fueron
del valor noble cuna; y estas rocas,
áridas ya, brotaban lindas flores
cuando, risueña Venus, y furtiva,
buscó en ellas de Marte los abrazos.
Vosotras, bellas ninfas, que la guardia
tuvisteis de este sitio, ¡cuántas veces
visteis de verde musgo los peñascos
cubrirse! ¡Cuántas veces recamarse
el duro suelo de halagüeña grama

que hollaban nuestros pies, danzas festivas
tejiendo con los plácidos amores!
A vuestro culto sucedió el de Higía
cuando aquellos intrépidos guerreros
huyeron sin temor de estas murallas,
el fuego y los suplicios arrostrando,
que prodigó a sus dignos compañeros
la Galia más cruel. Su postrer vale
¡oh, ninfas! recibisteis suspirando,
y flébil eco en rededor gimiendo
de esos pelados riscos todavía
lo repite a los valles. ¡Ay, entonces
vieron los días sus umbrosas selvas
fenecer lentamente! Así, aterrado,
mira en la inculta Siria el peregrino
áridos campos, tristes eriales
y espantosos escombros do otro tiempo.
Palmira levantó la excelsa frente,
y el filósofo, hollando las cenizas
de ciudad tan inmensa, apenas halla
de su contemplación el triste objeto.

II

El fauno enlazará de los tarayes
las obedientes ramas, y entre ellas
acechará desnuda la hermosura
con ojos devorantes. De las manos

dos jóvenes unidos a sentarse
vendrán bajo la sombra, cuando ardiente
los campos queme el rayo de la siesta.
Céfiro, en tanto, de frescor suave
inundará los sotos, sacudiendo
las hojas del frutal, y el grato aroma
incentivo de amor, audaz libando
el seno de las flores, nuevos gozos
derrama alegre en su apacible vuelo.
Desvelado el amante, a su querida
ofrece el claro vaso, y a beberle
con su ejemplo la anima. Tierno, exhala
amorosos suspiros, que la bella
con blandos ojos premia y blanda risa.
Vosotras, tiernas Náyades, las penas
de la llorosa humanidad benignas
aliviaréis allí; dulce esperanza
en el pecho infundid del desahuciado
a quien la luz del cielo ya es odiosa.
Volved, volved a sus cansados miembros
el antiguo vigor, y si no es dado
restituirle la salud, al menos
aligerad el peso de sus males:
Que siquiera otra vez la risa asome
en su angustiado rostro, y en la orilla
de la tumba fatal pueda embriagarse
con el prestigio de la vida.

III

¡Cuántas veces los genios de la fuente,
desde el venero umbroso, ven risueños
a la joven beldad en copa de oro
beber de su raudal! Amor se burla
del común yerro y del remedio inútil.
En la brillante aurora de su vida
Marcia sintió los férvidos combates
de la edad juvenil, que describieron
ya Cabanis en elocuentes cuadros,
ya Russel con la pluma de las gracias.
El vivo fuego de sus dulces ojos
súbito se amortigua; caen las rosas
del nevado semblante, ya oprimido
con lánguida tristura, indicio cierto
del mal y de su causa. Bebe en vano
las aguas minerales que a sus ansias
otro remedio señaló Natura.
Amor hiere su pecho; el bello Alcino
ante sus ojos brilla; Marcia ama,
y amada sus recíprocos afectos
premia el divino lazo de Himeneo.
Despide el corazón con doble fuerza
la circulante sangre; ya en sus ojos
los amorosos rayos centellean,
ya sus mejillas pálidas se cubren
otra vez de carmín. Tal poderío
concedió al dulce amor benigno el cielo.

Aquí su agudo arpón, los corazones
fácil hiriendo, estímulo de vida,
y cuando de elementos minerales
cuajada el agua a dar salud no alcanza,
alcanza, amor, tu delicioso fuego.

4

LES MERITES DE FEMMES

(TRADUCCIÓN DE LEGOUVÉ. FRAGMENTO)

Cual vaga abeja, que de paso liba
jugo y fragancia a las nacientes flores,
sometiendo el pudor y la ternura
a sus falaces rápidos ardores,
va errando de hermosura en hermosura.
Efímero placer de los sentidos
o de la necia vanidad juguete,
el vengador fastidio
disipa pronto la ilusión; ya pide
más cierta dicha al cándido Himeneo;
ya elige dulce esposa, y ya es dichoso.
El templo, que de antorchas y festones
reluce coronado; la alegría
de los caros amigos;

la hermosa virgen que a las aras llega
a entregarle su fe y embellecida
por el amor, la juventud, las gracias,
da solemne promesa de ser suya:
la religión que graba en el empíreo
los juramentos del amor; los padres
que con trémula mano le confían
su más querida prenda
de su nombre y virtudes adornada;
y la noche feliz, dulce testigo
del más puro placer en que, dejando
atónito el pudor, oye exhalarse
de un corazón modesto y silencioso
aquel primer suspiro
que roba la ternura a la inocencia,
todo en vivas delicias
inundará tu enardecida alma.
Y si no siente de la edad fogosa
el ciego desvarío,
su pecho, blandamente dominado
de afectos más durables,
el verdadero bien halla en tu amada
la dulzura y la paz. Ella, oficiosa,
templa sus penas, dobla su alegría,
alivia sus afanes
y de placeres su descanso llena;
y cuando llegue el término forzoso
de la ventura y de la dicha humana,
la dulce compañera, que el viaje

hizo con él de la afanosa vida,
su celo afectuoso
y sus cuidados tiernos disminuyen.
De la triste vejez el largo tedio
ya, ya en la margen del sepulcro frío
aun coge algunas flores;
y al descender al sueño sempiterno
sus ojos moribundos
se vuelven a mirar los de su amada.

POESÍAS FILOSÓFICAS

1

EL SABER

IDILIO

¿Qué digna voz los triunfos
cantará del saber? Al hombre, fiera
de las selvas, tirano,
dictó la ley de sociedad segura.
Él domó la cerviz del Océano,
robó el fuego a la nube, y a la muerte
sus víctimas disputa. De los cielos
mide la inmensidad, y exacto giro
señala al astro vago:
Por él la virtud santa
conocen los humanos corazones,
y a dominar aprenden sus pasiones.

Juventud, tierna gloria
ya de la patria amante
sigue, sigue constante
la enseña del saber.
Es frágil la fortuna;
nace el deleite y muere;

sólo la ciencia adquiere
eterno florecer.

Al alcázar de Minerva
subamos con planta altiva,
que allí no muere la oliva
ni se marchita el laurel.

Llenad con piadoso celo
las esperanzas paternas,
y veréis lágrimas tiernas
por sus mejillas correr;
y a los tempranos laureles
que hoy en vuestra frente quedan,
otros más nobles sucedan
que coronen su placer.

Al alcázar de Minerva..., etc.

Los solícitos Mentores
que en cultivaros se emplean,
sólo por premio desean
vuestra virtud y saber.
Y si a sus ruegos humildes
atiende benigno el cielo,
para su gloria y modelo
la patria os verá crecer.

Al alcázar de Minerva..., etc.

Creced bajo los auspicios
de la deidad bienhechora,
que ufano en ser suyo adora
este dichoso plantel.

Lealtad, gratitud, respeto,
con dulce ley os obligan
a que voces y almas digan
¡viva la augusta Isabel!

Al alcázar de Minerva..., etc.

2

PIEZA DE ARQUITECTURA PRESENTADA A LA R∴ ⊡∴ DE LA UNIÓN SINCERA AL OR∴ DE ZARAGOZA

ODA

¿Qué esplendor soberano
del Ebro ilustra la feliz ribera,
y, cual suele rayando el Océano
dorar el sol la ennegrecida esfera,
brilla sereno y puro
y disipa al error el velo impuro?

Luz victoriosa y santa,
inextinguible luz, yo te saludo.

¡Oh, tú, cuyo templado brillo espanta
a los genios del mal! ¡Tú, que desnudo
el fulminante acero,
rompes triunfante al fanatismo fiero!

Cubrió la inmensa tierra
de su manto el error; cuanto se extiende
desde las cumbres que Aquilón aterra
hasta los golfos que la aurora enciende,
de su tiniebla impía
el lívido celaje discurría.

Y, «sangre y cruda muerte»,
y, «venganza y terror», clamó sañudo.
Víctimas fueron de enemiga suerte
la ciencia y la virtud; su sacro escudo,
por Minerva templado,
yace entre los destrozos sepultado.

Que a defender no basta
contra el furor del fanatismo impuro
ni el vuelo audaz de la blandida asta,
ni el alto alcázar, ni el cerrado muro,
ni el duplicado acero
que ciñe el campeón al pecho fiero.

Cual llama serpentea
la atroz superstición; y a lo escondido
do el corazón humano señorea

dando a la vida ser, alma al sentido,
se introduce violenta
y allí el imperio del terror asienta.

¡Yermos campos de Almiga!
¡Montes de Merindol! ¡Mustias riberas
del Elba, que la bárbara cuadriga
del fanatismo holló! ¡Tristes hogueras
que en la crédula España
mil veces encendió su fausta saña!

Horrible monumento
de su horrible poder, la luz sagrada,
que ilustra ya el humano pensamiento,
quemó al monstruo la máscara sagrada,
y archivos de crueldades
su oprobio vais diciendo a las edades.

Naciste, lumbre bella,
y del mar Caledonio la montaña
vió su fulgor primero, cual destella
donde más fiero el Aquilón se ensaña,
su albor la hermosa aurora,
y ahuyenta el huracán y el mar colora.

Naciste; el monstruo impuro
sus ojos siente herir con los primeros
reflejos de su llama; al golpe duro
huye arrojando los puñales fieros;

exhala atroz rugido
y al averno se lanza enfurecido.

Y al punto el orbe mide
tu compás de justicia refulgente,
blanda fragancia el Céfiro despide,
y entre los rayos de su sacro oriente
resplandece adorada
la regla de equidad jamás violada.

Hijos de la luz santa
M.·. venturosos, vuestra gloria,
gloria es de la virtud. El cielo canta
en sus doradas arpas la memoria,
y los ilustre nombres
de los que en blanda paz ligan los hombres.

Paz, amistad, concordia,
amor, fraternidad, ¡tal es mi voto!
¿Y, qué, pudiera la infernal discordia
su veneno lanzar desde el remoto,
desde el destierro horrendo
do se guarece de la luz huyendo?

¡Ah, no! Dulces hermanos
en dulce lazo de amistad unidos,
sed de justicia y paz frutos lozanos,
y dejad a los hijos fementidos
del fanatismo odioso,
de la discordia el germen ponzoñoso.

Quién, del sangriento Marte
sigue en los campos do el honor le llama
el tremolado bélico estandarte;
quién, animado por la activa llama
de la sabia Minerva,
el santo fuego del saber conserva.

Cuál, a la madre tierra
en surcos mil y mil rompiendo el seno
el dulce grano de esperanza encierra;
y cuál, conduce, de tesoros lleno,
el rápido navío
de la remota playa al patrio río.

Mas todos son hermanos;
mas todos hijos son, lumbre sagrada,
de tu ardor santo. Las amigas manos
unid en tan estrecha y fiel lazada
que su vínculo fuerte
ni el tiempo lo deshaga, ni la muerte.

Vive ◇ felice
y sé del Ebro honor, gloria de España.
¿Ves cuál enjuga el mísero infelice
el llanto amargo que su rostro baña?
¿Y cuál busca ferviente
su amparo en ti la humanidad doliente?

Volad; ya miro abierta
del alto cielo la morada pura.

Aguarda vuestro triunfo la áurea puerta,
y el laurel con que el padre de la altura
la virtud galardona
y las gloriosas frentes os corona.

3

CANTO DE CONCLUSIÓN

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

MAS .·.

Hijos de paz y amor,
hermanos, compañeros,
anuncien nuestro ardor
los cánticos sinceros.
El cielo estableció
de la equidad la regla en nuestra mano;
el que sus vicios sometió
es verdadero hermano.

Aquí la virtud pura
de flores se hermosea
y esparce la dulzura
del imperio de Astrea.
Néctar dulce y vivaz
que a fiera lid provocas los humanos,

tú eres la prenda de la paz
bebido por hermanos.

¿Quién puede perturbar
unión tan escondida?
Sin susto y sin pesar
gozamos de la vida.
El necio vulgo, ansioso
nto bien, lo solicita en vano:
para vivir puro y dichoso
es fuerza ser hermano.

Según la tradición
de los antiguos días,
tú, celestial razón,
a los Mas .·. guías.
Aquí, santa igualdad,
en dulce unión, enlazas los humanos:
nobleza, puesto o dignidad
no impiden ser hermanos.

La edad presente vió
los príncipes y reyes,
que el mundo veneró
y obedeció sus leyes,
nuestra insignia vestir
y deponer el cetro soberano,
y cifrar su gloria en vivir
unido con su hermano.

No esperéis conocer
unión tan venturosa;
profanos, ¿podréis ver
ciegos la luz hermosa?
¿Qué arbitrio os queda ya
de penetrar en misterioso arcano?
Ni aun saber se os permitirá
cómo brinda un hermano.

Por el genio de paz
brindemos este día,
que es delicia y solaz
de la Mas ∴
Tres veces el placer
llene feliz el vaso en vuestras manos,
y anuncie que vais a beber
por todos los hermanos.

La diestra unid, modelo
de la concordia amiga,
dando gracias al cielo
del luto que nos liga.
Abrid el corazón
a la amistad, cerrando el santo templo,
y de obediencia y sumisión
de la ley sed ejemplo.

4

Entre los papeles que fueron del marqués de Valmar, que hoy paran en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo (Sig. R-I-1-9), se encuentra la siguiente poesía de Lista, inédita, que acaso el marqués reservaba para una nueva edición o apéndice de su obra capital sobre la poesía del siglo XVIII.

A D. SEBASTIÁN NANDÍN, MI AMIGO

Cádiz, 30 de junio de 1839.

Sigue, amado Nandín, la estrecha senda
que la virtud señala,
única que al sagrado templo ascienda
do su aroma inmortal la gloria exhala.
Ni te aterren los monstruos que embarazan
el áspero camino,
y con mentidos riesgos amenazan,
que desprecia el varón, tiembla el mezquino.
La atroz perfidia, del puñal armada
la astuta hipocresía,
y la vil detracción que arroja osada
en las virtudes su ponzoña impía,
¿qué pueden contra el ánimo constante,

si en su valor fiado
de la conciencia el grito penetrante
más teme que a los hombres, más que al hado?
Y en vano del placer la impura rosa
brillará ante sus ojos;
en vano al orbe antártico, industriosa,
torpe codicia, arrojarás despojos.
Que su gozo es el bien, y su riqueza
un corazón contento,
y del ánimo excelso a la nobleza
postrar sabe el terreno sentimiento.
¿Pues qué si la sañuda tiranía
vibra el temido acero,
ya entre el volcán de sedición impía,
o ya en la diestra de monarca fiero?
Al íntegro varón nada amedrenta,
resígnase a su suerte;
la virtud, libre de opresión violenta,
le acompaña a los reinos de la muerte.
Obedece, Nandín, la voz que guía
tu pecho generoso;
yo, si imitar no puedo tu osadía,
el noble triunfo aplaudiré gozoso.
Que esta ley santa en el empíreo velo
la virtud ha grabado:
Sé justo, ama los hombres, teme al cielo
y de tu suerte déjale el cuidado.

SONETOS

1

A MARIA LUISA, REINA DE ESPAÑA

Cuando dejaste por el solio ibero
las playas del Erídano, llorosas
Juno y Venus te vieron envidiosas,
y así les dijo el vencedor flechero:
«¿Por qué os quejáis, si en ella el orbe entero
ama, oh Juno, tus pompas orgullosas,
y más dulces tus gracias deliciosas
son, Venus, en su rostro placentero?
Rendid a la deidad que os hermosea
la sacra rama que venera el hombre,
y el don de la belleza floreciente»,
dijo; y cediendo Juno y Citerea,
de lauro y rosas coronó tu nombre,
y lo adoró feliz la ibera gente.

2

A D. MANUEL HERNÁNDEZ, MI AMIGO

EN RESPUESTA A SU ODA SOBRE MI PARTIDA DE FRANCIA

Cuando el arpa del tracio enamorado
resonó en los umbrales del averno
calmó en las sombras el gemido eterno
y enmudeció el azote despiadado.
Así tu blanda voz, que han inspirado
sublime Apolo, el de Accidalia tierno,
templa las penas del sañudo infierno
en que me tienen el amor y el hado.
Y en vano persiguiéndola el destino
hacia la tumba mi existencia vuela
por descansar de su infelice suerte.
Que, a pesar de su furia, caro Alcino,
tu amistad dulce mi dolor consuela
y tus versos me roban a la muerte.

3

A LA CONDESA DE AYAMOR

EN EL DÍA DE SU SANTO

Oiga el cielo mis votos fervorosos,
y cuanto bien le pido y tú deseas

en paz dulce y tranquila lo poseas
exenta de pesares enojosos.
  Y prolongue tus años venturosos,
y de tus nietos la delicia seas,
hasta que, abuelos como tú, los veas
acariciar sus nietos numerosos.
  Y en sus cándidos pechos reluciendo
tu bondad generosa, retratada,
la sangre y la virtud los haga hermanos,
  y tú, dichosas lágrimas vertiendo,
te canses de contar la prole amada
cuando vinieren a besar tus manos.

4

A LA CONDESA DE AYAMOR

SUS NIETOS, EL DÍA DE SU SANTO; LO ENTREGÓ LA MENOR DE ELLOS

  Este día feliz que la ternura
consagra en nuestras almas reverente,
y que apenas asoma en el Oriente,
nos inunda de júbilo y dulzura,
  jamás se cubra de tiniebla oscura,
siempre alegre te nazca y refulgente,
y en cada giro nuevo el cielo aumente
tu bondad, si es posible, y tu ventura.

Acepta complacida y cariñosa
los votos de tus hijos, que alegría
son, y gloria serán de tu existencia.
Sí, dulce madre: acéptalos gozosa,
que el amor y el respeto los envía
por manos de la cándida inocencia.

5

AL MARQUÉS DE VESOLLA

EN EL DÍA DE SU SANTO

Por ti al cielo sus súplicas envía
una madre adorada y amorosa;
sus tiernos votos, una dulce esposa,
y tus hijos, las almas a porfía.
Y tus amigos, en tan fausto día,
unidos a tu prole venturosa,
van aumentando el júbilo, y rebosa
de sus felices pechos la alegría.
Para ofrecerte sus sinceros dones,
del general contento enloquecido,
el elocuente amor ni aun voces halla.
Y entre tantos gozosos corazones
hay también un afecto agradecido
que dice quizá más, cuando más calla.

6

A D. JAVIER ELÍO

EN EL DÍA DE SU SANTO

De hermoso tronco, vástago, cultiva
tierna planta afamado jardinero,
y suda por que iguale en el otero
de su progenitor la pompa altiva.
Del mejor trigo la simiente altiva
entrega el labrador al crudo enero,
y espera que del junio placentero
corona fértil, en la mies reviva.
Tú, mi Javier, de tantos corazones
que te adoran, tan tiernas inquietudes
premiarás, y el solícito desvelo;
si al heredar sus nombres y blasones
heredas de tus padres las virtudes;
y este es el bien que has de pedir al cielo.

7

A MI AMIGO D. FRANCISCO FUENTES

Aunque tu nombre el templo de la historia
desconozca, y le niegue su ornamento

la oliva de Minerva, o el violento
Marte el laurel de su funesta gloria,
no temas, no, que muera; en mi memoria
lograrás más perenne monumento
que los que erige el triunfador sangriento,
víctima el mundo de la atroz victoria.
En el olvido viene a sepultarse
el sabio, el poderoso, el rey, el fuerte,
y allí el orgullo encuentra su castigo;
y sólo eterno nombre podrá darse
al que vive, cual tú, libre de muerte,
en el pecho amoroso de un amigo.

8

DON DE UNA AMIGA

Tú, en cuyo seno la virtud hermosa
entre azucenas cándidas suspira;
tú, a quien el mundo justamente admira
buena hija, tierna madre, y dulce esposa:
de una amiga constante y cariñosa
que como en claro espejo en ti se mira,
y del amor universal que inspira
tu bello corazón, vive orgullosa;

recibe el grande afecto, reducido
a corto don: la gratitud lo envía
y la amistad más tierna lo ennoblece.
Y segura de un pecho agradecido,
vive tan venturosa, amada mía,
cual pido al cielo y tu bondad merece.

9

EL CASTIGO JUSTO

Pura amistad, yo invoco fementido
tu santo nombre, cuando en fuego insano
de inevitable amor me abraso en vano,
ni es dada la mudanza ni el olvido.
Filis cruel, si amarte he prometido,
¿qué más quieres de mí? ¿Por qué, tirano,
el dios flechero su indomable mano
descarga sin piedad sobre un rendido?
Mas ¡ay!, yo el orgulloso, yo el culpado,
yo el necio fuí creyendo que podría
amarte, Filis bella, y no perderme.
«Sólo tu amigo soy», dije engañado;
y Amor de mis promesas se reía,
y amistad las oyó sin responderme.

10

A DELIO

PERSUADIÉNDOLE A QUE TRUEQUE SU AMOR EN AMISTAD

Delio, esa misma angélica hermosura
que ha enseñado a gemir tu amante seno,
adoro yo, mas de inquietud ajeno,
con inviolable fe, de amistad pura.
En ti los celos y la ausencia dura
destilan su mortífero veneno;
yo en la gloria de amarla me enajeno,
y esta gloria es exenta de amargura.
Morirá el fuego que te abrasa ahora,
que no hubo, Delio, donde amor impera
firmeza, ni en el mal, ni en la alegría.
La amistad ni se apaga, ni devora.
Si quieres llama dulce y duradera
para encenderla, te daré la mía.

11

LA DESPEDIDA INÚTIL

—Adiós, pérfido amor; ya nunca esperes
volverme a atar en tu infeliz cadena;

ni que por siglos de tormento y pena
compre otra vez tus rápidos placeres.
  Adiós, loco rapaz, que esclavo eres
del que conserva su razón serena;
tirano del que necio la enajena,
temes al fuerte y al cobarde hieres.
  Así insulté al amor, y el respondía:
  —Después que han sido de mi amor despojos
tus verdes años, la jactancia alabo.
  Adiós, fuerte varón; triunfa y confía,
pero aun te guardo a Clori, y en sus ojos
de nuevo aprenderás a ser mi esclavo.

12

LA FINEZA

  Mantilla y voluntad debo a mi primo,
mantilla rica y voluntad sencilla;
y el afán de buscarme la mantilla
es la fineza que en mi pecho imprimo.
  Es tan grande tu afecto que lo estimo
más alto que la torre de esta villa,
ni bastara a pagar el que en ti brilla
si tuviera de amores un racimo.

Amor y adorno son el bien preciado
del sexo; cuán feliz, cuán placentero,
si una mantilla y un cariño adquiere;
y así sólo te digo, primo amado,
que en poder de Espinal está el dinero,
y en mi poder un alma que te quiere.

13

EL ENIGMA

Siento, Emilia, un dolor, nuevo hasta ahora,
y al triste corazón desconocido,
pues recuerda con áspero gemido,
no con delicias, la beldad que adora.
Ay, no la ingrata ya mi ausencia llora;
ya tantas ansias entregó al olvido,
ya le impone el amor crimen fingido
con que el perjurio y su inconstancia llora.
Sospecha el alma, y sospechando gime
si del pasado incendio en las ruinas
nueva llama la pérfida alimenta.
Esta es la dura pena que me oprime.
Si tú, falaz Emilia, la adivinas,
¡plegue a Dios que otra igual tu pecho sienta!

14

MIS AMORES

Mi juvenil edad esclavizada
llevó tras sí de Elisa la hermosura,
sufrí el rigor de la inconstancia ruda
y gimiendo rompí tan vil lazada.
Aun no bien libre, dulce enamorada,
Arminda me prendió con su ternura,
y aquella flor lloré celeste y pura
en su verdor primero arrebatada.
La linda Emilia consoló mi llanto;
mas, ay, probé las iras de la ausencia
ya en el otoño de mi infausta vida;
y cuando Filis el asilo santo
de la amistad me ofrece, y la inocencia,
amor me dió al entrar más fuerte herida.

15

A FILIS

En vano, Filis bella, afectas ira,
que es dulce siendo tuya, y más en vano
nos insulta ese labio soberano
do entre claveles la verdad respira.

Un tierno pecho que por ti suspira,
esa linda esquivez adora en vano,
y por ser tuyo se contenta insano
si, no pudiendo amor, desdén te inspira.
No esperes que ofendidos tus amores
huyan de tu halagüeño menosprecio
ni de sufrir se cansen tus rigores;
aún más esclavos los tendrás que amores,
pues vale más, oh, Filis, tu desprecio,
que de mil hermosuras mil favores.

16

A FILIS

Mostróme, oh, Filis, tu beldad Cupido
por retenerme en sus prisiones, cuando
su tiránico imperio blasfemando
buscaba mi consuelo en el olvido.
Vi tus hermosos ojos; vi esparcido
tu cabello entre rosas circulando;
vi las gracias tu talle acariciando,
y tu boca gentil de amores nido.
Mas yo admiré la angélica terneza,
la virtud pura, la amistad, su hermana,
que tu inocente corazón domina.
Y dije a Amor: tan celestial belleza,
¿por qué incitas a amarla como humana
si se debe adorar como divina?

17

EL ENOJO

(TRADUCCIÓN DEL BONDI)

¿Tú, conmigo enojada?, ¿y el semblante
ostenta, Nise, su beldad serena?,
¿y el labio me lo dice cuando enfrena,
nuncio de blanda paz, sonrisa amante?
¿Y en tus ojos ofreces, inconstante,
ya rigor, ya piedad que lo condena?
En tus ojos do labra mi cadena
de rizos de oro el flechador triunfante.
No es pena ese desdén, sino favores;
¿y qué será el amor y el tierno agrado
cuando es tan dulce y tan graciosa la ira?
Si son éstos, mi Nise, tus rigores,
repetiré mi yerro afortunado
por gozar del enojo que te inspira.

18

A FILIS

(TRADUCCIÓN DEL ITALIANO)

Al pie de un olmo, en la apacible hora
que el rayo matinal aun no aparece,

la belleza inmortal que el cielo ofrece
gozó a mi lado mi gentil pastora.
—Verás—dije—, mi Filis, cual la aurora,
en su carro de flores, amanece,
la noche ahuyenta, y, pura, resplandece,
y la luna y los astros descolora.
Y verás cuando tienda sus cabellos,
enardecido, Apolo, cuán triunfante
apaga de su hermana las centellas;
mas no verás (yo sí) tus ojos bellos,
eclipsar con su luz el sol radiante,
como él eclipsa el alba y las estrellas.

19

A FILIS

(TRADUCCIÓN DEL ITALIANO)

Va unido a Filis el amor, por cuanto
los pasos mueve o las miradas gira;
habla en ella y, ansiosa, ve y respira,
y así los dos alcanzan poder tanto.
Amor la risa, amor el suave canto
le enseña, y si bien llora o bien se aira,
triste o quejoso, amor no se retira,
que en su enojo se enciende y en su llanto.

Si tal vez danza, al son del dulce tono
mece el amor su pie ligero y bello,
como la tierna flor céfiro grato.
Está en su frente amor como en su trono,
y en sus ojos, su boca y su cabello;
ay, sólo falta de su pecho ingrato.

POESÍAS AMOROSAS

1

A AMARILIS

¿. . . . .
. . . .
. . . .
brillante se presenta?
¿Es Venus, que de Marte victoriosa
vaga las selvas Ciprias? ¿Es Diana,
que en el Latmo florido
deja llorosa a su pastor dormido?
«Amarilis», resuenan las riberas
que baña el claro Betis.
«Amarilis», repiten los pastores,
su angélica belleza celebrando,
y amor, amor impío,
«esta Amarilis es, su triunfo es mío».
Ay, cielos, cuán hermosa, cuán suave,
en sus blandas miradas
se vierte su ternura encantadora.
¡Cuán dulce en sus palabras deliciosas
alma virtud respira,
y el amor noble y el respeto inspira!

¿Y yo, insensible, tan celestes gracias
no adoraré postrado?
¿Yo, que de la belleza triunfadora
siempre sentí el poder? ¿Yo, que rendido
a hermosuras vulgares,
celebré mi baldón en mis cantares?

Funesto y dulce amor, ya a tu cadena
el triste Elisio vuelve;
tú, divina Amarilis, tú, perdona,
que al celebrarte el fuego de mi lira
al corazón se pasa,
y en amoroso ardor por ti se abrasa.

2

A FILIS

ODA

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

. . . .
suena en el campo el grito de Mavorte,
vuela el guerrero a la funesta gloria
y olvida las delicias.

Premia, premia el amor nunca violado
de un tierno pecho que por ti suspira,
que en él sólo la muerte, dulce dueño,
podrá borrar tu imagen.

3

EL AMOR DISFRAZADO

ODA

Vuelve, adorada Filis, vuelve al seno
de los constantes cándidos amores;
vuelve a la orilla, do su nido hicieran,
del claro Manzanares.

Ven, que el ardiente inextinguible fuego
que en el pecho de Elisio derramaste,
para exhalarse en férvidas caricias
espera tu presencia.

Creció escondido bajo el falso velo
de la amistad; aleve serpeando,
por mis entrañas todas de repente
cual es se manifiesta.

. . . .

. . . .

4

MI ÚLTIMA CANCIÓN A ROSINA

Lejos de ti, no hay dicha que no pueda
tranquilizar mi amante corazón;
ya ningún bien al mísero le queda
sino el pesar de su infeliz pasión.
Dulce pesar que la memoria incita
a renovar los gozos del querer;
cuando el amor mis lágrimas excita,
llorar y amar es todo mi placer.
Contigo, ay Dios, respiro satisfecho,
llama inmortal va derramando en mí, (?)
lo exhalas tú, y al punto yo respiro
gloria, placer, felicidad y amor.
Todo mi bien es grato en tu presencia,
oigo tu voz y miro tu beldad;
y si tal vez me aflige breve ausencia,
es para mí tu imagen realidad.
El corazón no quiere más tesoro
que ese mirar de tierno serafín;
nada hay en ti sin gracias, y yo adoro
habla, ademán, aliento, todo en fin.

5

A CLORI

(LIRAS EN EL ESTILO DE GERARDO LOBO)

Clori divina, en cuya
graciosa gentileza,
cesó de la hermosura
y de la discreción la antigua guerra.
. . . .
con plácida violencia
no me dejaste aliento
que adoración de tu beldad no fuera.
Permite que a tu oído
mi humilde voz se atreva
y, si no como acento,
como suspiro tu piedad merezca.
Y que felice vuele
ya quejosa, ya tierna,
de un pecho enamorado
hasta tu cielo la distancia inmensa.
¿Qué te hice yo, oh incauto
de amor, para que quieras
en un alma rendida
hacer de tu beldad costosa prueba?
¿Por qué tus lindos ojos
afables me presentan

de un bien que yo no espero
la imagen tan falaz como halagüeña?
En apacible trato
tu dulce agrado trueca;
¿de qué al trono aterido
sirven las rosas de la aurora bella?
Tus palabras suaves
que corren entre perlas,
más gratas a mi oído
que clara fuente en límpidas guijuelas,
a Elisio prometen,
al que tu amor reserva,
y a mí, dulce tirana,
dan el deseo y la esperanza niegan.
No pruebes, no, en un triste
tus generosas flechas,
que vencerán sin gloria,
rindiendo al que ya hirió la suerte adversa.
La edad de yertas canas
ya mi cabello puebla,
e imprime la desgracia
sobre mi faz la indestructible huella.
Fulmina, bella Clori,
tus rayos contra esa
sedienta de placeres
lozana juventud que te rodea.
Rinde, rinde a tus plantas
de Silvio la fiereza,

la veleidad de Fabio
y de Elpiro la altiva indiferencia.
Sé feliz, y sus males
al desgraciado deja,
que cantando los triunfos
de tu beldad, consolará su pena;
ni desprecies los versos
de moribunda avena,
que del cisne canoro
más dulces son las últimas endechas.

6

EL AMOR TIRANO

CANTILENA

Queriendo Amor un día
probar cuanto podía,
dispara de su aljaba
la flecha más impía.
Incauto yo pasaba
al tiempo que tiraba
y el corazón me hiere;
y quien vivió sereno
y de inquietud ajeno,
ya enamorado muere.

Mas, ¡ay!, amor negado
a duelo y a esperanza;
y por crecer mis duelos,
vino el arpón templado
en pócima de celos.
¿Qué gloria, Dios vendado,
mi perdición te alcanza?,
¿qué timbre, qué alabanza?
Si a José te prefieres,
y piélagos y vientos
empañan tus acentos,
¿por qué tirano eres?
Pudiendo con placeres,
nó mates con tormentos.

7

EL PAJARILLO

ODA

A la sombra del Teyde
un pajarillo habita,
a quien su triste patria
nombre le dió y no dicha.
Posada en una roca
que el mar hambriento mina
al cielo y a la . . .
su ardiente queja envía.

«¿Por qué delito, oh hado,
a morir me destinas
del piélago africano
en las tostadas islas?
Esta abrasada arena
es mi prisión esquiva;
por una parte, el golfo
mi vuelo desanima;
por otra, esa montaña,
en cuya cumbre altiva
el humo del abismo
amenazando gira.
Más de una vez, ay triste,
. . . . le vi su cima;
y ardiente mar de fuego
lanzar a las campiñas;
y de pavor temblando
las tiernas avecillas,
buscar de los escollos
las ásperas guaridas.
¡Ay! . . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Si el bramido del golfo
apaga su armonía,
y mi acento se lleva
el Aquilón que silba,

y aquí, triste, gimiendo,
sin gozos, sin delicias,
sólo hallaré en la muerte
el fin de mis desdichas.
Ah, no; ¿de qué me sirven
las alas fugitivas,
o del sañudo Noto
saber burlar las iras?»
Dijo; y las raudas plumas
para volar aviva,
y al mar del Occidente
osado se confía.
Dirige Amor su vuelo
so la Vandalia orilla
do eterna primavera
los prados fertiliza.
De plácidos colores
abril la margen pinta,
y cubre de esmeralda
los valles y colinas.
La yedra trepadora,
la vid al olmo asida,
el coro de las aves
que al alba solemnizan;
y el Céfiro lascivo
que entre las flores trisca,
al amoroso nido
exhortan y convidan.

Allí, en repuesto bosque,
joven de edad florida,
la tórtola del Betis
arrullos mil gemía.
En soledad lloraba
su verde edad perdida,
que del amor ansiosa
ignora sus delicias.
Su tierno y blanco seno
el dulce fuego agita,
lo exhalan sus miradas,
su pico lo suspira.
Amor, a tus arpones,
¿quién hay que se resista
si triunfa en el Olimpo
tu aljaba vengativa?
Los tiernos pajarillos
uniste, y sus delicias
fueron y alegres cantos
los ayes que gemían.
Su amor de todo el prado
ejemplo fué y envidia:
él, firme como tierno;
ella, constante y linda.
Mas, ay, que no se fíen,
Amor, de tus malicias,
que al Céfiro del mayo
sucede helada brisa.

Vendrá la ausencia; entonces,
adiós, dulces caricias;
adiós, margen suave;
adiós, amantes risas.
Y, adiós, Amor. Si airada
la tempestad fulmina,
truecan consorte y nido
las aves fugitivas.

ROMANCES

1

ROMANCE A UN AMIGO EN EL NACIMIENTO DE SU PRIMER HIJO VARÓN

Por fin el deber cumpliste
de un varón, mi dulce amigo,
y después de cinco ensayos
nos das tu retrato vivo.
Son tus amorosas hijas
de tu ternura y cariño
fiel imagen; ya en sus gracias
tu bondad pintada vimos,
y como el tierno renuevo
crece en guardado recinto,
para tu gloria florecen
bajo el maternal abrigo.
Y serán, reuniendo a un tiempo
belleza, honor y juicio,
de las prendas de su sexo
el modelo más cumplido.
Pero virtudes más altas
esperamos de tu hijo:
firmeza, valor, carácter,
instrucción y patriotismo.

Quiera el cielo de sus dones
tan altamente imbuirlo,
que jamás borrarlos pueda
la inmoralidad del siglo.
Y cuando en edad más fuerte
sienta juveniles bríos,
colme a su padre de gloria
y a su familia de brillo.
Vivas feliz, y tus años
gocen su curso tranquilo,
como entre alegres orillas
pasa sosegado el río.
Y en tu vejez, esperando
contento el postrer suspiro,
a besar tu mano vengan
los biznietos de tus hijos.
En tanto que nuestros votos
el cielo cumple propicio,
la gozosa enhorabuena
recibe de tus amigos.

2

A LOS DÍAS DE CEFISA

Oye los votos, Cefisa,
que dirige al santo cielo,

si no tu más caro amigo,
el que más quisiera serlo.
Dilatados años seas
de tu familia ornamento,
amor de tu caro esposo
y de tus hijos modelo.
En no turbada delicia
vuelen tus años serenos,
como entre rosas y lirios
las ondas del arroyuelo.
Ya tu... venturoso
tantos acumule Febo,
que a besar tu mano vengan
los hijos de tus biznietos.
Y con lágrimas de gozo
mires copiadas en ellos
las virtudes de tu alma,
de tu esposo, los ejemplos.
Mas, ay, que el duro mandato
ya violé que se me ha impuesto:
no permiten que te muestre,
Cefisa amable, mi afecto;
mas cuando a justificarlo
con tus elogios comienzo,
a mi veraz labio imponen
la inicua ley del silencio.
Tu afabilidad modesta,
tu dulce trato halagüeño,
la piedad materna, el puro,

santo amor, que arde en tu pecho,
son prendas que a no decirlas
condenado estoy; mas quiero,
ya que a los demás las callo,
que sepas tú que las veo.
Y aunque de ignorante o tibio
tachen mi enmudecimiento,
como tú, bella Cefisa,
me excuses, airado quedo.
El cielo te haga felice
cual mereces y deseo,
y sí hará si oye piadoso
de tu eterno amigo el ruego.

3

LUCINDO

Aquel español gallardo
que en valor y gentileza
. . . .
no tuvo quien le excediera,
joven de floridos años,
probó del amor las flechas,
en la orilla do sus olas
el mar de Occidente quiebra.
Allí, en solitaria choza,
moraba la hermosa Ismenia,
gloria del sagrado Miño

y envidia de Citerea.
Linda como fresca rosa
que el céfiro galantea
cuando al esplendor del alba
el tímido seno ostenta;
entendida lo que basta
para querer con firmeza,
constante como zagala
y como sencilla honesta.
De tu destino ignorante,
allí, Lucindo, te llevan
la voz de la patria, el brío
y la heredada nobleza,
cuando enfurecido el Anglo
asaltó las playas nuestras,
y con su enemiga sangre
tiñó la española arena.
¿Quién creyera que entre horrores
reinase amor, y a la acerba
voz de muerte y de victoria
su blando gemido exceda?
Vió Lucindo a la zagala,
la vió, y suspiró por ella
tan a un tiempo, que fué incendio
de amor la primer centella.
Del pudor el colorido
sus mejillas sonrosea,
y la timidez nativa
su dulce beldad aumenta.

Depuesto el rayo de Marte,
las fieras armas depuestas,
sólo un amante, es Lucindo,
a los bellos pies de Ismenia.
Suspiros enardecidos,
no interrumpidas finezas,
y el llanto de amor suave
que un mármol enterneciera,
vencieron de la zagala
las tímidas resistencias,
y al dulce placer de amar
y ser amada se entrega.
Felices que habéis gozado
la temprana primavera
de la edad, entre los gozos
que el primer amor dispensa;
cuando el inocente pecho
ni la codicia siniestra,
ni de ambición homicida
ha sentido la violencia;
cuando las iras del hado
no teme el alma inexperta,
ni que pérfida mudanza
túmulo de gozo sea;
cuando . . . . (?)
coronando las ternezas,
del universo olvidados
es toda amor la existencia,
vosotros decid las glorias

que dió a Lucindo su Ismenia;
glorias que a pagar no basta
un largo vivir de penas.
Diez veces la blanca luna
ocultó su faz serena,
y diez los miró dichosos
jurarse constancia eterna.
Mas, ¡ay, que sobre ellos ruge
la tempestad de la ausencia!
La voz de un padre severo
ya en sus corazones truena.
Al fin, Lucindo, partiste...
¿La despedida recuerdas
cuando de infausto himeneo
amor encendió la tea?
¿Olvidas los dulces gozos
que va a acibarar la pena,
y lágrimas de ternura
con las del dolor envueltas?
Hacia el regio Manzanares
das triste y solo la vuelta,
a donde un temido padre
y un largo tedio te esperan.
A pesar de los placeres
que tu juventud festejan,
entre continuos suspiros
malograste la edad bella.
¡Cuántos siglos de infortunio
en tu amante pecho pesan!

¡Es un dogal cada instante;
cada recuerdo, una flecha!
Las cartas, débil recurso
de un ausente, ¿qué consuelan,
si más el dolor irritan
cuanto más dulces y tiernas?
En breve volvió Lucindo
a ver la empinada sierra
do el tormento y la delicia
de su corazón alienta;
y aunque mimaba sus pasos
el dulce placer de verla,
un presentimiento horrible
de triste pavor le hiela.
Entre el temor y el deseo,
a la amada choza llega,
donde ya el destino impío
todo su furor despliega.
¿Por qué, Lucindo, dejaste
perecer a la inocencia?,
¿ni cuándo más lindo fruto
libraras de unión más bella?
Juventud, amor, ternura,
fidelidad y belleza,
las gracias todas se ocultan
en el túmulo de Ismenia.
¿Qué amigo desapiadado,
triste Lucindo, a tu diestra,
robó el acero y no quiso

que al perdido bien te unieras?
Vives, y en tu pecho helado,
yerto, el corazón alienta,
y desesperado arrastras
el peso de la existencia.
Tres veces el rojo Febo
su calor negó a las tierras,
y el rugir de tus suspiros
un sólo instante no cesa.
Viéronte del padre Tajo
y del Anas las riberas;
mas un lejano sepulcro
tu vida y amor encierra.
Ora el Betis te posee,
y entre sus ondas serenas,
mudado tu acerbo llanto
al mar de Occidente vuela.
Aquí, donde los gemidos
del triste Anfriso resuenan,
perdida la bella Elisa,
causa infeliz de sus penas,
une al suyo tu tormento,
llorad vuestra suerte adversa;
quizá amorosas heridas
sanar, dulce amistad, puedas.
Y en tanto mi seno, espejo
del dolor de entrambos sea,
donde a temer los halagos
de amor el joven aprenda.

4

A LUCINDA

EN EL DÍA DE SU SANTO

Al prado sale Lucinda,
la delicia de la aldea;
al prado sale Lucinda,
y sale el amor con ella.
¡Ay, cuánto fuego en los pechos
va encendiendo su belleza!
Almas y pasos la siguen
de los zagales que encuentra.
La luz templada del alba
en su hermosa frente lleva,
y en su cuello y en sus manos
el candor de la azucena.
¡Cuán deliciosa sonrisa
por sus labios se pasea!,
y ¡cómo el ardor que inspiran
sus modestos ojos templan!
¿Qué valle las frescas rosas
dió a su rostro? ¿Qué minera
de su rizado cabello
brotó las rubias guedejas?
Las ninfas del claro Betis,
cuando a sus orillas llega,

se reconocen vendidas
y envidiosas la celebran.
Del poblado y del ejido
todos a mirarla vuelan;
no hay pastor que no suspire,
ni corazón que no sienta.
No crece pino en el monte,
ni brota aliso la selva
que en la corteza grabado
su dulce nombre no tenga.
El zagal enajenado
canta su amor a las vegas,
y su canto y sus suspiros
los cefirillos remedan.
Bienhaya, Lucinda hermosa,
tu donaire y gentileza;
bienhaya por quien ti muere
y su corazón te entrega.
Ya no hay ojos para Silvia,
para Idalia ni Direca:
que en pareciendo Lucinda
se eclipsan todas las bellas.
. . . .
al baile viene compuesta;
cada cinta es una cárcel;
cada flor, una cadena.
Sileno, el recién venido,
que por sus amores pena,

al bajar de los rediles
le cantó de esta manera:

Modera el desvío,
graciosa zagala;
beldad sin amores
es cuerpo sin alma.

Tan dulces ojuelos,
tan lindo semblante,
sin duda a un amante
destinan los cielos;
admite desvelos
y aprende constancia;
beldad sin amores
es cuerpo sin alma.

Convierte en dulzura
el áspero ceño;
¿qué vale sin dueño
la ingrata hermosura?
Tu triunfo asegura,
disfruta tus gracias;
beldad sin amores
es cuerpo sin alma.

5

EL AMOR Y TEMIRA

Con armas muy desiguales
salieron juntos un día
a caza de corazones
el dios vendado y Temira.
Embrazado el arco y prontas
las flechas, el amor iba,
y ella vibraba en sus ojos
mil tormentos y delicias.
Su dulce y funesto incendio
deja las almas rendidas;
y amor callado y ocioso
su altiva belleza admira.
La ninfa de él se burlaba
con desdeñosa sonrisa,
diciéndole: —Amor, ¿qué es esto?,
¿cómo tus flechas dormidas?
¿Está acaso del rocío
mojada la cuerda impía,
o bien el manejo antiguo
del arco certero olvidas?
Picado el amor, responde:
—Si en tu hermosura confías,
y orgullosa con tus triunfos
mi temido enojo incitas,

tiembla, que habrá poco espacio
del castigo a la osadía,
y serás triste escarmiento
de los que al amor compitan.
Dijo; y a su hermoso seno
dirige con mano esquiva
el más venenoso dardo
que pudo templar su ira.
Mas, ay, que inerme entre ambos
yo incauto y simple corría,
y quedó el amor vengado,
ella libre y yo sin vida.
¡Ay de mí!, peno y fallezco.
¿Quién podrá curar mi herida,
si era flecha destinada
para abrasar a Temira?

6

A ELISA

La dulce Primavera
desciende ya florida
y coronado el mayo
en su regazo brilla.
En soto, valle y río,
placer derrama y vida,
amor en los pastores,

piedades en las ninfas.
Mas cuando a la ribera
del Betis viene Elisa,
de amores nuevo incendio
abrasa la campiña.
El alba de sus labios
tomó la blanda risa,
y espera de sus ojos
a que amanezca el día.
Cupido en ellos templa
su flecha ya benigna;
que su altivez es gracia
y su desdén caricia.
Serenos o indignados,
las almas esclavizan
con el agrado dulces,
ardientes con la ira.
Al amoroso labio
convida en su mejilla
el tierno maridaje
de lirio y clavellina.
Favonio en su cabello
todo un Ofir enriza,
y en su trenzado oro
constante ya se anida.
Su nombre en todo el valle
se graba y se suspira,
lisonja de los troncos,
del céfiro delicias.

Celébranlo del Betis
las sonorosas drías,
y el pastor encantado
aplaude de la orilla.
Hermosa Elisa, a cuya
beldad se sacrifican,
bien que en humilde ofrenda,
las almas y las vidas.
Un infelice amante
te ruega que hoy admitas
la suya, no en el precio,
en los efectos rica.
Es rústico su canto,
mas tu hermosura, Elisa,
sólo sabrá cantarla
quien logre conseguirla.
Y, ¿a cuál felice joven
oh, Venus, la destinas
cuando su pecho arda
en el amor que inspira?
Marte por él trocara
de Chipre las guaridas,
y Céfalo y Adonis
envidiaran sus dichas.
En tanto, amad, pastores,
amad la luz divina,
del Betis dulce encanto
y gloria de sus ninfas.
Amad, y esta esperanza

a vuestro amor sonría,
que nadie la merece
y alguno ha de adquirirla.

7

MUERTE Y TESTAMENTO DE AMOR

Mi amor cayó enfermo, Emilia,
con calentura de ausencia,
que fueron largas y fuertes
y muy cruel la Primavera.
Y aunque, firme y vigoroso,
bien resistirlas pudiera,
la atrabilis de unos celos
al mal redobló la fuerza.
En malignas se convierten,
ya la vida se acelera,
y en delirios peligrosos
las pesadillas se truecan.
Al momento de una crisis
que iba a ser benigna, le entra
la accesión del desengaño
que toda esperanza niega.
Quiere hacer su testamento
viendo la muerte tan cerca;

mas, no siendo cuerpo ni alma,
sino una voz sin idea,
del inútil escarmiento
en los pórticos se entierra,
y de sueños ya dormidos
se costearon las exequias.
A mi sucesor le manda
tu juramento y su venda;
a tu corazón, sus alas,
y a quien lo vengue, sus flechas.
De un amor sesudo y bueno,
hechas ya las diligencias,
murió bien arrepentido
del mal vivir que le dieras.
La muerte sufrió conforme,
y falleció tan de veras,
que no volverá, aunque tú
resucitarlo quisieras.

8

LA MUDABLE CONVENCIDA

Nunca me amaste, traidora,
nunca, que mujer que ama,
si no la agravian no ofende,
y perdona si la agravian.

Con un enojo fingido
quieres dorar tu inconstancia,
y que tu olvido y perfidia
aparezcan ser venganza.
Sea yo inocente o culpado,
tú eres injusta y tirana;
si no te agravian, no ofendas,
y perdona si te agravian.
Así como falsas fueron
tus halagüeñas palabras,
son falsos tus sentimientos
y hasta tus iras son falsas.
Sólo en tanto engaño veo
verdadera tu mudanza,
que el amor constante, impía,
perdona cuando le agravian.
Mi disculpa te exaspera
y es porque sabes, ingrata,
que aun cuando mentida sea
la satisfacción agrada.
¿Cuál juez sintió que defienda
el delicuente su causa?
Si te he agraviado, perdona,
y si no, ¿por qué me matas?
Sólo es delito el olvido
en amor, y tú me achacas
un yerro que, aun siendo cierto,
es fineza en quien bien ama.
Mas, aunque fuese un delito,

mujer amante y amada
si no la agravian, no hiere,
y perdona si la agravian.

9

LA RAZÓN ESCLAVA

¿A dónde estás, razón mía,
que tan libre en otro tiempo
mi corazón preservabas
contra el amoroso fuego?
Entonces, como la ola
quebranta el escollo excelso,
las más rebeldes pasiones
a mis pies se sometieron.
Ven, ay, y las puertas abre
de esta prisión en que peno,
y de mi cerviz doliente
rompe los pesados hierros.
Mas, ay, que tú también lloras
en infeliz cautiverio
triste, y con doble cadena
. . . oprimido tu cuello.
El escudo de Minerva
a un lado pende deshecho,
tu clara antorcha apagada,
y tú en letargo funesto.

Despierta, y pues tantas veces
las ilusiones huyeron,
de su voz a aquellas glorias
añade el mayor trofeo.
Así clamo, y me responde
la razón: «No acuerdes, necio

. . . .

si antes mandé ya obedezco.
Al ver de la hermosa Emilia
los dulcísimos luceros,
mis fuerzas se quebrantaron,
mis ojos se oscurecieron.
Contra la vil sed del oro
yo robustecí tu pecho,
y de la ambición sangrienta
postré el indomable afecto.
Mas para Emilia no hay armas;
que, esclava de amable dueño,
es la razón quien te impone
la venda del niño ciego.

10

EL OLVIDO INÚTIL

Cuando de su falso pecho
conocí los artificios,

busqué, celoso y curado,
la senda del triste olvido.
Abandoné los vergeles
do florece el blando mirto,
con que al amador incauto
la frente halaga Cupido,
y solitario me embosco
por las sierras del desvío
en cuyos desnudos troncos
tu nombre injuriado fijo.
Y en vano, artera y traidora,
con sentimientos fingidos,
la deliciosa ponzoña
brindabas de tu cariño,
ni el halago, ni la ira,
ni el afectado retiro,
ni el dar a esperanzas muertas
. . . .
. . . .
. . . .

11

EL AMOR ROBADO

(TRADUCCIÓN DE DULARD)

Yo vi que el amor dormía
en lo espeso de una selva,

y que Glicera, atrevida,
le robó carcaj y venda.
El niño del breve sueño
con sobresalto despierta,
el arco acerado embraza
y sin la aljaba se encuentra.
Búscala en vano, y suspira
con dolorosa querella.
—Ay, ya perdidas las armas,
¿qué imperio al amor le resta?
¿Quién fué el osado que inerme
mi temido brazo deja
y el fuego de mis arpones
incautamente maneja?
¿Eres tú acaso, Diana,
que de Endimión te acuerdas,
y el vencimiento del Latmo
con un robo indigno vengas?
Yo que escuchaba escondido
del fiero niño las quejas,
le digo: —Amor, cesa el llanto;
quien te robó fué Glicera.
Para robar corazones
aun te quedan arco y venda,
que sus bellísimos ojos,
más ciertos rayos, te quedan.

12

A LA ROSA

Salve, rosa encantadora;
salve, tu encarnado bello
domine entre los colores
que bordan prado y otero.
Reina de la primavera
y esposa del mayo ameno,
tú eres gloria de los campos
y amado hechizo del cielo.
Mas no superior te creas
a cuantas flores el céfiro (?)
liba, por el blando . . . . . .
con que embalsamas el viento.
Ni por el color que alegra
corazón y vista a un tiempo,
cuando el amor de tus hojas
forma delicioso lecho.
Ni por las duras espinas
que te defienden, o el tierno
botón que de oro menudo
cuaja el abril placentero,
sino por la hermosa Emilia,
que te prefiere en su afecto
a cuantas quema el estío
y a cuantas hiela el enero;

y a ti, bella flor, te elige
bien . . . . . . el dorado pecho
de aromas, o bien adorna
los rizos de su cabello.
Tú sientes, rosa felice,
el palpitar de su seno,
y bajo tus lindas hojas
encubre su amante incendio.
Mas, ay, que la edad de un día
basta a amortiguar su fuego,
bien como a ti en breves horas
marchita beldad te vemos.
Ay, recibe de mi labio
el más encendido beso;
feliz si donde los míos
se fijan los de tu dueño.

13

LA INCREDULIDAD

Ay, cuán amargos pesares,
amado tormento mío,
sufre lejos de tu vista
el desventurado Elisio.
Con el arpón de la ausencia
el amor mi pecho ha herido,

y triste cárcel de celos
es la morada que habito.
Ay de mí; cuando a ti vuelva
verás mi rostro abatido,
llenos de llantos los ojos
y el corazón de suspiros.
Y, si no eres tigre impía
bajo un semblante divino,
la compasión de mis males
moverá tu pecho esquivo,
y me mirarán suaves
los ojos que son mi hechizo,
y acaso lágrimas tiernas
consolarán mi martirio.
Mas, ay, esperanza vana,
que cuando a mi ingrata miro,
enajenado en sus gracias
mi eterno penar olvido,
y en repentina alegría
de nuevo el rostro encendido
sólo en él verás, Emilia,
el placer de haberte visto;
y en vano mis tristes quejas
llegarán a tus oídos,
que más bien creerás, tirana,
tus ojos que mis suspiros.
. . . . y mis penas
perdiendo el premio debido,
tendré gloria de un momento

por los pesares de un siglo.
Te burlarás de mi llanto
por no obligarte a su alivio,
y mi amor quedará siempre
infeliz y no creído;
¡oh, tú, funesta hermosura,
que siempre en mi daño ha sido!,
déjame, ya que me hieres,
el dolor de ser herido.

14

LA SEPARACIÓN

Vivit et est vitae.

¡Ay, cielos, yo separado
del dulce bien de mi vida!
¿Es cierto o en sueño infausto
triste corazón se agita?
Ay, sí: que ausente fallezco,
no es una ilusión mentida,
ni la aurora, ni las sombras
me restituyen mi Emilia.
Y ¿pudo ser?, y ¿yo animo?,
y ¿el alma que en ti vivía,
oh, prenda amada, sostuvo
tan dolorosa partida?

Ah, de nuestro patrio Betis
moras tú la hermosa orilla,
donde de tantos placeres
tristes memorias suspiras,
mientras yo del Dauro aumento
la corriente cristalina,
y mi llanto y mis querellas
mueven a piedad sus ninfas.
El rayo, el temido rayo
que albergaba nube impía
contra el amor más constante
dirigió su furia esquiva,
y del nido donde Venus
nos brindaba sus delicias,
cuna del placer, huímos
temerosas avecillas.
¿Qué es de ti, dulce amor mío,
cuál prado, qué selva habitas?
¿A qué solitaria fuente
tu tierno llanto confías?
Puras lágrimas de amor,
del lloro del alba envidia,
¡quién, ay de mí, quién pudiera
en mis labios recibirlas!
¿Te acuerdas cuando, enlazados,
llorábamos, dulce Emilia,
y al palpitar de tu pecho
mi pecho correspondía;
y los tímidos suspiros

de tu boca enardecida
blandamente se apagaban
al encontrar con la mía?
Siglos de placer, momentos
de embriaguez y de delicia,
¿por qué si ya sois perdidos
tengo vuestra imagen fija?
Infeliz, de la ternura
y del infortunio hija,
de un corazón que te adora,
alma, gloria, ser y vida,
si es cierto que amantes penas
con piedad el cielo mira,
y que a triunfar de los hados
basta la constancia invicta,
vive segura, bien mío,
de mi fe; la suerte impía
bien me arrastre de la sirte
al siempre tostado clima,
bien al reino de las sombras
que el helado polo enfría
y do entre escollos de nieve
el fiero Aquilón domina,
primero en la tumba horrible
podrá sepultar mis días
que borrar del pecho amante
la dulce imagen de Emilia.
Ella es mi consuelo; ella,
quien mis pesares alivia,

y, como Emilia las llore,
vengan sobre mis desdichas.
Tú, mi amado sueño, guarda
para tu Elisio tu vida,
que no siempre injusto el cielo
sobre el infeliz fulmina.
Será un tiempo en que volviendo
yo a tu vista, tú a la mía,
demos al amor las gracias
de haber probado sus iras.
Conserva mi fiel memoria
en tu pecho siempre fija,
y nuestro amor y constancia
borren la suerte enemiga.

15

AL CUMPLEAÑOS DE EMILIA

Un infelice amante,
pastora, oculto llega,
y de tus verdes años
te da la enhorabuena.
Es hoy el fausto día
en que naciste, oh, bella,
a ser gloria del Betis
y hechizo de su vega.

Amor, cuando en la cuna
te meció, niña tierna,
puso en tus lindos ojos
la luz de las estrellas,
y sacó de su aljaba
la más ardiente flecha,
y dijo: —Quien los mire
mi cruda herida sienta.
Las gracias en tu rostro
sembraron halagüeñas
con el jazmín del mayo
la rosa citerea.
Y Venus, Venus misma,
aunque envidiosa al verla,
sus delicadas formas
añade a tu belleza.
Sí, Emilia: conjuradas
las deidades supremas,
para mi mal quisieron
que tan hermosa fueras.
Por ti de amor esclavo
arrastro la cadena;
por ti a suplicio fiero
los celos me condenan.
Y pues hoy es el día
que tu natal celebras,
del desdichado Elisio
el don humilde acepta.
Si un sólo halago tuyo,

querido bien, lo premia,
bendeciré mis hierros,
y adoraré mis penas.

16

EL CASTIGO DE LA PERFIDIA

¿Cómo, Emilia, ser puedes
tan pérfida y tan bella?
¡Qué mal celestes gracias
en la impiedad se emplean!
¿Por qué esos lindos ojos
do amor su trono asienta,
con traidoras miradas
prendieron mi inocencia?
Si son tus labios fuentes
de engaños y cautelas,
¿por qué el clavel del mayo
les dió la primavera?
De tu tirano yugo
no hay voluntad exenta.
Ya las iras del cielo
no, engañadora, temas.
Mas, no. Contra el perjurio
fulmine ya tu diestra,
¡oh, Jove!, no en tu gremio
el rayo ardiente duerma.

El velo desgajado
rompa a la nube densa
y, de traiciones nido,
tu corazón encienda.
Con alas llameantes
en tu castigo venga,
y el inmenso vacío
atruene su fiereza.
Y no ya con tu ejemplo,
si perdonada quedas,
la pérfida hermosura
a ser cruel se atreva.
Mas, mísero, ¿yo imploro
rigores contra ella?
¡Ay!, ¿qué pavor helado
del pecho se apodera?
Do el cielo no la oiga
llevad austros mi queja,
o de mi atroz deseo
recaiga en mí la pena.

17

EL RECELO

Al alma enamorada
más que tu halago tierno
es, dulce Filis mía,
tu tímido recelo.

Yo lo adoro; es la prenda
más cierta de tu fuego,
que de temores vence (?)
el firme amor sincero.
Con tal que tu injusticia
conozcas, y mil besos
¡ay, bella!, satisfagan
la injuria de un momento.
De mi constancia ......,
¿tú, dudas, dulce dueño?
¿Qué fuerza habrá que arranque
tu imagen de mi pecho?
Pregúntale mis ansias
al bosque do crecieron
con sus altivos troncos
. . . .
o al cristalino río,
cuyo apacible espejo
mis lágrimas ardientes
mil veces encendieron.
La fuente que susurra,
el céfiro halagüeño
que juguetón menea
las ramas del otero,
las rosas que a la aurora
te prodigó mi huerto,
y con dichosa mano
tejí sobre tu seno,
. . . .

testigos mudos fueron,
y ya dulces emblemas
de mi constante incendio.
¡Ay, dulce bien!, no temas
mudanza en mis afectos,
que olvidos no conoce
amor, si es verdadero.
Mas si tu pecho asalta
tal vez algún recelo,
confiesa la injusticia,
y páguenla mil besos.

18

EL RAMO Y LA GUIRNALDA

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

Los zagales disputaban
en los juegos de la aldea
el ramo y guirnalda, premios
de la lucha y la carrera.
Vencedor de sus rivales,
Mopto a recibirla vuela,
de Silvia, hechizo del valle
por su hermosura y modestia.
La zagala le corona
encendida de vergüenza,

y Mopto, guirnalda y ramo,
enamorado le entrega.
En su lindo seno el ramo
fija con mano halagüeña,
y con la guirnalda hermosa
su cándida frente cerca.
Al santo altar la conduce,
él hermoso, hermosa ella,
y el valle sus dulces bodas
celebró con nuevas fiestas.
Silvia, enamorada, ofrece
al zagal que la enajena
conservar ramo y guirnalda,
de castos amores prenda.
Mas, ¡ay, que cándidos pechos
también la mudanza albergan!
Mopto olvidó sus amores
y sigue beldades nuevas.
La infeliz Silvia, quejosa,
malogrando su edad tierna,
gime en solitario lecho,
y el perdido bien lamenta.
Con su llanto, la guirnalda
y el ramo marchitos quedan;
que de amor las flores mueren
cuando los celos las riegan.



IDILIOS

1

AL VINO

(EN AUSENCIA DE ALBINO)

Viva la amistad hermosa,
viva el licor de Sileno;
la amistad y el dulce vino
gloria de la vida son.

Brindemos, dulces amigos,
al Dios de la vid potente,
que ya en locuaz alegría
se dilata el corazón.

Viva la amistad hermosa..., etc.

Brindemos al caro Albino,
que allá en la playa eritrea,
por coronarse de oliva
nuestro pámpano olvidó.

Viva la amistad hermosa..., etc.

Por más que la docta frente
del don de Minerva ciña,
¿qué triunfo, qué gloria iguala
a beber y más beber?

Viva la amistad hermosa..., etc.

Ven, Albino, y ama y bebe;
que si coronas deseas,
Venus te dará su mirto;
Febo, su altivo laurel.

Viva la amistad hermosa..., etc.

2

LA ESCARMENTADA

Cuando en los verdes años
amor se siente ya,
un pastor de mi valle
me quiso enamorar.

Ah, guárdate, pastorcilla,
pastorcilla, guárdate de amar.

Un inocente beso
me arrebató al pasar,

y aquellos juegos fueron
origen de mi mal.

Ah, guárdate, pastorcilla..., etc.

Mas ya por otra bella
suspira desleal,
y adoro al fementido
que causa mi penar.

Ah, guárdate, pastorcilla..., etc.

Huye de amor, zagala,
cuando a flecharte va;
que ya una vez herida,
¿quién, di, te sanará?

Ah, guárdate pastorcilla..., etc.

3

EL ESPOSO ENAMORADO

Un beso de Temira
más fuego al pecho da
que cuantas llamas rinde
el sol, rayando el mar.
Gozoso en mi delirio
nada apetezco ya,

que si su amor es mío,
¿qué más felicidad?

La patria y los laureles
reclaman mi valor,
y dejo sus halagos
por el marcial furor.
Y al despedirme, en prenda
de mi constante ardor,
inviolable ternura
un beso le juró.

El lazo de Himeneo
me encadenó a mi bien;
y tu sonrisa amable
premió mi tierna fe.
La deliciosa noche
me convidó al placer;
sobre mi boca al alba
tu dulce beso hallé.

La muerte y los peligros
son nada para mí;
desde tu seno, hermosa,
me arrojaré a la lid.
Cuando en mis ojos sienta
la dulce luz morir,
los cerrará tu beso,
y acabaré feliz.

4

EL MAL DE LAS NIÑAS

La niña Clori me pide
que la defina su mal;
su tierno corazoncito
no cesa de palpitar.
—Qué llama desconocida
por mi seno ardiendo va?
Yo la respondo: —*Pastora,*
Tirsis te lo explicará.

—Siento—me dice llorando—
un halagüeño pesar,
que deleitando mi pecho
le robó su antigua paz.
¿Quién entenderá esta fiebre
que tan dulce muerte da?
—*Tirsis la entiende, pastora,*
y Tirsis te la dirá.

—¿Por qué, sin saberlo, causa
lloro, y el blando llorar
no alivia como otras penas
esta dolencia mortal?
¡Ay! ¿Dónde hallaré remedio
que cure mi enfermedad?
—*Tirsis lo tiene, pastora,*
y Tirsis te lo dará.

5

EL DESPECHO INÚTIL

Tu nombre, que en esta alisa
grabé enamorado y ciego,
ya, fementida, lo borro
con el vengativo acero.
Mas, ¡ay!, ¿qué importa arrancarlo
de un inmóvil tronco yerto,
si tu encantadora imagen
queda reinando en mi pecho?

6

LA MUDANZA Y LA CALUMNIA

Perjura, me olvidaste
y doras tu inclemencia,
culpando la inocencia
de un tierno corazón.

. . . .

tu pecho fementido
jamás de amor fué nido,
jamás de compasión.

Gimo y padezco,
lo ves, impía,

y es tu alegría
mi cruel dolor.
Ni aunque te . . . . . .
tengo esperanza,
que es la venganza
tu solo amor.

Rómpeme el pecho, ingrata,
y sacia tu furor,
¡dichoso si la muerte
contenta tu rigor!
Rómpeme el pecho, ingrata,
y sacia tu dolor.

7

EL JARDINERO

Un amante jardinero,
y amante correspondido,
cuando regaba las flores
a su dulce bien le dijo:

—*Reguemos, reguemos,*
mi hechizo, mi bella,
la luna despunta,
y el viento refresca.
Y mientras la aurora
con llanto y con risa

de nácar y perlas
las flores matiza,
reguemos, reguemos
el valle y la umbría.

La flor que no se regare
pronto morirá marchita;
reguemos, mi dulce amada,
desde el linde hasta la orilla.

Reguemos, reguemos..., etc.

La rosa de amor suave
riégala con mano blanda,
que yo regaré en la altura
los lirios de la constancia.

—*Reguemos, reguemos...*, etc.

Pero la violeta azul
déjala, mi bien, sin riego,
que en el jardín de Cupido
esa es la flor de los celos.

—*Reguemos, reguemos...*, etc.

8

EL IMPERIO DEL AMOR

Hombres y fieras se rinden
a la más dulce pasión,
y es el universo entero
trono del vendado Dios.

No hay fuerzas que no someta
el imperio del amor.

Depone el rayo de Marte
el sangriento vencedor,
y teme un desdén fingido
quien mil muertes no temió.

No hay fuerzas que no someta... etc.

El avaro que los golfos
buscando el oro surcó,
a los pies de su querida
oro rinde y corazón.

No hay fuerzas que no someta... etc.

El orgulloso sofista
en su virtud confió;

mas una sola mirada
dió en tierra con su razón.

No hay fuerzas que no someta... etc.

Así, hermosura, dilatas
tu dominio vencedor;
mas ¿qué mucho si tus armas
desdenes y halagos son?

No hay fuerzas que no someta... etc.

Si ha de parar mi soberbia
en ser esclavo de amor,
¿qué importa haber embotado
tal vez su halagüeño arpón?

No hay fuerzas que no someta... etc.

Ya me rindo, Clori hermosa;
tu amante y esclavo soy,
y esta victoria reparten
tu belleza y discreción.

No hay fuerzas que no someta... etc.

Lejos de mi dulce prenda
los sueños de la ambición,

que si en tu pecho dormían
no quiero más gloria, no.

No hay fuerzas que no someta
la hermosura y el amor.

9

EL ENOJO

¿Qué nube de tristeza
oprime, dulce bien,
en tus hermosos labios
la risa del querer?

Si es enojo en mí te venga,
no sufras, yo moriré,
que una ventura que es mía
no es mucho si corta es.

Aun antes de mirarte,
bien mío, te adoré,
y tu beldad creída
triunfó de mi altivez.

El corazón desvelado
gimió sin saber por qué,

que una dicha suspiraba
y por suya breve fué.

Mas, ay, cuando en el valle
te vi la primer vez,
tu gracia y tu hermosura
rayo del alma fué.

Al ardor que me abrasaba
el alivio en ti busqué,
y era dicha, y era mía,
¿qué mucho si corta fué?

A mi fineza ardiente
opones tu desdén,
vencióle mi constancia
y premias ya mi fe.

El amor correspondido
nos corona de laurel;
mas ventura que fué mía,
¿qué mucho si corta fué?

Si algún recelo injusto
. . . . . . tu altivez,
¿cómo, si tú lo callas,
vencerlo yo podré?

El silencio en el enojo
nuncio del olvido es,

que era tu amor dicha mía,
no es mucho si corta fué.

10

EL DESENGAÑO A TIEMPO

Llegué de los amores
al plácido jardín,
y en su recinto hermoso
a entrar no me atreví.
Incierto me pregunto
si en él seré feliz:
la razón dice que no;
Amor me dice que sí.
La juventud gallarda
desde la puerta vi,
de mirto coronada,
gozar y sonreir.
«La paz y la ventura
—yo dije—mora aquí.»
La razón clamaba: «No»,
y yo le respondo: «Sí».
Mas, ay, que allá a lo lejos
triste gemido oí,
y quejas y baldones
del pérfido jardín.

Y aunque dejarlo quieren
no aciertan a salir,
que está su razón esclava,
y Amor les manda servir.
De tus mansiones huyo,
Amor, pues que ya vi
trocadas en cadena
las rosas del pensil.
Engaños son tus dichas
y tempestad tu abril,
y aunque tú digas que no,
la razón dice que sí.

11

A BACO, CAMPESTRE

Otros a Marte o Venus
sometan su destino:
en el campo y el vino
yo tengo mi placer.
Mi frente venturosa
de pámpanos ceñida,
la vega florecida
se alegre en mi beber.

Amigos, bebamos,
el vaso apuremos,

y a Baco y a Flora
la gala cantemos.

No bien colora Apolo
desde su cuna el cielo,
y ya en él nuestro suelo
difunde su calor.
Y el dulce vino, apenas
las copas enrojece,
mi pecho se enloquece
con plácido furor.

Amigos, bebamos..., etc.

¿Quién del amor insano
anhela los placeres,
si tú, gran Baco, eres
único gozo y bien?
Cuando entre blandas flores
el vaso me enajena,
venga la misma Helena
y sufrirá un desdén.

Amigos, bebamos..., etc.

12

LA CONSTANCIA

No receles, bella Elisa,
de mi puro amor constante;
quien un tiempo fué tu amante,
para siempre lo será.
Pudo el cielo arrebatarme,
despiadado, tu presencia;
pudo herirme cruda ausencia,
mas trocarme no podrá.

Las banderas del engaño
otro siga fementido,
que el sendero del olvido
no se ha abierto para mí.
De mi pecho enamorado
tú eres sola la alegría,
y la pena más impía
me es delicia junto a ti.

Tu sonrisa halagadora,
tus miradas de dulzura,
de mi pecho la amargura
vengadoras lanzarán;
y si a ausencia rigurosa
el destino me condena,

no es más dulce que mi pena
la ventura que otras dan.

Tu ternura en dulces brazos
encadena mi albedrío,
y ha inspirado al pecho mío
el más noble y puro ardor;
ni lo apaga el infortunio
ni la pena lo mitiga,
que no muere, dulce amiga,
si es premiado el firme amor.

13

A FILIS

¿Qué encanto tienen tus ojos,
bella Filis, que desde ellos
sentí al amor nuevamente
introducirse en el pecho?

Ni basta a librarme
del niño funesto
la triste experiencia,
ni el fiel escarmiento.

En vano la razón clama,
que, en mirando tus luceros,

no hay razón que sufrir pueda
la tristeza de no verlos.

Y sea locura,
furor, devaneo,
con una mirada
respiro contento.

Pues qué, si en blanda sonrisa
. . . .
. . . .

14

MI NUEVO AMOR

Amor: si por un momento
mi libertad recobré,
más fuertes de nuevo tus flechas me abrasa
y doble cadena me ciñe los pies.
Yo era libre, yo vi a Filis,
y en ella, ay triste, miré
celeste belleza, donaire gracioso,
modesta ternura y amable desdén.
¿Quién pudiera a tanto hechizo
resistir el alma?, ¿o quién
impune observara del cuello y del labio
1 a cándida nieve y el puro clavel?

Entre los lirios del seno
dormido al Amor hallé,
que ya no le ufana domar corazones
y Filis, hermosa, los prende por él.
Yo, ciego y perdido, vuelvo
a mi antiguo padecer,
y gimo y suspiro, y, amor de mi vida,
la pena y la gloria el árbitro es.
Mas al menos un alivio
amando a Filis logré;
que el fiero tormento de falsa esperanza
turbarme no puede de amarla el placer.
Sí, mi Filis, yo te adoro
sin esperar ni temer;
la dicha de amarte consuela en mi pecho
de inútil deseo la pena cruel.

15

LA ILUSIÓN

Contra los ruegos del deseo
en vano clama la razón,
que es dulce el infiel devaneo
y amable la falsa ilusión.
Mil veces dije: a una inconstante
ya para siempre abandoné;

mil veces ciego y delirante
su imagen en mi pecho hallé.

Lanzado el náufrago a la orilla
jura no volver a la mar,
maldice a aquel que a frágil quilla
osó la vida confiar.

Mas si sopla el Favonio sereno
se olvida del Noto feroz,
y de esperanza y gozo lleno
se entrega a la popa veloz.

El niño de abejas picado
huye del pérfido panal;
bien pronto, el dolor mitigado,
vuelve a la miel que fué su mal.

Así, entre alternados errores
el hado impío nos fijó;
breve gozo, falsos amores,
por larga pena nos ferió.

Si de amor las flechas ardientes
no apaga el hielo del desdén,
vana razón, no me atormentes,
no me quites mi falso bien.

Yo prefiero a tu luz mi daño,
y a tu abrigo la tempestad,
y quiero más mi dulce engaño
que tu triste amarga verdad.

16

EL AUSENTE

Cuando la aurora
raya el oriente,
resuena monte y prado
con mi gemir perenne.
Al cenit llega
el sol ardiente,
y la marchita hierba
mis ojos humedecen.
Su manto oscuro
la noche tiende,
y el eco de los valles
con mi lamento crece.
Bien adorado,
pérdida ausente,
¿cuándo mis triste ojos
podrán volver a verte?
Tedio y suplicio
son los placeres
que el claro Manzanares,
lejos de ti, me ofrece.
¡Ay, quién por ellos
comprar pudiese
del Nájera y del Ebro
la soledad alegre!

Allí, a tu lado,
Amor me viese
de besos y de flores
coronar tu hermosa frente.
La selva oscura,
el margen verde,
y del otero y prado
los troncos y las fuentes,
blandos amores
brindaron siempre,
y en gozo se nos fuera
la edad de los deleites.
Ilusión dulce,
¿qué me diviertes
si el sueño de las dichas
de un infeliz es breve?

17

LA AUSENCIA

Ya no hay amor eterno
ni fiel firmeza,
que el amor más constante
muere en la ausencia.

Si de la partida suele
cobrar más bríos,

es fiebre que da fuerzas
con el delirio.
Lloren mi amor del Betis
las ninfas bellas,
que aunque fiel y constante,
murió de ausencia.

El girasol altivo
brilla en la vega
mientras el sol amante
rayos le presta;
mas si tiende su velo
la noche fría,
lánguido y marchitado
su cuello inclina,
y de muertos colores
cubre la tierra,
que el amor más felice
muere en la ausencia.

Reina del prado, luce
la rosa bella,
mientras Céfiro amante
su seno besa;
mas si enciende sus alas
la llama estiva
y del calor huyendo
vuela a otros climas,

descolorida y mustia,
triste belleza,
prueba que no hay amores
donde hay ausencia.

Palabras que el cayado
graba en la tierra,
espuma de los mares,
rayo en la esfera,
no tan presto se borran,
pasan y mueren,
como el amor más firme
de los ausentes.
Lloren mi amor del Betis
las ninfas bellas,
que no hay amor constante
contra la ausencia.

18

ZORAIDA

El grato esplendor de la aurora
sobre el Genil va a despuntar,
y su luz que el mundo colora
la vuelvo a ver para llorar.
Dueño querido de mi suerte,
Abenamar, mi dulce amor,

¿por qué a los campos de la muerte
te arrebató ciego el valor?
Tu indigno rival me condena,
tirano y vil, a esta prisión;
mas libre está de tu cadena
la pura fe del corazón.
Yo le aborrezco y tierna lloro
muerto quizá mi amado bien,
y lejos del dueño que adoro
gimo en poder del fiero Hacén.
El tirano, ay Dios, me asegura
que Abenamar no existe ya;
su lengua alevosa y perjura
por mi dolor, ¿cierta será?
Mas no; tú me engañas, malvado;
eres cruel como traidor,
y oprime un pecho enamorado
no tanto el mal como el temor.
Pero si es verdad que en la guerra
hierro fatal le traspasó,
no hay en el cielo ni en la tierra
quien pueda hacer que viva yo.
Zoraida en el sepulcro helado
a Abenamar se enlazará;
la muerte que te la ha robado,
perdido bien, te la dará.

19

EL DULCE AMOR

No receles, amado bien mío,
de la ausencia sañuda el rigor,
que si el hado cruel nos separa
no extinguirá mi eterno amor.

Hiedra hermosa del tronco apartada,
ya marchito su dulce verdor,
más tenaz a las ramas se enlaza
y eterniza su blando amor.

Rompe el nido del ave amorosa
la honda fiera del crudo pastor,
y otra selva le ofrece mil copas
donde goce su dulce amor.

Manso arroyo partido en . . . . . .
sus riberas forzado dejó,
pronto rompe espumoso sus diques
y besa ya la amada flor.

No hay poder que separe dos almas
que, benigno, Cupido enlazó;
y en las tierras, los vientos y mares,
reina el poder del dulce amor.

¿Cómo quieres, mi Filis, mi bella,
si en mi pecho su llama prendió,
que yo solo insensible resista
la eterna ley del dulce amor?

20

MUERTE DEL AMOR

Ningún remedio, amor mío,
a tu enfermedad bastó;
que la fiebre de ausencia y mudanza
no deja a tu brazo vibrar el arpón.

¿Qué importa que la constancia
calme a la herida rigor,
si el cruel desengaño la inunda
de ardiente veneno que nadie curó?

Sana desdenes y celos
el bálsamo del favor;
para agravios, perfidias, traiciones,
no hay hierba en Tesalia ni en Colcos hay flor.

Muere, pues; la ingrata sepa
que pudo acabar mi amor,
y que ya a darle vida no alcanza
ni pérfido halago, ni estéril dolor.

21

EL AMOR DESGRACIADO

Amor, ya no puedes
crecer los tormentos del pecho infeliz;
pues todos los males que encierra tu aljaba
flechaste ya en mí.
Del crudo desvío
opuesto a mis ansias, las penas sentí;
de ingrata belleza al yugo tirano
doblé la cerviz.
Constante y rendido,
el premio anhelado de amor conseguí,
y fué dulce triunfo el ser su cautivo,
y gloria el vivir.
Cual abre sus hojas
la flor del almendro, que anuncia el abril,
y ufana y altiva por ser la primera
alegra el pensil,
mas vuela a deshora
el Bóreas, armado de hielo sutil,
y arranca furiosos del tronco y las ramas
el albo matiz;
así, confiado,
mi amor esperaba que mirto y jazmín,
y la rosa de Idalia, me diesen
guirnalda gentil.

¡Ah, pérfida Emilia!
Por breve momento de gloria feliz,
el alma doliente padece mil siglos
de penas sin fin.

¿Do están los halagos,
tu ardiente mirada, tu blando reír?
¿adónde los celos que tal vez pediste,
que nunca te di?

Ya ofreces a otro amante
el bien que yo sólo debí conseguir,
y dejas por premio a tierna constancia
eterno gemir.

Amor, ya agotaste
tus iras crueles contra un infeliz;
si imploro la muerte, respondes impío:
Amar y sufrir.

22

LA MUDANZA

Vuela, adorada ingrata,
a tu feliz amante,
mientras yo, abandonado
del Betis en la margen,
la muerte invoco,
fin de mis males.

Ya deja el sol luciente
del Indo los cristales,
y más bello en sus brazos
a mi rival le nace,
el que adorado
muere constante.

La bulliciosa fuente,
los trinos de las aves
y el aura que menea
los fértiles frutales
mi muerte anuncian,
tu amor aplauden.

La tenebrosa muerte,
deidad de los amantes,
para vosotros tiende
sus lúcidos cendales;
fúnebres sueños
para mí trae.

Al más crudo tormento
cruel me encadenaste,
a que la dicha ajena
mi desventura labre,
y a ti te alegren
mis triste ayes.

Presto la muerte amiga
terminará mis males,

y yo, indignada sombra,
turbando tus solaces,
hasta en el sueño
vendré a aterrarte.

23

EL ESCARMENTADO

Injusto es tu enojo, querido bien mío;
si yo desconfío del niño vendado,
también he probado su falsa esperanza,
su triste mudanza.
Yo, náufrago, he visto la mar alterada,
a nave azotada tocar las estrellas
y raudas centellas, el piélago horrendo,
y el aire encendiendo.
Yo vi, peregrino, la senda perdida,
en fiera avenida crecido el torrente,
cubrir dique y puente, el campo inundado
de yerto ganado.
De violas y rosas el prado florido
gocé divertido; cogí las más bellas,
y un aspid entre ellas vertió por mi seno
su ardiente veneno.
No extrañes que turbe el cruel escarmiento
a gloria que siento tu rostro adorando;

que es necio el que amando del Dios que lo en-
las artes no entiende. [ciende

24

EL PESCADOR

Los remos en la arena,
la red tendida al sol,
la mísera barquilla
ataba un pescador.
Y en ásperos ayes
gime con triste voz,
que no hay bonanza cierta
en los golfos de amor.

Cuando brillaba el día
en todo su esplendor,
el piélago apacible
gozoso navegó.
Y, simple y alegre,
canta del remo al son:
¡cuán dulce vuela el tiempo
en los golfos de amor!

Mas, ay, súbito el cielo
de nubes se enlutó,

y el ábrego y el noto
despliegan su furor.
Y triste, aunque tarde,
su engaño conoció,
y ve lleno de riesgos
el piélago de amor.

Al viento enfurecido
no des la vela, no,
que tempestad deshecha
a nadie perdonó.
¿Qué vale el esfuerzo,
la industria y el tesón,
si no hay bonanza cierta
en los golfos de amor?

Aunque de olvido y celos
surcaste sin temor,
mas, ay, vados de ausencia,
¿qué barca atravesó?
Sus ásperas ondas,
siempre alteradas, son
el golfo más temido
del piélago de amor.

Tu frágil antenilla
el viento derribó,
y entre las rocas yace
partido tu timón.

No más a las aguas
tu casco entregues, no;
no más probar ventura
en los golfos de amor.

25

LA INJUSTICIA

En las lides de Cupido
es del hombre la osadía,
la tierna mujer se fía
en el desdén y el pudor.
Son las fuerzas desiguales
que, a pesar de la razón,
lidia y quiere ser vencido
su sensible corazón,
y si triunfa el hombre injusto
convierte el triunfo en baldón.

Beldad inocente brilla
dulce encanto de amadores,
arde el hombre en sus amores
y la adora cual deidad.
En sacrificio a sus plantas
ofrece el alma falaz,
y con lágrimas y votos
la logra, en fin, apiadar,

y luego blasfema impía
del ídolo y el altar.

Cuando la rosa temprana
da su olor al prado ameno,
suele en el dorado seno
vil insecto penetrar.
De las hojas encendidas,
cuna hermosa del amor,
bebe ansioso el dulce néctar
que la aurora les vertió,
y después muerde sañudo
el seno que lo abrigó.

¿Cuándo sabrás, hombre ingrato,
de la hermosura apiadarte?
Si es un delito el amarte,
¿le debes tú castigar?
La dulzura, la firmeza,
la piedad del infeliz
son las prendas que dió el cielo
al corazón mujeril;
la falsedad, la inconstancia,
cuando la aprende es de ti.

No escuches, joven incauta,
sus encarecidas penas;
guárdate de esas sirenas
que halagan para matar.

Y si de amor no es posible
el duro yugo evitar,
huye, al menos, del que intente
tu belleza exagerar.
Todos los hombres desean,
mas pocos saben amar.

26

LA AMANTE

Si el dulce bien mío
me flecha sus ojos,
los tristes enojos
templó el corazón.
¡Qué gozo si amante
suspiro no en vano!
Si estrecha mi mano
perdí la razón.

Tal vez, fugitiva,
me prende en sus lazos,
tal vez a sus brazos
yo misma volé.
Decir no es posible
si más dulce gloria
negar la victoria
o darla me fué.

Imprime, atrevido,
en boca y en cuello,
suavísimo sello
del más tierno amor.
Resisto turbada
la dulce osadía,
y lidia y porfía,
y el triunfo es mayor.

Al bosque de Gnido
desciende mi amante,
y yo, delirante,
sus pasos seguí.
De Venus me brinda
las flores hermosas,
y alguna, entre rosas,
espina cogí.

Tú mandas, tú sólo,
mi esclavo albedrío,
sin ti, dueño mío,
la vida es dolor.
La que este delirio
culpase indignada,
que amante y amada
resista al amor.

27

EL SÍ

¿Sueño o amor, queriendo
crecer la pena mía,
con pérfida alegría,
me enloqueció falaz?
Amo ya, Emilia. Cielos,
cierta mi dicha ha sido,
no del placer mentido
la sombra ví fugaz.

Que su divino labio,
más puro que la aurora,
con risa encantadora
prometió amor y fe.
Hirió la voz suave
mi pecho enamorado,
y a su seno exhalado
mi corazón se fué.

Que yace mustia rosa
perdida su hermosura,
si cubre niebla oscura
del cielo el esplendor;
mas cuando el campo vuelva
el aura apetecida,

color recobra y vida,
y es de la vega honor.

Así yo, que abatido
de amor en las cadenas,
contaba por mis penas
los días que gemí,
al delicioso acento
que fija mi ventura
del gozo la luz pura
por vez primera vi.

Yo vi, yo vi tus ojos
con grato ardor mirarme,
y tiernos anunciarme
mi suspirado bien.
¿Quién les robó, mi amada,
los ásperos desvíos,
y a los dichosos míos
las flechas sin desdén?

¿Quién coloró los lirios
con que inocente brillas?,
¿quién sembró en tus mejillas
las rosas del pudor?
Yo vi los graves hierros
romperse de mis brazos,
y en más felices lazos
prenderme el blando amor.

Lazos que, ya vencida,
gozosa esclava llevas,
y de Cupido pruebas
el plácido gemir.
Yo sorprendí el suspiro
que enardecida exhalas,
por más que el viento alas
le pide para huir.

¿Por qué tan dulce gloria,
bien mío, retardaste;
por qué, di, te agradaste
en mi mortal dolor?;
que el pecho, ya cansado
de tu esquivez impía,
a la razón pedía
venganza contra amor.

Mas, ay, si tu hermosura
es premio a mi tormento,
yo bendigo contento
las penas que sufrí;
que aunque mi amor pudiera,
que las causó, contarlas,
sobra, Emilia, a apagarlas
tan regalado sí.

Tú, cuyos lindos ojos
dan muerte y dulce vida,

pues ya compadecida
mi llanto te ablandó,
ejerce, dueño mío,
tu imperio soberano
y halaga con tu mano
cuanto tu vista hirió.

28

LA JARDINERA

¿Ves, mi dulce jardinera,
cómo la rosa encendida
sus tiernas hojas despliega
al primer albor del día?
Así, de amor abrasada,
cuando sus ojos me miran,
hace movimiento el alma
para entregarte la vida.

Vámonos, mi jardinera,
vámonos a mi jardín,
y la flor que más me agrada
cultívala para mí.

Los envidiosos me dicen
que mi fe constante olvidas,

y por otro jardinero
tu fácil pecho palpita.
  Mas los desmiente, bien mío,
el corazón que aun anima;
que Elisio vivir no puede
sin el amor de su Emilia.

Vámonos, mi jardinera..., etc.

  ¿Por qué, si estoy enojado,
me aplaca su dulce risa,
y más que todo mi enojo
puedes con una caricia?
  Así, si el ábrego fiero
las tiernas flores marchita,
tu linda mano las riega
y el ser les vuelve la vida.

Vámonos mi jardinera..., etc.

  ¿Cómo quieres que te olvide
si la libertad me quitas,
y mi voluntad esclava
ya es toda tuya y no mía?
  La flor del céfiro amante
sólo al céfiro acaricia,
y ni al aquilón ni al austro
el blando cáliz confía.

Vámonos, mi jardinera, etc.

Dices que en nuevos vergeles
nuevas beldades me brindan,
mas ¡ay!, ¿dónde hallaré otra
que con la tuya compita?
No a la luna el girasol,
ni a las estrellas se inclina,
que sólo los pasos sigue
al astro hermoso del día.

Vámonos, mi jardinera,
vámonos a tu jardín,
y la flor que más me agrada
cultívala para mí.

29

EL AUSENTE

Ya, en fin, tus iras crueles
puedes calmar, hado impío,
pues ya el infortunio mío
no te es posible aumentar.
Mi dulce amada perdida,
¡oh furor, oh dura ausencia!,
sin ti, mi bien, la existencia
es sólo un largo penar.

Sólo el sepulcro sombrío
fin a mi dolor ofrece;
allí la queja enmudece
y descansa el infeliz.
Pudo el destino robarme
mi bien, mi adorada gloria;
mas no la dulce memoria
del tiempo que fuí feliz.

Sabré con ella el rigor
vencer de la injusta suerte,
y entre el horror de la muerte
vivirá eterno mi amor.

Este consuelo nos resta,
¡ay, dulce prenda y perdida!,
si amor nos causó la herida,
amor la sabrá aliviar;
ejemplo al mundo seamos,
mi bien, de constante llama,
que pecho noble, si ama,
es para nunca olvidar.

30

LA DESPEDIDA DEL TROVADOR

Adiós; ya el instante
llegó de perderos;
adiós, compañeros,
de pena y afán.
En tanto que el cielo
no os mire clemente,
de lágrimas fuente
mis ojos serán.

Amigos que disteis
a un pecho injuriado
del áspero hado
consuelo y favor;
adiós, gozad siempre
ventura tan firme,
cual es al partirme
mi acerbo dolor.

Graciosas beldades,
si el canto y la lira
que amores suspira
amante os mostré,
la tierna memoria
guardad de un ausente,

y el alma doliente
en prenda os daré.

Adiós, que entregado
al fiero destino,
por nuevo camino
me obliga a vagar;
podrá atormentarme
sañudo y terrible:
mi pecho sensible
no os puede olvidar.

31

EL AMANTE DESDEÑADO

Un desdeñado amante,
con dolorosa voz,
en la callada noche
le canta así a su amor.
—Hermoso dueño mío,
¿por qué no ha de templar
el fuego de mi pecho,
tu ceño y tu impiedad?
Y es tu rigor eterno
cual yo firme en amor;
a la tiniebla amiga
confío mi dolor,

y el eco compasivo
suspira mi canción.
Y tú, sorda a mis quejas
y alegre en mi penar,
si ves mis tristes ojos
cansados de llorar,
mayor fiereza, ingrata,
mis lágrimas te dan.
Mi pena es tu recreo,
mis ayes tu placer,
y en mi tormento fiero
se goza tu altivez.
Bella zagala mía
modera tu rigor;
que si orgullosa esquivas
un verdadero amor,
tus ásperos desdenes
en contra tuya son.
Gloria y placer te esperan
siendo mi amor feliz;
mas ¡ay!, ¿qué bien, tirana,
te adquiero con mentir?

Así termina el canto
y empieza a suspirar;
le llama la pastora
y mándale callar;
y tierna y compasiva
su afecto premia ya.

32

LA PETICIÓN

¿Por qué mi pecho atormentas
con sospechas y recelos?,
son inútiles los celos
a donde sobra el amor.

. . . .

si de tu favor sediento
basta a matarme el contento,
¿de qué te sirve el rigor?

. . . .

sacia tus iras, impía,
y haz que muera de alegría
si es mi muerte tu placer.

33

EL DESENGAÑO

Si fuera ya posible que en mi pecho
de amor la ardiente llama
se encendiese otra vez, al dulce soplo
de plácida esperanza,
sólo a ti, bella Clori, admitiría
por dueño de mi alma,

y sólo a ti de mi olvidada lira
los cantos consagrara.
Mas, ay, que ya la edad y el desengaño
mi adusta frente ajan,
y de amor los placeres deliciosos
el infortunio espanta.
En vano, ay, triste, de tus ojos miro
la luz serena y clara,
las rosas de tu rostro, de tu cuello,
la azucena nevada.
En vano escucho de tu linda boca
las célicas palabras
que envidiarán al que tu amor merezca
las deidades sagradas.
Esa blanda sonrisa, más alegre
que el esplendor del alba,
ese talle que halagan a porfía
el céfiro y las gracias,
a enardecer el insensible mármol,
Clori hermosa, bastaran;
mas, ay, que el corazón de un desgraciado
vence a la piedra helada.
Perdona que te admire sin amarte;
huyó la ilusión grata,
y mis ojos de lágrimas acerbas
tan sólo ya se bañan.
Basta a tu gloria que conozca el pecho
el bien que me arrebata

injustamente, y que a las penas mías
la de no amarte añada.
Que el cielo, por crecer mi desventura,
a un alma enamorada,
para quien sin amor correspondido
es la existencia ingrata,
unió la luz del triste desengaño;
y su importuna llama,
la ilusión, la belleza y mi deseo
la agitan, no la apagan.

34

LA PARTIDA

Bañados de acerbo llanto
lamentaban su destino
los dos amantes más firmes
que el Guadalquivir ha visto.
Diez años de ardiente llama
sin un momento de olvido,
siendo envidia de pastores
y gloria del sacro río,
gozó con la bella Emilia
el amante y tierno Elisio,
y pudo vencer su fuego
la eternidad de los siglos.

¡Oh, cuántas veces el alba
los mostró a Céfalo unidos,
y de sus dulces caricias
que aprendiese a amar le dijo!
Y, ¡cuántas la blanca luna,
superando el alto risco,
por acechar sus amores
dejaba al pastor dormido!
Cuando el pecho, entre placeres
y entre el pudor dividido,
la bella esposa, su madre,
llevó al tálamo propicio,
con esta bendición sola
se arrancaba a sus cariños:
«Derrame el cielo en tu esposo
el amor que arde en Elisio.»
Y el dulce padre, en la joven
que destinó al caro hijo,
la fiel ternura de Emilia
es el dote que ha pedido.
No ya en troncos se grababan
sus amores, ni festivo
el céfiro en blandos cantos
por la ribera los dijo.
Sólo en sus ardientes pechos
se cebaba el fuego activo,
que al amor, si es verdadero,
¿qué más testigos que él mismo?
Así gozaban contentos

el grato don de Cupido,
y ni aun la muerte creían
poderosa a dividirlos.
Mas, ay, que envidioso el cielo
ya fulminaba sus tiros,
y el fiero rayo de ausencia
destrozó su quieto asilo.
Emilia quedarse debe
y partirse debe Elisio;
que jamás respeta amores
la autoridad del destino.
Almas tiernas y sensibles,
si habéis tal vez padecido
de la ausencia rigurosa
el insufrible martirio,
si el ser y vida sentisteis
en dos mitades partido,
la mejor de ellas dejando
adonde quedó el cariño,
decid vosotras cual yacen
de la dura pena heridos,
que ni voz para explicarla
ni hay corazón para oírlos.
En un vergel solitario,
junto al Betis cristalino,
escena ya de tormentos
si fué de placeres nido,
el triste Elisio, apoyado
en el tronco de un aliso,

de lágrimas riega el campo,
puebla el viento de suspiros.
En su dolorosa Emilia
los bañados ojos fijos,
con dolorosos lamentos
maldice a amor y al destino.
Y Emilia, lanzando el alma
en cada ardiente suspiro,
dió tales quejas al cielo
que el cielo desoye impío:
—Yo de ti separada,
mi amor, mi dulce encanto,
cuando a vivir, bien mío,
sólo aprendí en tus brazos.
Mísera sin ventura,
en triste desamparo
y en soledad amarga
consumiré mis años.
Lágrimas sólo dejas
a este pecho angustiado,
que su raudal al Betis
aumentará llorando.
Aquí veré la fuente
cuyos cristales claros
volvieron a mis ojos
la imagen de mi amado.
Y en susurro apacible,
bullendo por el prado,
al céfiro envidioso

glorias de amor cantaron;
y ya corriendo turbios,
unidos con mi llanto,
con áspero murmullo
fatigarán los campos.
El aura, que otra veces
llevó mi alegre canto,
cuando gozosa el día
me sorprendió a tu lado,
resonará mis quejas,
que el eco solitario
por los profundos valles
flébil irá ensayando.
¿Son éstos tus placeres,
Amor; son éstas, falso,
las dichas que ofreciste
al corazón incauto?
¿A un alma enamorada
tratas así, tirano?
¿Quién de hoy más en tus aras
presentará holocaustos?
¿De qué, de qué han servido
glorias que ya volaron,
si el gozo fué un momento
y siglos los quebrantos?
Así, soberbia torre
que hiere el presto rayo
crecía a ser alcázar,
y cae siendo estrago.

¿A do están las guirnaldas
que de matices varios
para ceñir mi Elisio
mis manos enlazaron?
Marchitas ya han caído
sobre este mustio prado,
que de risas y amores
fué cuna y es ocaso.
¿Dónde están los desvelos,
dónde el tierno cuidado,
las dulces inquietudes,
los plácidos halagos?
Y, en fin, ¿dónde los celos,
fruto de amor amargo,
que ni aun los celos tienen
dogal que oprima tanto?
Ah, ¿por qué, cruda muerte,
no aceleraste el paso,
y mis felices días
tus filos no cortaron?
¡Cuán plácida y tranquila
bajara al negro lago!,
pues, gozosa, mi Elisio,
muriera entre tus brazos.
O ya si émula impía
de amor te apellidaron,
hiere implacable, hiere
mi pecho enamorado.
Da término a las penas

de trance tan infausto,
y esta víctima triste
roba al amor insano.
Pero en tanto infortunio
la muerte busco en vano;
que todo, hasta la muerte,
se niega a un desgraciado.

Mas, ay, la trompa suena
que anuncia la partida,
¿a cuál compadecida
deidad pido favor?
Tierra, natura, cielo,
de amor crueldades lloro;
vuestra venganza imploro
contra el tirano Amor.
Y tú, que ves mi pena
en este fiero instante,
¿me dejas, crudo amante,
en brazos del dolor?

Ay, detente, cruel; no de mi seno
tan pronto te desates.
¡Un momento no más! ¡Sólo un momento!
El siglo eterno de tu triste ausencia
por un momento no será más breve.
Ay, ten piedad... tú lloras, dueño amado;
tú lloras, dulce esposo;
vierte, mi Elisio, vierte en mi mejilla
ese de extremo amor raudal hermoso.

Perdido bien mío,
gloria de tu Emilia,
de mi pecho encanto,
de mi ser delicia,
por quien yo gozosa
alma diera y vida,
si no fueran ambas
más tuyas que mías,
este breve instante
que menos esquivas
del hado me ofrecen
las ásperas iras;
ora que en tus brazos
descanso tranquila,
cual si nunca hubiera
de perder mi dicha;
y el amante pecho
sus penas olvida,
y al tuyo enlazado
contento respira;
esos dulces ojos
que dulce amor vibran,
flecha en estos míos
que el llanto amortigua;
deja que en tus labios
sedienta reciba
por la vez postrera
del amor la vida;
y sobre ese seno

do tú me decías
arder de Cupido
la llama más viva,
deja que descanse
la ardiente mejilla,
y todo lo inunden
las lágrimas mías.
Déjame que sacie
con dulces caricias
esta sed de amores
que el seso me quita.
Mas, ay, cuán en vano
pretendo extinguirla,
que el agua, si es poca,
más arde que alivia.
El cielo no quiso
mostrar en mis dichas
ejemplo a la tierra
de pura alegría.
El áspero olvido,
los celos, la envidia,
la triste mudanza,
la indigna falsía,
y, en fin, cuantos monstruos
el dulce amor lidia
y en crudos pesares
convierten sus risas,
borrar no pudieron
tu fe ni la mía,

y a nuestra constancia
postraron sus iras.
Tan sólo acechaba
la ausencia que, impía,
más fiero dió el golpe
por no ser temida.
Partir nuestras almas
feroz solicita,
hazaña que el hado
lograr no podría.
Mas ¿qué vale, Elisio,
su fuerza homicida
si vivo en tu pecho
y tú en el de Emilia?
Al mundo le demos
de fe no rompida
el más noble ejemplo
que vieron los días.
De amantes seamos
modelo y delicia,
baldón de mudables,
vergüenza de . . . . . .
Y aquel amor tierno,
que en blanda sonrisa
la edad inocente
colmó de alegría,
y ya, abandonando
la tierra enemiga,
los orbes de Venus

glorioso domina,
hoy en nuestras almas
triunfante reviva,
y al mundo sus rayos
y flechas despida.
Tú partes, bien mío,
y en riesgo y fatiga
el hado convierte
tus dulces delicias.
Mas, aunque apartada
de ti pene y gima,
conserva mi pecho
tu imagen querida.
No temas, mi Elisio,
del tiempo las iras,
ni aleve inconstancia,
ni infieles malicias.
Si el hado tirano
mi amante me quita,
quitarme no puede
de amante la dicha.
En almas vulgares
amor juegue y ría,
y cure y renueve
livianas heridas.
Mas no en los que abrasa
su antorcha homicida,
que amantes nacieron
y amantes expiran.

Mis crudos tormentos
contarlos podría
quien monstruos y arenas
contara a la Libia.
Mas sabe, mi Elisio,
que en tantas desdichas,
si no es tu mudanza,
nada podrá aterrar tu amante Emilia.

Parte, pues, dulce bien de mi vida,
que en tantos pesares el alma instruída,
capaz ya se siente del fiero dolor.
Parte, Elisio, y recibe este beso,
otro tiempo tu dulce embeleso,
y ya triste prenda de pena y amor.

Así lloraba Emilia
la ausencia de su amado,
envidia de las firmes,
honor del Betis claro.
Las deidades del río,
desde su cauce helado,
el mísero lamento
piadosas escucharon,
y aun Amor, de afligirlos
arrepentido acaso,
batió la ciega venda
en compasivo llanto.

El triste Elisio parte,
y mientras cruza el prado,
con inmóviles ojos
sigue Emilia sus pasos.

35

LA RIÑA

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

La acerba herida de celos
sufre un amante pastor,
y a los ecos de la selva
así sus penas cantó:
—¡Feliz el alma que goza
correspondida pasión!
Mas, ay, la ingrata que adoro,
no me vuelve amor por amor.

La gentil zagala, oyendo
su doliente y triste voz,
a la amorosa querella,
amorosa respondió:
—Pastor, tu queja es inútil,
. . . .
sé dócil, sé confiado,
lograrás amor por amor.

—Pastora, menos engaño;
menos recelo, pastor,
vuelve a mi feliz cabaña,
ven y premia amor con amor.

36

LA VERGÜENZA

(IMITACIÓN DEL FRANCÉS)

Selva de amor, a tu frondoso abrigo
ves un alma herida volver;
sé del pudor callado y fiel testigo,
pues que lo fuiste del placer.
Ecos, callad al indiscreto viento
el dulce nombre de mi bien;
¡ah, no ignoráis el tierno y blando acento
que amansó mi breve desdén!
Fiel ruiseñor, si callas tu ventura
al valle, al monte y a la flor,
no digas, no, que ha sido mi ternura
quien te dió lecciones de amor.

37

CONTIENDA DE LOS OJOS NEGROS Y AZULES

(IMITACIÓN DEL FRANCÉS)

Los ojos negros, centelleando,
y azules, de dulce mirar,
pretenden, con supremo mando,
solos en las almas reinar.
Disputa todo el pueblo amante,
uno en contrario, otro en favor;
mas ya en esta causa importante
final sentencia dió el amor.
Jamás en su alta competencia
se oyó litigio más sutil,
negros y azules en la audiencia
tuvieron abogados mil.
Testigos son besos ardientes;
el fiel suspiro, defensor;
pruebas, corazones dolientes,
y la esperanza, relator.
Amor, tan reñida querella
por este edicto terminó:
—Con ambos colores es bella
la que en mis lazos prendo yo.

Los azules con más terneza,
los negros más vivacidad,
brilla en los negros la agudeza
y en los azules la bondad.
Los negros, tal vez, veleidosos,
hay riesgo en verlos, si hay placer;
de los azules candorosos
no hay inconstancia que temer.
Tienen los negros mi ardimiento;
los azules, mi suavidad,
habla en aquéllos el talento,
y en éstos, la benignidad.
Amadlos, felices mortales;
triunfad de su falso desdén,
que en unos ojos celestiales,
negros o azules, está el bien.
Y el perjuro que osase tanto
que engañe un tierno corazón,
de los azules tema el llanto;
de los negros, la indignación.

38

LA QUEJA

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

¿Pude sospechar de la llama
en que por mí fingiste arder?
¿Cuándo temió mujer que ama
perfidias que no sabe hacer?
Fuí tierna y simple al sacrificio
sin recelar tu falsedad.
Nada debiste a mi artificio,
y todo a mi credulidad.
¿Por qué quisiste envilecerte,
ídolo indigno de mi amor?
Yo era dichosa con creerte,
y tú disipaste mi error.
. . . .
volvieras a darme tu fe,
ya perdí mi ilusión amada,
ya no eres tú lo que adoré.
Lleva a otras aras inconstante
esa tu ofensiva amistad;
puede perdonar una amante,
mas no olvidar tu deslealtad.
Renueva, rompe a tu contento
los lazos felices de amor;

el bien que has perdido lamento,
ingrato, aun más que mi dolor.

39

EL TROVADOR

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

Betis frondoso, en ti dejé mi amor.
¡Tiempo dichoso, imagen de dolor!
Beldad que en sus riberas
mi bien, mi hechizo eras;
¿cómo, ay de mí, podré vivir sin ti?
Ay, si yo fuera en tu cabello flor,
gasa ligera al seno encantador,
o bien la feliz ave
que tú besas suave...
Todo, ay de mí, lo envidio junto a ti.
Bien adorado, encanto de mi ser,
de un desdichado el único placer,
pues son tristes memorias
las ya perdidas glorias;
¿cómo, ay de mí, podré vivir sin ti?
Blanda esperanza alivia mi pesar.
Tú la bonanza al triste sueles dar,
y si en tus tiernos brazos

Amor me da sus lazos,
¡dulce, ay de mí, cuánto pené por ti!

Yo, Emilia amada, imploro aquella fe
que no manchada y pura te dejé;
y ya en la noche umbría,
o bien si nace el día,
piensa, ay de mí, que yo muero por ti.

40

EL RETRATO

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

Copia gentil, imagen de mi amada,
prenda de amor, pues amor la adquirió,
muéstrame el bien que el hado me robó,
que ya es vivir mirarla, aun retratada.
Ay, estas son las gracias que yo adoro,
y su ademán, su mirada y su albor,
si al pecho fiel la estrecho con ardor
pienso abrazar la que perdida lloro.
No; no das tu consuelo a mi quebranto
muda ilusión, ni al largo padecer;
y al recordar mi rápido placer,
copia cruel, me arrancas largo lloro.

Mas no, ay de mí, mis quejas no te ultrajen
al corazón, prenda adorada, ven;
copia gentil, si no eres tú mi bien,
eres al fin su encantadora imagen.

41

LA VENGANZA DEL AMOR

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

Ayer, Clori idolatrada,
mi tierna ...... pasión;
mas conocí que me burlaba,
rompí la venda a la ilusión.
Contra tu dulce devaneo
inútil mi esfuerzo será;
ingrata, aun me dura el deseo,
pero dejé de amarte ya.

La dulce sonrisa, morada
hizo en tus labios de rubí;
con ella el alma más helada
se abrasa y suspira por ti.
¿Por qué a la fiel amante mía
el cielo tus gracias no da?
Fiera, me hechizas todavía,
aunque dejé de amarte ya.

De tu dulce ingenio atraído,
un nuevo amante elegirás;
se creerá, como yo, querido,
y como a mí lo engañarás.
Yo envidiaré el nudo alevoso
en que a perderse incauto va,
y estaré de Clori celoso,
aunque dejé de amarla ya.

Si sola en la amante ribera
te encontrase al primer albor,
por costumbre acaso pudiera
hablarte de mi antiguo amor.
Y a la llama mal extinguida
que entre ceniza ardiendo está
pudieras tú dar nueva vida,
aunque dejé de amarte ya.

42

LA VUELTA

(IMITACIÓN DEL FRANCÉS)

En un castillo cuya altura
a espesos bosques sombra da
vi, amada Adela, tu hermosura,

y niño te adoraba ya.
Al margen del sereno río
correspondió mi tierno ardor,
y tu sepulcro, padre mío,
la cuna fué del dulce amor.

La voz de la guerra, indignada,
suena y me arranca del placer;
con tiernas lágrimas mi amada
quiso mis pasos detener.
Sus ruegos desechando impío
vuelo a la guerra y al furor,
y en tu sepulcro, padre mío,
dejé la cuna de mi amor.

Fiel a mi espada, la victoria
me acompañó siempre en la lid;
la imagen de Adela y la gloria
valor me inspiraban y ardid;
la paz deja inútil mi brío,
y vuelvo colmado de honor
a tu sepulcro, padre mío,
cuna adorada de mi amor.

¡Triste condición de un amante!,
un vil terror hiela mi pie.
¿Hallaré a mi Adela constante?
¿Conservará pura su fe?

¿Quién me asegura un albedrío
expuesto, ausencia, a tu rigor?
¡Ay, en tu tumba, padre mío,
quizá hallaré la de mi amor!

EPIGRAMAS

REGALO DE UN BOLSILLO

Esa bolsa que te envía,
sin dinero, mi amistad,
llena va de voluntad
de que nunca esté vacía.

UN AMANTE A UN AMIGO

Amado Bray, ¡qué importuno
me declaras tu pasión!,
sólo tengo un corazón
y ese es sólo para uno.
Si el cielo en tiempo oportuno
diera a esta unidad aumento,
no quedarás descontento,
pues te puedo asegurar.
. . . .
. . . .
. . . .

LA CARTERA

En mi seno habitarán
los amores a porfía,
pues una dama me envía
y dos mil me llevarán.

EPITAFIO DE UN AVARO

Bajo aqueste mármol frío
duerme su sueño un avaro,
intratable, necio, raro,
duro, mezquino e impío.
Cuando vió contra sí el hierro
de la guadaña homicida,
sintió, no el perder la vida,
sino el costo del entierro.

UN REGALO

Yo te regalo, bien mío,
de nueces cuatro docenas,
y porque no se te vayan
te las enviaré sin piernas.

A FILIS, MI COMPAÑERA DE CÉDULAS DE AÑO NUEVO

No extrañes que, perturbado,
mi gozo a explicar no acierte;
por vez primera la suerte
hoy propicia me ha mirado.
Ay, Filis, dulce y amado,
cuánto penó el corazón;
que cuando en dichosa unión
mi nombre y el tuyo ví,
la suerte hizo más por mí
que pudiera la elección.

A UN NECIO QUE DISPUTABA CON SU DAMA

¿Por qué, necio, con Lucinda
disputas tanto, gritón?
¿Quién dió jamás la razón
al que se opone a una linda?
Muy poco en amor deslinda
quien regañando corteja;
pero en balde doy la queja
de tus gritazos feroces,
que siempre siguen las voces
la medida de la oreja.

AL MARIDO DE UNA LOCA

En vano gritas, marido,
en vano piensas valerte
del derecho del más fuerte;
yo no me doy a partido.
¿De qué hasta aquí te han servido
ni la coz ni el bofetón?,
y aun el nudoso bastón
lo más que podrá alcanzar
será obligarme a callar,
pero no a hablar en razón.

A UNA COMEDIA EJECUTADA EN UN LUGAR

El Príncipe jardinero,
comedia de inculto autor,
porque parezca mejor
la ha convertido un pandero
en *Príncipe operador*.

OCTAVA A LA DAMA PATRIÓTICA AUTORA DE LA PROCLAMA A LAS DAMAS ESPAÑOLAS EN 1820

¡Cómo agita las almas conmovidas
tu acento libre, enérgico, elocuente!
¡Cuál siguen de tu celo enardecidas
la hermosa voz del patriotismo ardiente!
Mas tú, con ella, a libertad convidas
y el corazón dominas blandamente,
que, gozoso y feliz, pone en tus manos
el imperio que niega a los tiranos.

ARIA

(TRADUCCIÓN DEL METASTASIO)

El león malherido
siente el mortal desmayo,
mira el abierto pecho
y dobla su furor:
en sus postreras ansias
gime, amenaza, ruge,
y aterra moribundo
tal vez al cazador.

SEGUIDILLAS

1. ¡Ay, amor!, yo no entiendo
tus tiranías:
unas veces me hielas
y otras me animas.
Haz que una ingrata
entienda mi silencio
por mis miradas.

2. Me dices que es mentira
que yo te quiero,
y si a otro favoreces
muero de celos.
Flechas me tiras,
traidora, y luego finges
que no hay herida.

3. Del infierno de amores
cántaro eres;
con el agua a la vista,
de sed te mueres.
Y a nadie culpes,
que el agua a ti se viene,
mas tú la huyes.

4. Es mi amor, dulce dueño,
tan noble y fino,
que a la misma esperanza
cierra el camino:
y sí deseo
el verte tan dichosa
como yo peno.

5. Nadie en amores fíe,
que el más dichoso
un capricho lo enciende,
lo apaga otro.
Y así se muda
de ilusión y deseo,
no de locura.

6. El amor y la muerte
se conjuraron
a que nadie escapase
de entre sus manos;
y así te dieron
el semblante de ángel,
de fiera el pecho.

7. Esas rosas que cubren
tu hermoso seno,
son fiel y viva imagen
de mi deseo:

que aunque tan lindas,
si un momento te agradan
luego las tiras.

8. Infesta los jardines
del Dios de amores
el áspid de los celos
entre las flores;
temed su rabia,
que si escondido muerde
mirando mata.

9. Yo le digo a mi ingrata
tierno y rendido:
¿Cuándo serán favores
tantos desvíos?
Y ella responde:
«Cuando olvide que saben
mentir los hombres.»

10. Si no has de dar alivio
a un infelice,
¿de qué, triste esperanza,
de qué me sirves?
¿Por qué entretienes
mi enfermedad, si al cabo
parará en muerte?

11. Ya mi indignado pecho
sufrir no quiere
la dura tiranía
de tus desdenes;
yo te adoraba,
mas no soy tan paciente
como tú ingrata.

12. Entre perlas diamante,
rosa entre flores,
lucero entre planetas,
sol entre soles;
no son tan bellos
como entre mil hermosas
mi amado dueño.

13. ¿Qué triste marinero
los golfos corre,
si oscurecen las nubes
su claro Norte?
Que entonces teme
a cada paso escollo,
naufragio y muerte.

14. Para lograr tu dulce
correspondencia,
aguarda, dueño hermoso,
que la merezca.

Que la fortuna
sin méritos lograda
nunca es segura.

15. El olmo abandonado
pierde sus ramas,
. . . .
a otro se enlaza.
Mas lo que admira
es que ella encuentre árbol
que la reciba.

16. Tantas ondas mi llanto
le ha dado al río,
como mi pecho al aire
tristes suspiros.
Y se han llevado:
el aire, mis suspiros,
y el mar, mi llanto.

17. A las ondas me quejo
y a las montañas,
que no son tan crueles
como mi ingrata;
que excede ella
en instable y en dura
mares y peñas.

18. No te quiero, mil veces
tú me decías;
y yo, necio e incauto,
no te creía.
Que eres tan falsa,
que aun diciendo verdades,
fiera, engañabas.

19. Ya no aprecias la dicha,
fiera, que amabas;
que es madre del despecho
la confianza.
A lo menos,
ven a hacerme felice
ya que no a serlo.

20. Da el amor separados
sus dones todos,
porque ningún amante
viva dichoso.
La que yo adoro,
celosa y despreciada,
gime por otro.

21. A buen tiempo me dices,
fiera, que amas,
cuando ya has destruído
mis esperanzas;

y lo confiesas
porque ya no es posible
que yo lo crea.

22. De un pecho que ofendiste
jamás confíes,
que el fuego entre cenizas
oculto vive.
No estés segura,
que él alzará la llama
que te consuma.

23. Un halago funesto
produjo mi amor,
y un enojo me priva
de tu corazón.
Tan engañoso
fué, pérfida, tu halago
como es tu enojo.

24. Yo fundé sobre espuma
torre de arena,
y, necio, mi esperanza
la puse en ella;
faltó el cimiento,
y mi triste esperanza
llevóla el viento.

25. Cual pérfida sirena
los ojos tienes,
que llaman con halagos
para dar muerte.
¡Ay, niñas mías!,
por un halago vuestro
daré mil vidas.

26. Luciérnagas brillantes
son tus amores,
que se eclipsan de día,
viven de noche;
y en la tiniebla
suelen lucir un poco,
mas no calientan.

27. En ti encontré, tirana,
todos los males,
desdeñosa al principio
y al fin mudable.
Curé mi herida,
y bendigo los males
que me afligían.

28. No esperes que mi pecho
vuelva a quererte,
que eres amante falsa
y amiga débil;

y el desengaño,
ni aun merece la pena
de haberte amado.

29. Lo que a entender no alcanzo,
fiera, en tu pecho,
es por qué me quisiste
en otro tiempo.
¿Qué gracias fueron
las que en un pecho noble
te sedujeron?

30. Podrá contarle a Libia
fieras y monstruos,
quien a tu falso pecho
fraudes y dolos.
Mas nadie puede
ser el que tus afectos,
tirana, cuente.

31. Ni en la verdad te fíes,
ni en el engaño,
que en ti hasta las verdades
mienten, y es falso;
deja mi pecho
y busca otro más simple,
o menos cuerdo.

32. Cada vez que me halaga
tu voz suave,
el alma va al oído
para escucharte;
y allí gozosa,
de tu vista olvidada
mil dichas logra.

33. Tu enemigo me llamas,
mas yo te fío
que el amor nunca es bueno
para enemigo.
Teme sus iras,
y despunta sus flechas
con tus caricias.

34. Amada, nunca esperes
paces conmigo:
desengañado amante
no es buen amigo.
Que aunque más nobles,
la amistad también tiene
sus ilusiones.

35. Mi estrella fué adorarte,
mi vida verte,
ser infeliz mi hado,
mi fin perderte;

y tú pudieras
vencer con sólo un rayo
tanta influencia

36. Si he de perder el cielo
de tu hermosura,
¿por qúé tu amor, bien mío,
llamas ventura?
¡Ay!, vendrá un tiempo,
que cada halago sea
triste recuerdo.

37. No me culpes, mi Filis,
porque te ame,
hasta ver si es posible
verte y no amarte;
que en quien lo sea,
o los ojos o el alma
serán de piedra.

38. Mil corazones vuelan,
Fili, a tus plantas;
mas, ¡ay!, que como el mío
ninguno ama.
Porque si ellos
te van diciendo amores,
yo los padezco.

39. Cual cruzan por el campo
los arroyuelos,
así vagaron libres
mis pensamientos;
pero vi a Filis
y esclavos más dichosos
fueron que libres.

40. Recelas de mi pecho,
y a tus favores
mi amor igual ha sido
que a tus rigores.
¿Por qué dudarlo,
si resistió constante
desdén y halago?

41. En el mudable trato
de las mujeres
tanto se olvida al muerto
como al ausente;
mas siempre han hecho
agravios al ausente,
y honras al muerto.

42. De tu cabello hermoso
pende mi alma;
de la impiedad te duele
con que la tratas;

que es, si lo anudas,
en cada lazo esclava
mil veces tuya.

43. Las aguas que al mar corren
precipitadas,
al fin de su carrera
la muerte hallan.
Ni menos ciertos
al desengaño vuelan
amor y celos.

44. Venus ama los mirtos,
Palas la oliva,
los laureles Apolo,
la rosa Emilia;
caigan rendidos
ante la rosa, oliva,
laurel y mirto.

45. No mis males te aflijan,
Filis hermosa,
que pues por ti los sufro,
mi pena es gloria;
y sin ti fuera
la más dulce ventura,
tormento y pena.

46. Cuando tus bellos ojos
airados miran,
no hay corazón entero
que los resista.
Y dicen todos:
feliz aquel que logre
vencer su enojo.

47. De amor en el comercio
gasté mi vida,
y por siglos de pena
compré una dicha.
Voy a venderla
y sólo un desengaño
me dan por ella.

48. Triste corazón mío,
ya llegó el tiempo
de que rompas la cárcel
de tu silencio.
Vuela a mi hermosa,
lo que has callado un siglo
dilo en un hora.

49. No te contentes, Fabio,
con ser querido:
camina a la victoria
pues ya hay camino;

muchos se pierden
por dormirse a la sombra
de sus laureles.

50. Cuando tus bellos ojos
hacia mí vuelves
es mi amoroso pecho
volcán ardiente,
en cuyas llamas
arde, y de sus cenizas
renace el alma.

51. Cuando dulces y alegres
tus ojos miran,
al claro sol de mayo
causan envidia;
pero arrojados,
del más sañudo estío
vencen los rayos.

52. Yo estoy enamorado
de una belleza,
y mil veces le quiero
decir mi pena;
mas si la miro
temo, y hablo a sus ojos
y no a su oído.

53. Por celosas sospechas
perdí a mi dueño,
y ya por recobrarlo
tomara celos;
y aunque penara,
no a lo menos partida
tuviera el alma.

54. El que busca amorosa
correspondencia,
compra una dicha breve
por largas penas.
Y algunos dicen
que ni aun vale el trabajo
de ser felice.

55. ¡Cuán triste fué mi llanto,
Filis amada,
antes que de mi pena
te lastimaras!
¡Ay, dueño hermoso,
llanto que tú enjugaste
ya es venturoso!

56. Vió Cupido tus ojos,
y al punto ordena
quitar la cuerda al arco,
romper las flechas;

pues ellos bastan
para abrasar de amores
pechos y almas.

57. Amoroso suspiro,
si tú llegares
donde está la que causa
todos mis males,
dila que un triste
hasta verla no sabe
si muere o vive.

58. Si el amor en tus ojos
su solio tiene,
¿por qué no encuentro en ellos
sino desdenes?
¡Ay, dueño mío!,
o no hieras, o sana
lo que has herido.

59. A tu rostro y tus labios
envidiar suelen
abril y mayo, rosas;
junio, claveles.
Pero en tu pecho,
a mis ardientes ansias
siempre es enero.

60. Yo desdeñé, celoso,
su tierno halago,
y ella los dulces ojos
volvió llorando.
Y, juez los celos,
ella fué la inocente,
yo fuí el reo.

61. Son tus ojos los jueces
de mi destino;
de ellos solos espero
premio o castigo.
Y yo prefiero,
al premio que otros dieran,
penar por ellos.

62. Por regalo de mayo
di a Nise flores,
y entre ellas iba el alma
muerta de amores.
Si es de su agrado,
será el mayo corona
de todo el año.

63. Dime cómo has podido,
fiera, olvidarme,
después de amor y celos,
guerras y paces.

Tantas memorias,
¿cómo acabar pudieron
en sólo un hora?

64. Ya los campos florecen,
ya por las selvas
sus delicias derrama
la Primavera.
Ya es tiempo, Clori,
de que al amor rindamos
los corazones.

65. Para mirar tu rostro
pides en balde
a la fuente o al río
puros cristales;
que no hay espejo
donde estés más hermosa
que el de mi pecho.

66. Cuando canta Belinda
vienen las aves,
a aprender de sus labios
trinos suaves.
Y allá en los nidos,
los suspiros imitan
que han aprendido.

67. Llorando tus desdenes
me encuentra el día,
y llorando me encuentra
la noche fría.
Dime hasta cuándo
el alba y las tinieblas
verán mi llanto.

68. Son la tumba segura
de amor los celos,
mas antes de que muera
crece al extremo;
como la llama
despide al apagarse
la luz más clara.

69. Goza tus verdes años,
serrana bella;
del amor obedece
las leyes tiernas;
que es duro empeño,
que beldad tan divina
quede sin dueño.

70. Cuando tu dulce canto
suena en mi oído,
el corazón se exhala
del pecho mío;

y osado vuela,
y en tus hermosos labios
el tuyo encuentra.

71. Se parecen tus ojos
al sol de estío,
que entre pardos celajes
arde más vivo.
Y así templados,
cuando miran abrasan
sus dulces rayos.

72. Enojos de un amante,
niña, no temas,
que el halago ô el llanto
luego los templa.
Amor es niño,
y basta a contentarle
cualquier cariño.

73. Corazón amoroso,
ya llegó el tiempo
que exhalado en suspiros
salgas del pecho.
Vuela gozoso,
y escóndete en el pecho
del bien que adoro.

74. No hay en humano pecho
pasión constante;
jurando amarte siempre
dejé de amarte.
Amor es fuego,
que en quemándolo todo
se apaga luego.

75. En el fecundo campo
de tus amores,
yo he robado las hojas
y otro las flores.
Y ¿a quién, pregunto,
entre tantos ladrones
tocará el fruto?

76. Un corazón amante
nunca es culpado,
si el amor no es delirio,
¿por qué lo callo?
¿Por qué, inocente,
la vergüenza padezco
de un delicuente?

77. Si un favor me concedes,
todo me encantas;
tu gracia, si la niegas,
me roba el alma.

Siempre me prendes,
bien niegues, bien concedas...
pero concede.

78. ¡Cuán vario corre el tiempo
para un amante!
Los pesares son siglos,
y el gozo instantes.
Mas yo sufriera,
por instantes de gozo
siglos de penas.

79. ¿Qué importa que me cures,
fiel desengaño,
si amor hiere mi pecho
con nuevos dardos?
Ya nada esperes,
que heridas renovadas
son más crueles.

80. Amado dueño mío,
templa tu halago,
que no hay fuerza en mi pecho
para gozarlo.
Ni a dicha tanta
hay bastante, bien mío,
con sola un alma.

81. Suspiros de otro amante,
niña, no atiendas,
¿a tu altivez no bastan
los que me cuestas?
Mas, ¡ay!, que sólo
para doblar los míos
quieres los de otro.

82. ¿Qué importa que mi niña
tranquila duerma,
si en sus dormidos ojos
el amor vela?
Cuando los abra,
¡ay, cuántos corazones
verá a sus plantas!

83. ¡Ay, Amor!, yo creía
que ya en mi pecho
más leña no quedaba
para otro incendio.
¡Ay, dueño amado!,
que aun la ceniza antigua
la has abrasado.

84. En fin, Amor, venciste;
ya soy tu esclavo,
y mi bien por cadena
me da sus brazos.

Dile que ponga
de esclavitud el sello
sobre mi boca.

85. A un amante abatido,
niña, no ultrajes,
que un valiente ultrajado
se hace cobarde.
Más bien le anima,
y cobrará las fuerzas
con la osadía.

86. Yo planté en los jardines
de Amor un árbol,
que animé con suspiros,
regué con llanto.
Y no me ha dado
más que el acerbo fruto
de un desengaño.

87. Amor, yo no te pido
mas que un momento;
déjame que en él goce
del bien que pierdo.
Si lo dispensas,
por él te doy contento
la vida entera.

88. Ninfas del Guadaira,
si en sus cristales
visteis la bella causa
de mis pesares,
decidla, os pido,
que sobran los rigores
para un rendido.

89. Amante pecho mío,
guarda tu fuego,
que la ingrata que adoras
es toda hielo;
y nunca esperes,
con tus tímidas llamas
arder su nieve.

90. Temo tu risa. Acaso
de mí te burlas;
siempre alegre te miro
y amante nunca:
yo sólo aguardo
lo que tu labio hermoso
diga a mi labio.

91. Quién te hirió, ya se sabe,
corazón mío:
de unos ojos alegres
la flecha vino;

corazón triste,
ellos se divirtieron
y tú perdiste.

92. Dulces ojos, envidia
del sereno sol,
esa halagüeña risa,
¿es burla o amor?
En este juego,
os divertís vosotros
y yo me pierdo.

93. ¿Quién mirará tus ojos
sin abrasarse?
Y ¿a quién mirarán ellos
que no lo abrasen?
Mi amante pecho
arde por ambas causas,
con doble incendio.

94. Vuela, vuela abrasado,
suspiro mío,
donde llegar tu dueño
no es permitido.
Vuela ligero,
y al dulce bien que adoro
dile que muero.

95. Teme, corazón mío,
teme tu riesgo,
no prepares la llama
para otro incendio;
que con sus luces,
mientras brilla un dichoso
tú te consumes.

96. El sueño, vida mía,
por mí no dejes;
más vale tu descanso
que mis placeres.
Duerme segura,
que quien guarda tu sueño
no duerme nunca.

97. ¡Cuántas veces despierto
me encontró el alba,
adorando las rejas
de tu ventana!
Y eran sus hierros
blandos a mis suspiros,
más que tu pecho.

98. ¿Para qué más amantes,
Filis hermosa?
Uno sólo constante
te hará dichosa.

Y aunque los halles,
mil te harán infelice
si son mudables.

99. Tímido marinero
corre los mares,
que cautas por el golfo
pasan las naves.
Y en descuidando,
dentro del puerto mismo
hallan naufragio.

100. Cuanta gloria al mirarme
me dan tus ojos,
tanto pesar si dulces
miran a otro.
¡Ay, bella Filis!
O mírame a mí sólo,
o no me mires.

101. Esos ojos que hieren
al pecho mío,
¿por qué, di, los apartas
cuando han herido?,
si no se halla
más remedio a su herida
que otra mirada.

102. Filis, pues de tu amante
ya te separas,
no olvides que te llevas
contigo el alma.
No la maltrates,
cuando no por ser mía,
por ser amante.

103. ¿Qué importa que en tus brazos
feliz me vea,
si me está amenazando
la fiera ausencia?
¡Qué injusto trato!:
a risa de un momento,
dolor de un año.

104. Si puede la fortuna
quitarme el verte,
por lo menos quitarme
tu amor no puede;
que está en el alma,
donde el poder del ......
mi bien, no alcanza.

105. Aunque amor me corona
de tus favores,
esperando la ausencia,
¿quién hay que goce?

Así es mi suerte:
escasa miel, y luego,
suplicio y muerte.

106. De un desgraciado amante
guárdate, Filis,
que el hado por matarme
te hará infelice.
¡Y él me consuma,
llorando mis desgracias,
mas no las tuyas!

107. De la ausencia de un dueño
no hay que fiarse,
que al cielo las estrellas
de noche salen.
Pero el sol vuelve,
y corridas y mustias
desaparecen.

108. Huyendo de tus iras,
amor tirano,
de la amistad tranquila
busqué el amparo.
Pero más fiero,
bajo el velo de amigo
me pasó el pecho.

109. «No más amor», decía,
desengañado;
«no más amor, que es todo
penas y engaños».
Mas ¡vano empeño!,
tus ojos me miraron
y a amarte vuelvo.

110. ¡Ay, Amor!, yo creía
que ya en tu imperio
más flechas no quedaban
para mi pecho.
Y es que ignoraba
que en tus ojos, bien mío,
le sobran armas.

111. Si está escrito en el cielo
que he de amar siempre,
a tus plantas, bien mío,
me halle la muerte.
Toma mi vida,
y será más dichosa
que siendo mía.

112. Juventud floreciente,
clara belleza
te dió con larga mano
Naturaleza.

A tantas gracias,
¡ay de mí!, no hay bastante
con sola un alma.

113. Si has de llorar, no llores
donde te vea,
que a hermosura llorosa
no hay resistencia.
Yo soy tu esclavo,
Amor, pues me han rendido
beldad y llanto.

114. Ausente de tus ojos
muriendo vivo,
dulce y única gloria
del pecho mío.
Llegue el momento
que feliz a tus plantas
muera viviendo.

115. Tú del bien de mi vida
el seno adornas,
¡oh, rosa!, donde muero,
mueras dichosa;
que de aquel cielo
te consume la envidia,
y a mí el deseo.

116. Hermoso dueño mío,
¿por qué a mi pecho
lo hielas con la nieve
de tu silencio;
y a tantas ansias,
hasta el consuelo niegas
de una mirada?

117. Tan fija está tu imagen
en mi memoria,
que creyéndola viva
le hablo a mis solas.
Y así entretengo
los siglos de amargura,
que sin ti peno.

118. Ni el labio ni la pluma
digan si quiero,
que palabras y escritos
se lleva el viento.
Para acertarlo,
no en el papel lo escribas
sino en mis labios.

119. Te vi y quedé rendido,
sufrí desprecios,
alcancé tus favores,
lloré mis celos;

vi mis agravios,
y me refugié al templo
del desengaño.

120. Del mayor de amores
es del que muero;
no es olvido, mudanza,
desdén, ni celos;
quien no lo crea
ame, y en él sus iras
pruebe la ausencia.

121. Ingrata, me atormenta,
más que tu olvido,
la infelice memoria
de tus cariños.
No me quejara,
si de perdidas glorias
no me acordara.

122. Amor, ya más no sufro
mi oculta pena,
más quiero cierta muerte
que vida incierta.
Si has de acabarme,
que muera de atrevido,
no de cobarde.

123. El fuego que devora
mi amante pecho,
como disimulado,
es más violento.
Y en vano sufro,
que el escondido incendio
descubre el humo.

124. Amante que se queja
del mal que muere,
lo que merece amante
quejoso pierde.
Que el amor habla,
cuando vivir no sabe
sin la esperanza.

125. De paloma, bien mío,
tienes los ojos,
que aunque dulces y alegres
son muy celosos.
Y es mi regalo,
que vengan tras los celos
los aletazos.

126. ¿Por qué tus bellos ojos
airados miran,
si aumenta su belleza,
mi bien, la ira?

Claras estrellas,
si es delito el amaros
la culpa es vuestra.

127. Me agraviaste, y pretendes
que yo me rinda;
tú, que el puñal clavaste,
sana la herida.
Que es caso fuerte,
querer que un ofendido
quejoso ruegue.

128. Cadena de mi alma
son tus cabellos,
tus ojuelos, alcaides,
prisión tu seno.
¿Por qué, tirana,
el cuerpo no me prendes
donde está el alma?

129. Pues de mí no te fías,
niña, no amas,
que es hija del cariño
la confianza.
Tal vez he hallado
mujer que callar pueda,
pero no amado.

130. Como el árbol silvestre,
niña, es tu gracia,
que abunda mucho en fruta,
mas toda amarga.
Que amor lo riegue,
se secará la rama
de los desdenes.

131. Cada vez que me dice
que no me quieres,
halagüeños tus ojos
me lo desmienten.
Y yo, rendido,
atiendo a la llamada
más que al desvío.

132. Si tus ojos me animan
para quererte,
lo que dicen tus ojos
tu voz desmiente;
y duda el alma,
si a los ojos se fíe
o a las palabras.

133. Si palabras y acciones
brotan desdenes,
¿qué importa que en tus ojo
piedad encuentre?

¡Ay, dulces ojos!,
¿por qué siendo tan bellos
sois engañosos?

134. Si no entiendes mis ojos
eres muy necia;
y si te desentiendes,
falsa y artera.
Razón, sigamos
la senda del olvido,
si es que la hallo.

135. Dulce dueño del alma,
pues amor quiso
que me des vida o muerte
a tu albedrío,
dime si aspiras
al nombre de tirana,
o al de benigna.

136. Albricias, pecho mío,
que aquella hermosa
que es tu muerte y tú vida,
tu pena y gloria,
ya, más humana,
escucha tus suspiros
si no los paga.

137. Corazón, ya es forzoso
tomar partido;
en la ausencia o mudanza
busca un asilo.
Y si no puedes,
muere sin que una ingrata
sepa que mueres.

138. El fuego que en tus ojos
al verme brilla,
acusa mi silencio
de cobardía.
¡Ay, dueño mío!
Si no es culpa el amarte,
fuera el decirlo.

139. Halagüeños tus ojos
a amar convidan.
¡Ay, si verdad me dicen,
cuánta es mi dicha!
Mas si me engañan,
será menor su fraude
que mi venganza.

140. Dame la mano. Iremos
donde lloraste,
que allí sanó tu llanto
todos mi males.

¿Quién lo diría,
que es tu llanto el origen
de mi alegría?

141. Pobre barquilla mía,
vuélvete al puerto,
que el mal de los amores
es todo riesgos.
Y son más fieras,
sus pérfidas bonanzas
que sus tormentas.

142. Entre todas las penas
de tus amores,
inconstancia, perfidia,
desdén, favores,
nada me admira
tanto como el que pueda
quererte un día.

143. Es inútil que canses
niña, tu arco:
las flechas que disparas
no me hacen daño.
Y si hubo un tiempo
que hasta el alma llegaban,
ya ni las siento.

144. Voy del amor huyendo,
mas tú, inhumana,
de insultarme en la fuga
nunca te cansas.
Y es que no sabes
que tirar al que huye
es de cobardes.

145. Al amor, de mi pecho
cerré las puertas,
y disparó sin fruto
todas sus flechas.
Mas tú llorabas,
y la piedad sencilla
te entregó el alma.

146. Del mal de los amores
quise curarme;
la ausencia sus beleños
me daba en balde.
Y un mal tan largo,
lo sanó tu perfidia
con los amargos.

147. No me arrepiento, fiera,
de haberte amado,
que no se compra en menos
un desengaño;

y de ti huyendo,
vale más lo que gano
que lo que pierdo.

148. De agraviado que halaga,
niña, no fíes;
para lograr venganzas
cariños finge.
Que los halagos
son buenos sobre celos,
no sobre agravios.

149. Bello imposible mío,
pues amor quiere
que muera a tu silencio,
o a tus desdenes,
sólo pretendo
si he de morir, que sepas
del mal que muero.

150. Airada está mi amante,
mas si me mira
brota el amor risueño
de entre sus iras.
¡Ay, dueño hermoso,
cómo será el halago
si así es tu enojo!

151. Te declaré mis ansias,
tú suspiraste,
y tu dulce suspiro
cogí en el aire.
¡Ay, más que el alma,
aprecio aquel suspiro
que me robabas!

152. Ni de tu hermosa cara
las rosas miro,
si tu voz halagüeña
suena en mi oído.
Y no me deja,
más bien que el de tu imagen,
la cruda ausencia.

153. Bello sol de mis ojos,
ay, tú me dejas;
sin ti mis tristes días
serán tinieblas.
Y hasta que salgas,
¡cuán larga va la noche
de mi esperanza!

154. ¿Cuándo vendrá el momento,
mi amado hechizo,
en que puedan tus ojos
flechar los míos,

y en tiernas ansias,
repetir sin saciarnos
dulces miradas?

155. Un momento me has dado,
fiera, de dicha,
y por aquel momento
perdí la dicha.
¡Cuán duro precio
es comprar con la vida
sólo un momento!

156. He visto muchas ninfas,
y me enamora
en unas la hermosura,
la gracia en otras.
Sólo en mi bella,
la beldad y el donaire
corren parejas.

157. El celoso, aunque sepa
sus males . . . . . .
de la infiel que lo engaña
quiere saberlos.
Y aunque lo mienta,
agradece el engaño
como fineza.

158. ¡Qué dulces son las paces
después de celos!
¡Oh, amor!, ¿quién no obedece
tu blando imperio?
Si hasta las iras
son, cuando tú lo mandas,
gloria y delicia.

159. Es la ausencia, del golfo
de amor, tormenta,
y ninguna el amante
sufre más fiera;
pues que naufraga,
sin ver siquiera el norte
de su esperanza.

160. Tiende, noche benigna,
tu oscuro velo;
que me importa la vida
ver a mi cielo,
y amor me dice
que tu sombra y mi venda
me harán felice.

161. Yo estaba enajenado,
y ella, amorosa,
me dió del lindo seno
la mejor rosa.

Y al entregarla
eran más encendidas
las de su cara.

162. ¿Qué importa, vida mía,
que yo te adore,
qué importa que por dueño
tú me corones,
si tantas glorias
de amor correspondido,
la ausencia roba?

163. Ausencia, qué bien dijo
quien dijo que eres
del amor más constante
segura muerte;
mas ¿qué me admiro
si tu funesta sombra
sigue el olvido?

164. Bello imposible mío.
¡Ay de mí, triste!
¿Qué importa que seas mía
siendo imposible?
Pero a lo menos,
no sufriré el suplicio
de verte ajeno.

165. Amor, rompí tus lazos
con tal fortuna,
que me ayudó a romperlos
Filis perjura.
Y su perfidia
quebró el último grillo
que al fin tenía.

166. Si en tus hermosos ojos
está la muerte,
yo abandono la vida,
mi bien, por verte.
Y ¡oh, si lograra
hacer que con la tuya
me la cortaras!

DIDO

MONÓLOGO

DIDO

MONÓLOGO

¡Él parte, santos cielos, y yo vivo!
¡Él parte!... Por el piélago resuenan
los gritos del alegre marinero,
y el rechinar de jarcias y de entenas.
La aurora que despunta en el Oriente,
y viene a confirmar mi suerte acerba,
en los tendidos linos y en las popas
el primer rayo de su luz refleja.
¡Ay, ya se mueven los alados leños!
¡Ya el puerto amigo solitario queda;
y lejos de los muros de Cartago
mi bien amado y mi esperanza llevan!
¡Él pérfido! ¡el ingrato!... Y ¿tanta injuria
la altiva Dido de un traidor sufriera?
Y ¿un alevoso, un bárbaro extranjero
burlará fugitivo mi potencia?
Eso no; mis escuadras se preparen;
por el inmenso mar vuelen ligeras,
y en esa fementida, infame gente
id y vengad, soldados, vuestra reina.

Sus buques abrasad: su impura sangre
tiña las ondas de la mar Tirrena,
y estrellado en los ásperos escollos
contra sus puntas dividido muera.
Entonces yo, gozosa, su infortunio
contemplaré, y su muerte, satisfecha;
y... también moriré, pero vengada.
Volad, bravos fenicios; dad las velas
a los nacientes Euros; gima el viento,
brame el golfo al furor de la impía guerra.
Mas ¡ay!, ¿qué digo, qué implacable numen
muda mi pecho y mi desgracia aumenta?
¿Yo furor, yo rencores, yo venganzas?
Yo que del crudo amor fuí la más tierna,
la más ilustre víctima ¿al destino
tan fieras sañas oponer pudiera?
¿Yo, cuyo corazón amante y dulce
sólo conoce halagos y ternezas,
así como el del pérfido enemigo
es abismo de engaños y cautelas?
¿Qué te hice yo, oh idolatrado ingrato,
que a tanto amor das paga tan acerba?
Yo te acogí en mi reino; yo tu armada
que, enfurecido el mar, vagaba incierta,
en mis puertos libré; yo a tus vasallos,
tristes reliquias de la furia griega,
dí asilo en mi palacio; yo a tu hijo,
de la abrasada Troya última prenda,
en mi regazo, con mis dulces besos,

cual madre compasiva, halagué tierna.
Aun hice más: los muros de Cartago,
las riquezas de Tyro, la grandeza
de mi ilustre nación, postré a tus plantas;
no hablo, ingrato, del don que tú desprecias;
del corazón más firme y desgraciado,
del más noble pudor, fe más sincera,
y amor más tierno, puro e inviolable
que en pecho femenil jamás ardiera.
Y tú, desconocido, tantos bienes
por los escollos y las olas truecas,
y más que las caricias de un amante
del Aquilón te agrada la violencia.
Espera al menos que la furia insana
calme al golfo la blanda primavera,
y que al rigor de nieves y huracanes
el sol del mayo plácido suceda.
Mas ¡ay!, que no hay peligro que te espante
cuando de Elisa y de su amor te alejas;
y si de mí la muerte te separa
gozoso, alma sin fe, la muerte aceptas.
¿Son éstos los halagos, fementido,
con que mi pecho heriste? Dí, ¿son éstas
las caricias, las tiernas inquietudes,
los juramentos de constancia eterna?
A los sañudos vientos entregaste
tu amor, tu fe, mi honor y tus promesas;
y el fuego inextinguible que me abrasa
para mayor pesar solo me dejas.

Vuelve, adorado fugitivo mío,
vuelve a mi seno, y en mi rostro sella
con tus amados labios; la más dulce,
la más felice unión que el amor cuenta.
Vuelve donde mi boca enajenada
el blando beso del perdón te ofrezca;
vuelve a mis tiernos brazos; mas no esperes
escaparte otra vez de su cadena;
que no tan firme y tan tenaz abraza
al olmo ingrato enamorada yedra,
como la amante y cariñosa Dido
rodeará de su imagen tu existencia.
¿Por qué a la saña del furioso viento,
y al mar instable, tu destino entregas?
¿Por qué, simple, a la voz de mis suspiros
el estruendo prefieres de la guerra?
Si por orden del hado nuevos reinos
en esa Italia incógnita te esperan,
¿qué reino más feliz que el de mi pecho?
Aquí entre halagos, glorias y ternezas,
gozarás venturoso mis afectos
sumidos a la ley de tu obediencia,
sin que jamás tu apetecido imperio
halle rebeldes, ni rivales tema.
Y si Jove feroz, quizá envidioso
de nuestras dichas, navegar te ordena,
¿cuál es más fuerte dios, Cupido o Jove?
Tal vez el niño sus arpones prueba
en el augusto padre de los dioses,

y el rayo ardiente y su poder desprecia.
Sigue, sigue de amor la ley benigna
que en las almas grabó Naturaleza;
nos manda hacer felices, ser felices;
y deja la ambición, la sed sangrienta
del mando, y el furor del poderío
a los monstruos que ignoran la terneza.
Si de la dulce Venus eres hijo,
si sangre del amor arde en tus venas,
y no en el pecho de una tigre hircana
probaste de los tigres la fiereza;
por la diosa del mar que vas surcando,
y por la llama plácida y funesta
que te abrasó cuando feliz fué Dido,
y que en mi corazón ardiendo queda,
vuelve a enjugar el lloro de una amante,
retracta de su muerte la sentencia,
y esta infeliz, de un alma generosa,
si no merece amor, piedad merezca.
Mas ¡ay!, mientras mi pecho se consume
en inútil clamor, en vanas quejas,
los vientos y los mares, despiadados,
mis voces burlan y mi amante alejan.
Ya cual pequeño punto su tridente
sobre el tendido golfo se ve apenas;
ya con curso veloz va penetrando
del remoto horizonte por las nieblas;
ya a la cansada vista se confunde
del vasto mar en la distancia inmensa;

¡ay!, ya despareció... Triste esperanza,
último bien que al infeliz le resta;
¡ay!, para siempre de mi pecho huiste;
la muerte, ¿será un mal en tantas penas?
Sí, muerte; tus horrores, mi consuelo
y el olvido eternal mi asilo sea.
Y tú, sol que a los golfos del Oriente
a iluminar renaces mi tragedia;
tú, amor que consumaste mi ruina,
dioses todos del cielo y de la tierra;
furias que de los pechos criminales
castigáis la perfidia y la fiereza,
atended hoy de Dido moribunda
el triste fin, la súplica postrera.
Si el traidor a la Italia llegar debe,
y así el sagrado Júpiter lo ordena,
y el decreto inmutable del destino
le guarda el cetro en las ausonias tierras,
por lo menos que sufra acometido
de bárbaras naciones cruda guerra;
que de troyana sangre las campiñas
a donde va a reinar bañadas vea.
Y cuando a condiciones, mal segura,
de una paz vergonzosa se someta,
ni el reino goce, ni la dulce vida,
caiga abatido en la marcial arena,
y quede su cadáver insepulto,
desperdicio a las aves y a las fieras.

Así lo pido, así los altos dioses
esta venganza justa me concedan;
y cuando exhale el último suspiro
el rayo de su cólera, se enciendan.
  Lecho nupcial donde logré felice
de amor correspondido las finezas,
y que un perjuro y cauteloso amante
túmulo funeral quiso que fueras,
vosotras, dulces cuando Dios quería,
tanto como ya amargas, tristes prendas,
recibid esta amante abandonada
que el hado injusto sin piedad condena.
El hilo de mi vida va a cortarse;
terminó mi fortuna su carrera,
y el alma noble de la grande Elisa
las ondas del olvido busca inquieta.
Fundé una gran ciudad; vi sus murallas
elevarse gloriosas y soberbias;
castigué audaz a mi enemigo hermano,
¡feliz, feliz mil veces si no hubieran
los bajeles del pérfido troyano
jamás tocado en la troyana tierra!
Y ¿morirás, Elisa, sin vengarte?
Sí, muramos; el hado así lo ordena;
de cualquier modo, de la tumba fría
el quieto asilo aceptaré contenta.
Mi despiadado amante, desde el golfo,
el humo observe de la infausta hoguera,

y el acerbo presagio de mi muerte
lleve consigo a la Saturnia arena.
Esta espada que el pérfido no en vano
junto al lecho nupcial dejó por prenda,
quizá para mostrar cuál es el premio
que un fementido a la piedad reserva,
mi sangre verterá; mi amada hermana
hará a mis restos fúnebres exequias;
el llanto de Cartago y de los tirios
honrará mi memoria lastimera;
y mientras a los pechos femeniles
el crudo amor lanzare sus centellas,
mientras hubiere aleves y engañadas,
Dido será entre todas la primera,
y a su terrible y dolorosa historia
tributarán sin fin lágrimas tiernas.
Y no, perjuro, idolatrado pecho
armado de impiedad, no; nunca temas
que esta infelice víctima del hado
ni aun al postrer momento te aborrezca.
El pecho que te amó conserva fija
hasta morir tu imagen halagüeña;
y más allá de la implacable muerte
será en la tumba mi constancia eterna.
Yo, que por ti he vivido, por ti ahora
quiere el amor que desgraciada muera;
mas sólo con tu nombre endulza el labio
del corazón las ansias más acerbas.
Tuya soy, tuya he sido, tuyas fueron

mis glorias, mis placeres y mis penas,
desde el fatal momento que en tus brazos
aprendí a disfrutar de la existencia,
y el último suspiro de mi vida
será también para el ingrato Eneas.

LA ESCUELA DE LOS REYES

O

CARLOS IX

Tragedia de Chenier, traducida al castellano

PERSONAS

EL CANCILLER LOPITAL.
EL ALMIRANTE COLIGNY.
EL REY DE NAVARRA.
LA REINA CATALINA DE MÉDICIS.
EL DUQUE DE GUISA.
CARLOS IX, REY DE FRANCIA.
EL CARDENAL DE LORENA.
GUARDIAS.
CONJURADOS.

La escena en París, en el palacio del Rey.

ACTO I

ESCENA PRIMERA

ALMIRANTE, CANCILLER.

ALMIR. Ilustre Canciller, a quien debemos
la amable paz, de quien la patria espera,
después de tantos males y desastres,
el dulce porvenir, que la consuela.
El Estado y la patria te reclaman:
oráculo veraz quieren que seas,
que rompa ante el altar de la justicia
el negro pabellón de infanda guerra.
Ya el palacio y la corte, de Himeneo
los venturosos cánticos resuena,
que los Borbones con la regia estirpe
de los Valois enlaza. Augusta prenda
de paz la amada y bella Margarita,
y Henrique, honor y gloria de las selvas
que cubren el altivo Pirineo,
unen sus almas en coyunda estrecha;
amor dichoso, que expiará propicio
de tanta sangre la manchada tierra.

Nadie puede a la pública alegría
cerrar su corazón, sino el que tema
que los funestos Guisas de la tumba
van a abrir otra vez la infausta puerta.
No es vano este temor: un venal cri-
[men
ha cometido Morevel, ya empieza
la asechanza homicida, ya se compra
en el seno del Louvre mi cabeza.
Velemos; que no hay freno a sus fu-
[rores,
ya mil veces ha dicho la experiencia;
y si en el templo augusto de las leyes
te han dado presidir la voz sincera
de un pueblo, que te estima, obede-
[cieron;
quizá al abismo arrebatarnos quieran,
cubriendo con el nombre esclarecido
de Lopital su pérfida violencia.

CANC. Injusto es el temor si entre los gozos
de la paz general tu vida acechan;
tiemble el traidor... pero quizá te en-
[gañas:
ellos también vuestra lealtad sospe-
[chan.
No pretendo excusarlos: de un rey jo-
el espíritu débil señorean; [ven
pero en aqueste siglo de furores
no hay, no, francés, que criminal no sea.

Los deberes del trono y los derechos
sacrosantos del pueblo, en densa niebla
yacen oscurecidos. Sí; yo he visto
enlutado el palacio, la suprema
majestad de los reyes profanada;
he visto orgullo, insensatez, licencia,
no libertad; los héroes más ilustres
o adulan a su rey con vil bajeza,
o se arman contra él; los más ilustres
he dicho; Coligny testigo sea.

ALMIR. ¿Qué pudimos hacer? El cruel destino,
traición, calamidad sólo presenta
para elegir en tan horrendos días,
seguí el torrente, que a la Francia en-
iba a precipitar en el abismo. [tera
Aun es tiempo; lancemos a otras tierras
su funesto raudal; esos guerreros
que han reteñido la homicida diestra
en sangre de sus mismos ciudadanos,
a la Bélgica vuelen y allí adquieran
venganza y gloria; del feroz Felipe,
nuestro enemigo eterno, allí sometan
las huestes harto tiempo vencedoras.

CANC. ¡Venganza triste y ambición funesta!
Como yo, amas la patria; mas permite,
si tú soldado eres, que yo atienda
a llenar el deber de un magistrado.
¿Qué bienes dió jamás la cruda gue-
[rra?

¿Qué son esos laureles sanguinarios,
esa gloria homicida, que recrea
de un déspota feroz el duro pecho?
¡Ah!, ¡lejos de nosotros la fiereza!
Pero mil veces más la infernal hacha
de discordia civil, que horrible quema
el vínculo social, y entre ruinas
de sangre ciudadana se alimenta.
Si es fuerza pelear, si entre los males
la elección a la Francia sólo queda,
el menor elijamos; los guerreros
que enfierezca el amor de la pelea,
si de la humana sangre están sedientos,
vuelvan a derramarla en las fronteras.

ALMIR. Aquí viene Borbón, y en su semblante,
de algún grave pesar se ven las señas.

ESCENA SEGUNDA

CANCILLER, ALMIRANTE, REY DE NAVARRA.

ALMIR. ¿Y piensas, que tu llanto, ¡ay, hijo mío!,
hacer podrá, que la tumba vuelva
a tus brazos la adorada madre?
¿Por qué, di, tus dolores alimentas
con inútiles lágrimas?

REY N. Mi pecho
memoria tan fatal siempre conserva.

Mas aprendí a vencerme... Otra es la [causa,
que en todas partes ora me atormenta.

ALMIR. Y ¿cuál es?

REY N. Un horror.

ALMIR. ¿De qué?

REY N. Ayer tarde,
con Guisa y Alenzon, horas enteras
divertí en esos juegos infantiles,
en que agitados de esperanzas necias
consumen los ociosos cortesanos
sin hallar, el placer, tiempo y herencias.
Tres veces, a pesar del valor mío,
un agüero funesto me amedrenta:
tres veces vi, que el dado, en sangre [tinto,
de púrpura fatal manchó la mesa,
y aun no [es] esto lo más. Cuando la [noche
convida al mundo a la quietud serena,
imágenes sombrías de traiciones
a mi asombrada vista se presentan.
Muerto a tu hermano con atroz veneno;
mi madre descendiendo a las tinieblas
del túmulo, quizá por igual crimen:
nuestras victorias lamentables: llena
de sangre y luto la infelice Francia:
Los tristes campos, do mordió la tierra
el valiente Condé: la vil perfidia

triunfante, la ambición de los Lorenas,
en fin, cuantos horrores y delitos
la discordia parió, todos me cercan.
Yo vi a nuestros amigos valerosos,
víctimas de unas paces fraudulentas,
proscritos, perseguidos, y en los muros
de Varrí degollados sin defensa,
acusar a los hombres, y a los cielos
por crueldad tan inútil... No repren-
ilustre Canciller, estos temores. [das,
¡Oh, Dios de las piedades! que no sean
precursores de nuevos infortunios,
que a la mísera Francia se le aprestan.

CANC. Está oculto a la vista de los hombres
el fatal porvenir. Señor, no creas
agüeros engañosos. Aunque el cielo
el insondable abismo nos abriera
de la futura edad, ¿quién de sus som-
la verdad santa dirigir pudiera? [bras
No imitarás, Henrique, yo lo espero,
a aquellos soberanos que se aterran
con la superstición; al trono excelso
con débil mano y trémula la elevan,
y por el vil temor de un vano sueño
de un imperio feliz la suerte arriesgan.

REY N. Bien dices, Canciller: el pecho mío
puede herir la ilusión, no la sospecha.

ALMIR. Yo temo, sí, que al tiempo, que ha pa-
los venideros días se parezcan. [sado,

Tras la jurada paz un homicidio...
De los contrarios el poder... ¡Ah!, deja
de asegurarme: temo noche y día,
en el campo, en la Corte.

REY N. ¡Cuán diversa
de esta mansión es la feliz morada,
donde gocé la edad de la inocencia!
¡Cuánto debo a los hombres respeta-
[bles
que abrieron ante mí la hermosa senda
de las virtudes varoniles! Yacen
los hijos de los reyes en perpetua
adulación dormidos; vil incienso
hasta en la misma cuna les dispensan,
y un fanático vil y un lisonjero
el arte de ver hombres les enseñan.
Los que mi tierna infancia rodeaban,
no mis sirvientes, mis amigos eran.
Ya sufriendo el calor del fiero estío,
o las nieves de enero, por las sierras
escarpadas trepábamos briosos,
así ensayando de la dura guerra
el penoso ejercicio. Militando,
ya en juvenil edad en las banderas
tuyas y de Condé, sucedí a un tiempo
a mi padre en el trono y las peleas.
Defendí los derechos de la patria:
conocí el infortunio, que es la escuela
de magnánimos reyes. Ya a mis ojos

muy diversos objetos se presentan.
El lujo de un palacio, la molicie
de impudentes guerreros, una reina,
a quien el rey, esclavo de mujeres,
el cetro del poder débil entrega,
la vil docilidad del cortesano,
sus vicios disfrazados con destreza;
su interesada sumisión, sus odios
y su perfidia atroz... ¡Quién me volviera
a la virtud sencilla de los montes,
a mis rústicos juegos! o a la fiera
profesión de las armas que otro tiempo
bajo tu mando mis delicias era,
cuando a la sombra del laurel ganado
mi juventud gocé!

CANC. La reina llega.

ALMIR. Los Guisas la acompañan.

ESCENA TERCERA

CANCILLER, ALMIRANTE, REY DE NAVARRA, REINA, CARDENAL DE LORENA, DUQUE DE GUISA, CORTESANOS, PAJES, GUARDIAS.

REINA. ¡Cuánto estimo,
Almirante, tu celo y asistencia!
Vienes, pues, a rendir tus homenajes
al Rey.

ALMIR. Aquí el momento en que ya pueda
ser admitido, espero, gran señora.

REINA. No tardará. Ya está con impaciencia
de verte. Los cuidados del gobierno
a tu prudencia confiar desea.
Y tú, de los franceses y la patria,
el ángel tutelar quiere que seas,
¡oh Canciller!, y tu virtud le ilustre
del peligroso mando en la ardua senda.
Tú, Borbón generoso, pues el cielo
el más alto destino te reserva,
ven también a sus brazos; que mi hijo
como al héroe mayor te quiere y precia
que tiene en sus ejércitos la Francia.
Amale: sé su hermano: que las teas
del himeneo y de la paz hoy ardan.
Cubra perpetuo olvido las ofensas
y cubra los delitos. Este día,
para el amor y las delicias sea.
Tú, noble Canciller, la patria adoras;
hoy la tranquilidad renace en ella;
y al verla coronada de venturas
será de tu virtud la recompensa.
Venid.

ESCENA CUARTA

CARDENAL, DUQUE.

CARD. Tú, ¿no los sigues?
DUQUE. ¿Yo vería
a un rival preferido? ¿a quien le en-
[tregan
de la princesa la anhelada mano?
¿Yo ver los protestantes que le cercan?
¡Oh, baldón!; mas en fin, de la ven-
[ganza
las suspiradas horas se aceleran.
¡Hoy morirán!
CARD. Con especioso velo
del bien común el encubrir es fuerza
vuestros altos designios; ya me dicen,
que Carlos, indeciso, titubea.
Mas la reina confiere con nosotros;
Carlos no reina ya... la Francia es
[nuestra.
El vacilante cetro ya en tus manos
casi lo miro; si la suerte adversa
de nuestro padre la gloriosa vida
terminó entre las palabras macilentas
de la infausta victoria, tú quedaste
en su ambición y en su valor le heredas.
Imítale en las artes populares:
humíllate y domina. El que desea

reinar, es fuerza que complazca al [vulgo,
no basta que lo admiren. Con risueña
faz y apacible rostro oculta siempre
la altivez de la sangre de Lorena.

DUQUE. Nada hay ya que temer. Los cortesa-
lisonjeros, venales, la defensa [nos,
serán de mi poder; yo compadezco
a Carlos y no temo de la Reina
los artificios con que al rey domina.
Al Canciller, tú lo elevaste.

CARD. Piensa,
que tu virtud es inflexible.

DUQUE. Al menos
no será peligrosa. Quien me aterra
solamente es Borbón. Él me aborrece;
mas su noble candor, la gloria excelsa,
en sangrientos combates adquirida,
a estimarle me obligan. Su presencia
con profundo terror mi pecho agita,
te lo repito. Si a un mortal pudiera
temer, a Henrique sólo temería,
puesto entre mi ambición y la diade-
Dejemos ese vulgo despreciable, [ma.
eco vil de las fábulas que inventa;
ya me injurie o me aplauda, no hará [nadie
que a mendigar su amor Guisa des- [cienda.

Dios mismo a grandes cosas me ha [llamado;
a los héroes ultraja la indulgencia.
Para mandar nací: la Francia humilde
bese mis pies postrada, y obedezca;
y a pesar de su estólida arrogancia,
conozca el vulgo la distancia inmensa
que de mí le separa... Que mi gloria
la deslumbre. Tal vez dichoso sea,
si una mirada afable le dispenso...
mas bese siempre el polvo de la tierra.
¿Yo buscar su favor? ¿Y el nombre [ilustre
vender de Guisa a la amistad plebeya?
¿Yo engañar? ¿Yo humillarme? ¿Yo [abatirme,
cuando no basta el trono a mi so- [berbia?

CARD. Yo censuro tu orgullo; mas lo aplaudo.
La sublime ambición de nuestra ex- [celsa
familia admiro en él; será felice
la Francia, si a tus leyes se sujeta.
Mas, sin embargo, tus virtudes mismas,
tu valor y tu ingénita franqueza
pueden serte nocivas... Sube al trono,
mas sin que nadie tus designios sepa;
si los conocen, ¡ay de ti! En la Francia
las ilusiones frívolas gobiernan;

sin interés ni objeto se dirige
do el fanatismo pérfido la lleva.
¿Qué importa exterminar los hugono-
[tes?
Es menester la autoridad suprema
a los Valois arrancar, y luego
a Borbón y Condé cerrar la senda.
Herejes son y al trono no hay derecho
en el hijo arrojado de la Iglesia;
así lo quiere la ignorancia antigua.
Proclamemos sus máximas. ¿Qué ne-
[cia
timidez ha impedido que esta noche,
ya consagrada a la venganza acerba,
la sangre de los príncipes no corra?
No; no se atreve a tanto horror la reina.
Son los dos deudos suyos, y son hijos
de San Luis. Nuestra ambición san-
[grienta
otro momento espere en que tengamos
ellos menos temor y yo más fuerza.
Hablaré al Canciller porque no olvide
que fuí su protector. Su virtud ciega
a nuestros enemigos favorece,
y dudoso vacila. Carlos tiembla.
Vamos a consultar nuestros parciales,
y del sacro puñal a armar sus diestras.

ACTO II

ESCENA PRIMERA

REY, REINA.

REINA. Hijo, es fuerza que mueran.
REY. ¡En el seno
de la paz degollarlos!
REINA. ¿Y tú crees
que la paz es sincera?
REY. Suspendamos,
madre, el golpe fatal.
REINA. No hay medio. Hiere,
y hiere en esta noche.
REY. ¡Todo un pueblo!
REINA. ¿Quieres reinar o no?
REY. Quiero ser siempre
piadoso.
REINA. Tú lo habías consentido.
REY. Me ensayaba a ser tigre. Mas soy débil,
cuando se acerca el horroroso instante;
mas ¿por qué anticiparlo? ¿Por qué [temes?

Aunque es la paz dudosa, aunque la ira
y la ambición sañuda se rebelan,
si el hugonote pérfido conspira,
¿no tengo amigos yo que me son fieles?
No podré...

REINA. ¡Un Rey amigos! Ve y estudia
los infaustos anales de las gentes.
Verás allí al favor encadenados,
prontos a la traición, hombres infieles,
vender su rey, si el interés lo manda.
¿Te olvidas de Borbón? De gloria y
[bienes
tu abuelo le colmó; y él fementido,
ingrato y desleal, hollando aleve
lo que a su sangre y a su rey debía,
voló a mandar las enemigas huestes,
feroz, logrando de vencer su patria
el execrable honor. Son como éste
todos los cortesanos. El que ahora
te venga, podrá ser que te amedrente
en otro tiempo. Tú eres joven. Nada
del protestante fíes; te aborrecen...
Y ¿tú reinas?

REY. ¿Por qué no has permitido,
oh, madre, castigarlos noblemente?
Dos veces en su sangre se ha bañado
mi hermano Henrique. Vencedor dos
[veces,
en el campo de Marte se corona

del heroico laurel la altiva frente,
mientras a indignos juegos me con-
[denas.
¡Ah!, sólo a Henrique amas; en él tiene
la Francia, que lo adora, cierto asilo
en los grandes peligros. Yo, impaciente,
sólo admirarle puedo; acaso un día
vendrá a obligarme a obedecer sus
[leyes.
¿Y tú dices que reino? ¿Y yo heredero
de tanta gloria y tan heroicos reyes
en ocio vil inerte me consumo?
¿Por qué no has permitido que yo
la lid y el triunfo? [viese

REINA. Yo perdonaría
esa envidia al hermano, a quien su-
[cedes,
que mis consejos despreciaba. Carlos,
tú solo, tú mi corazón posees.
Henrique, hijo segundo de la Francia,
sólo aspira al honor de defenderte;
es verdad que al combate y los peligros
volaban tus gloriosos ascendientes;
mas no son las virtudes de un soldado
propias de un rey; más grande y exce-
[lente
es que los triunfos del sangriento Marte
la ciencia del gobierno... ¡Oh, si pudiese
enseñártela yo, de León sobrina

y de Médicis hija! En mí precede
de mi familia el genio dominante.
Ya la Francia me vió de los rebeldes
o permitir o castigar la audacia;
hacerme de su parte, prometerles
honores, dignidades, y en un punto
de su efímera gloria los laureles
destrozar con mis manos; la lisonja,
la astucia y el engaño fueron siempre
mis artes; yo imperé por la discordia...
Cuando los hugonotes insolentes,
a descontentos príncipes se unieron,
los Guisas elevé para que fueren
la defensa del trono. Mas la guerra
aumentó su poder; tu infancia débil
dueños casi los vió de tu palacio.
Hice la paz entonces, y me ofrece
el enemigo mismo apoyo firme.
Ambicioso Condé comprarme cree
y yo le engaño y triunfo; ya a la tumba
bajaron Guisa, el grande Montmorency,
columnas del temible triunvirato;
todo a mi astucia, o a mi fuerza cede;
Mas aun quedan de tantas sediciones
partidarios sagaces y valientes...
¡Que caigan!... Coligny, si no lo impides,
dueño será del trono y de tu suerte.

REY. ¿Quién? ¿Él?

REINA. Sí, Carlos, sí, mi amado hijo.

No hay tiempo que perder. ¿Viste al
[aleve
con qué libre desdén, con qué osadía
te impone en sus consejos duras leyes,
e intenta separarte de tu madre?
Engañe a los estúpidos franceses
su fingida virtud, no a mí. Yo veo
cuál es su objeto y sus designios.
[Quiere
que, acostumbrado a su dominio el
[pueblo,
de ti y de mí se olvide.

REY. Bien adviertes...
Pero...

ESCENA SEGUNDA

REY, REINA, CARDENAL.

REINA. Ven, Cardenal, que a tiempo llegas:
no ignoras que el decreto de la muerte
se fulminó contra el partido opuesto,
cuando se hizo la paz. La sangre aleve
debe correr del Soma al Pirineo.
¡Vano proyecto y votos impotentes!
Carlos teme reinar. Carlos querría
los males acabar y no se atreve.

CARD. ¿Y a la voz del Eterno tú te opones?

REY. Si el cielo en su rigor así lo quiere,
Aquel por quien yo tengo vida y cetro
me encontrará sumiso y obediente.
Mas no puedo entender, cómo el Dios [sumo
piadoso y justiciero, Rey de Reyes,
pueda ordenar el fraude y la matanza,
y que a la sombra de la paz se anegue
todo un reino en la sangre de sus hijos
que, enfurecido, su monarca vierte.
Tú, de Dios sacerdote, tú me instruyes.

CARD. Oye el secreto santo.

REY. A obedecerle
estoy pronto.

CARD. El Señor de las bondades
tal vez ser Dios de las venganzas suele.
Testigo el Sinaí, donde inmolaron
los levitas fogosos e inclementes
sus hermanos idólatras... y el cielo,
ya aplacado, con sangre favorece
a los últimos nietos de sus hijos.
A la voz de Moisés, la voz sucede
hoy de la iglesia santa. Tú su hijo,
cristianísimo Rey, su voz doliente.
¿No escucharás ni el celo de tus padres?
Venga a tu madre sacrosanta. Hiere;
no esperes a en que un día, destrozado
su seno, ante el Señor de ti se queje,
de tu indigna piedad, y tú, arrojado

del trono augusto, a sus contrarios [dejes
el derecho cruel de atormentarla
y destrozar la Francia impunemente.

REY. ¡Ah!, lejos de mi pecho esa memoria.
Ya, Dios terrible, oigo tu voz: la [muerte,
la destrucción al pérfido hugonote...
Mas cuando al cielo y a la iglesia ven- [gue,
¿mi vida y mi diadema están seguras?

REINA. Entonces lo estarán.

REY. Tu hijo promete,
oh, madre, su ruina; mas, ya sea
flaqueza, ya prudencia, ¿no se puede
otro medio adoptar menos horrible?
Ordenes rigurosas hay recientes
de mi abuelo y mi padre contra aque- [llos
que a la nueva reforma se adhiriesen;
yo pensé renovarlas: que el Consejo
las adoptara.

CARD. Sí, que se renueven,
mas después de vengados. Sin em- [bargo,
preparemos los ánimos, que a veces
la excesiva clemencia es sospechosa.
Arte y prudencia. Que ninguno llegue
tu arcano a penetrar. La Corte misma

lo ignora; que lo ignoren nuestras [huestes,
hasta que el sol se oculte en el ocaso;
que ignore Coligny su fatal suerte.

REY. Nada temas; mi pecho enfierecido
engañarle sabrá, pues le aborrece.
Él quiere hablarme.

REINA. Sí, sobre proyectos
gloriosos e importantes. Nada debes
negarle. Pues que nada has de cum- [plirle,
que en esperanzas pérfidas se cebe,
que no sospeche el fraudulento lazo
que ya se le prepara. Mas él viene.
Yo me retiro.

ESCENA TERCERA

REY, ALMIRANTE.

REY. En fin, Coligny amado,
ya a ser apoyo de mi trono vuelves.
Acércate, ¡oh, mi padre!, que este nom- [bre
a tu nobleza y tu valor se debe.

ALMIR. ¡Oh, mi adorado Rey! ¡Oh, dueño mío!

REY. Yo me impongo la ley de escuchar [siempre

y seguir tus consejos; soy tu amigo:
mi eterna confianza tú posees.

ALMIR. Yo sabré merecerla. Peleemos,
señor, pero movamos nuestras huestes
contra Felipe, a quien el mundo entero
con mortales rencores aborrece.
¿Por qué ha de ser feliz? Carlos, su hijo,
que descendió a las sombras de la [muerte
en su temprana edad, clama venganza.
Y ¿no lo escucha nadie?, ¿no hay [quien vengue
a tu infelice hermano? El inhumano
espera nuevos crímenes; prevé
el momento fatal, en que la Francia
de sangre humana a su placer se ane- [gue,
y exhausta y moribunda se le humille.
Castiga a ese tirano. Tus valientes
yo guiaré a la victoria y la venganza.
Y si tan grande honor no me concedes,
a lo menos, señor, en esta guerra
los cortesanos pérfidos no emplees,
ni a esos Guisas autores de discordia.
Borbón, el gran Borbón, sólo es quien [puede;
tu hermano ya y tu amigo y héroe [invicto,

que en prudencia y valor ya nos [excede,
a sus maestros, fulminar el rayo
que las campiñas bélgicas asuele.
Yo, a pesar de la edad, tumba gloriosa
hallaré en la frontera del Pirene,
o vengaré los hierros de Francisco
y de Isabela la temprana muerte.

REY. ¿Y bastarán, amigo, nuestras armas
contra tan poderosos combatientes
como opondrán España y el Imperio?
De la Alemania el soberano jefe,
amigo suyo...

ALMIR. No: se dividieron
de uno y otro poder los intereses
desde que Carlos V dió a su hermano
el cetro del Imperio; no receles,
Felipe, no, el amor de sus vasallos,
sino soldados mercenarios tiene
para defensa suya, y si de Roma
las armas siempre amigas le guarecen,
no será nuestro juez el Vaticano.
Hubo un tiempo feliz, en que valientes
nuestros guerreros sobre el Pó y el [Tíber
cogieron de la gloria los laureles.
¿Quién quita renovarlo?

REY. Yo me rindo
a ese ardor que mi espíritu conmueve.

Ve, gloria de la Francia, ve y humilla
al enemigo fiero; ve y enciende
la antorcha de la guerra en sus fron-
[teras;
mande también nuestra invencible
[gente
el gran Borbón; de tales campeones
tiemble la España, y su tirano tiemble.

ALMIR. Sí, pero sus proyectos atrevidos
debemos imitar para vencerle.
Las artes y el comercio le dispensan
inexhausta riqueza; el continente,
que el valor castellano ha descubierto,
ya nos prepara triunfos y laureles.
La industria de los nobles, despreciada,
alma será del mundo; ya el tridente
de Neptuno es el cetro de la tierra.
Nueva necesidad, nuevos placeres
unirán con los lazos del comercio
al que del Indo, al que del Sena bebe.
Ya el pensamiento audaz se multi-
[plica
y vive eterna edad; la humana suerte
que el fanatismo subyugó, ya duda;
dejemos a otro siglo que complete
las obras de la luz. Llegará un día
en que la Francia, libre de vaivenes,
guerra y superstición, modelo sea,
que ansiosas seguirán todas las gentes.

REY. Ese es el grande, el verdadero imperio,
a que aspirar debemos; tus fervientes
votos escuche el cielo, y mi reinado
gloria y felicidad dé a los franceses;
su amor me premiará.

ALMIR. Si su amor buscas,
no dudes, gran monarca, que él te [premie;
jamás manchó mis labios el veneno
de la lisonja; y pues mi Rey no teme
de la verdad el grito, yo me atrevo
a anunciarla sin velo ni dobleces.
Señor, te han engañado; esos edictos...
en sangre de húgonotes tintos siempre,
obra son de impostores fementidos,
y anuncio de un gobierno errado y [débil.
No permitas que abuse un cortesano
del poder con que el cielo te engran- [dece.
Sí, Rey de Francia, y no de los mag- [nates
que con tu nombre oprimen insolentes
un pueblo que te adora. Tú eres suyo;
seguridad, felicidad le debes.
¿Por qué de tí lo apartas? Sus clamores
llegan al cielo, y tú, insensible, duer- [mes?
Recuerda de tu amado bisabuelo

el renombre inmortal: ¡cuán dulce- [mente
Padre del pueblo le llamó la Patria!
Recuerda el árbol sacro de Vicennes,
donde el Santo Luis, sin esa pompa,
que separa a los pueblos de los reyes,
paz y justicia administró a sus hijos.

REY. Su ejemplo y su virtud tendré presen- [tes.
Ve, Coligny, y a tus amigos dales
de mis designios la noticia alegre.
Tus máximas seguir es mi deseo.

ALMIR. Y es el nuestro morir por defenderte.

ESCENA CUARTA

REY, REINA.

REINA. Conoces ya su plan.

REY. Tú lo aplaudieras
en un vasallo amigo y obediente.

REINA. Fiaros de Coligny?

REY. De nuestra patria
los males acabar, favorecerme,
servirme, es su esperanza.

REINA. O su pretexto.

REY. Su voz anima, su mirada enciende:

no habla así un impostor; pero mi pe-
a amarle se resiste y a creerle. [cho
Desde mi infancia le aborrezco; el celo
que en los Guisas amara, en él me ofen-
[de.
No agrada la verdad si por los labios
de un amigo ante el trono no aparece,
o quizá el cielo con secretos odios
de su perfidia y su traición me ad-
[vierte.

REINA. No lo dudes, y grato corresponde
a su santa influencia. Por él debes
y por ti castigar sus enemigos.
¿No oiste a ese malvado, que se atreve
a denigrar tu corte y tus amigos?

REY. Sí, lo conozco; a todos aborrece.

REINA. Como todos á él.

REY. Pero ama al pueblo.

REINA. No; trata de adularle y corromperle.
Quiere gobernar solo; si le dejas,
la fe de tus abuelos el rebelde
por el suelo echará; después, tu trono.
Es fuerza anticiparse. Carlos, hiere.
Un faccioso es temible; su peligro
le obliga a conspirar, y fácilmente
atrevido subyuga al necio pueblo,
que es dócil y sumiso cuando teme.
Si esta noche te vengas, ya mañana
verás a aquese vulgo inobediente

besar tus pies tranquilo y obsequioso
y adorar tu poder. Ora, prevente
en el Consejo a adormecer sospechas;
que del golpe fatal nada recelen;
el engaño, la astucia, el disimulo
son, Carlos, todo el arte de los reyes.

ACTO III

ESCENA PRIMERA

CARDENAL, CANCILLER.

CARD. Va a reunirse el Consejo, y quiero ha-
[blarte
en nombre de la patria. Ella se explica
por mi voz, y es forzoso que perdones
mi franqueza.

CANC. Señor, es permitida,
por lo menos hablándole a un vasallo.

CARD. Yo aprecio tu virtud. Mas ¿por qué
[olvidas
que es fuerza complacer a los monarcas;
que fuí tu bienhechor; que no era digna
tu humilde cuna del destino excelso,
a que yo te he elevado?

CANC. Tú me admiras;
pero si en nombre de la patria hablas,
a responderte voy por ella misma.
¿Quién debe del gobierno del Estado
aliviar a un monarca las fatigas?

¿Los hombres justos, sabios, virtuosos,
o esa nobleza, al pueblo aborrecida,
temible al trono, de mandar sedienta
y de augusta ascendencia prole indig-
[na?
Yo no aprecio los títulos pomposos
que de virtud dispensan; nunca olvida
la Francia de Luger y de Oliveros
los nombres venerables; su hidalguía
las virtudes contaba y no los timbres.
No creas, no, que Lopital aspira
a colocarse entre tan grandes héroes;
mas si el amor del Rey acaso anima
algunos pechos, con los más leales
de presentarme tengo la osadía,
y tú y la Francia conocerlo deben.

CARD. Todos lo conocemos; mas la envidia,
que acecha las más altas dignidades,
¿acusarte de incauto no podría?
Desde la muerte del segundo Henrique
nada la patria en sangre, y de ruinas,
de destrozos, de crímenes y muertes,
cubre los campos la discordia impía.
Tres veces de la paz el santo asilo
buscamos, y tres veces la homicida
guerra sembró la Francia de infortu-
[nios.
Ya del mal las raíces corrompidas
es forzoso arrancar; mas tus consejos,

tímidos siempre, a treguas fementidas,
a cobardes y viles complacencias,
a uniones imposibles nos convidan.
Yo no la guerra, no el destrozo pido.
Sólo quiero que, libre de las iras
de una facción, se enlacen trono y ara.
Una sola creencia, una fe misma,
sometiendo los pueblos al monarca
su santa autoridad por siempre afirma.
No es lícito a un vasallo que profese
un culto opuesto y religión distinta.
de la que sigue el rey. Esa reforma
de Dios y de la Francia es enemiga.

CANC. Ministro del gran Dios, ¿cuál es tu [intento?
¿Pretendes encender la hoguera impía
que devora la España? Ilustra al hom- [bre,
pero no, intolerante, lo persigas.
Con tu débil razón, tú débil fuerza,
¿vengador del Eterno te apellidas?
Sé benéfico y justo. Estas virtudes
son las primeras que la fe te inspira.
No implores, no, los bárbaros decretos,
que enfierecido el fanatismo dicta.
Es forzoso abolirlos.

CARD. No son esas
del rey las intenciones. Tú medita,
que, cuanto quiere un rey, hacerlo [puede.

CANC. ¡Máxima abominable y homicida!
Si Carlos tus consejos escuchase,
en breve la sañuda tiranía
apoyada en el fiero fanatismo,
al solio de la Francia ascendería.
Súbditos del monarca somos todos;
de la ley, el monarca. Si en sus iras
Un delirante rey el cetro odioso
del despotismo empuña, y aniquila
con su mismo furor la regia fuerza.
¡Ay!, llega al fin de la venganza el día,
y cercano a las sombras de la muerte,
de su conciencia en el horror se abisma.
Mueren, y a su sepulcro los vasallos
rencor eterno y maldición envían;
compara el dulce fin de Luis el santo,
fundador de la ley y la justicia,
con el onceno de su mismo nombre.
De un triste padre aceleró los días;
hijo rebelde y bárbaro monarca,
sólo en la chusma vil se complacía
de esbirros lisonjeros y verdugos.
De sangre la más pura y limpia
inundó el cadahalso: fué temido;
mas la inflexible historia le destina
a ser horror de los futuros siglos,
y su nombre los pueblos abominan.
Benignidad y tiempo solamente
pueden curar de Francia las heridas.

Naturaleza santa sus derechos
recobrará: la agitación maligna
de la superstición, cesara entonces.
Y nacerá una prole que, sumisa
a la ley, libre a un tiempo y obediente,
será de un rey amado la delicia.

CARD. En ese ciego ardor tu orgullo leo.
Magistrado imprudente, a ti te inspira
la ambición de juzgar tus mismos re-
[yes.
No ignoras, Canciller, que, persuadida
de mí la reina, el sello del Estado
te confió. Yo fuí la garantía
de tu celo y lealtad.

CANC. ¿La has engañado?
Servir la patria y rey es mi divisa.
Yo sé cuánto te debo; pero debo
más a la Francia. La discordia impía
se burlaba del freno de las leyes;
yo las sostuve audaz. Mi voz fué oída,
he arrostrado tormentas peligrosas;
mi dignidad y mi deber se cifran,
no en complacer al rey, sino en servirle
súbdito y ciudadano.

CARD. *(Aparte.)* Si me admira
tan severa virtud, no me amedrenta.
El rey llega.

ESCENA SEGUNDA

REY, REINA, CARDENAL, DUQUE, CANCILLER, CONSEJEROS.

REY. Señores, tomad sillas.
De un buen monarca obligación pri-
[mera
es oir sus vasallos. Ya os incita
un rey, que os ama, a dar vuestro con-
[sejo.
No me atendáis a mí; la Monarquía
vuestro primer cuidado siempre sea.
Diez años ha, que ha sido permitida
por un edicto la reforma en Francia.
Mas no cesó la guerra y la ruina,
y ensangrentados frutos recogimos
de paces, que dictaba la perfidia.
¡Ojalá, que el tratado, que hoy firma-
[mos,
menos funesto sea! Margarita,
esposa es de Borbón. Coligny, goza
la gloria y bienes que mi mano amiga
le dispensa; yo olvido los delitos
que cometió la insana rebeldía,
de que le pesa ya. Le restituyo
mi amistad, y la Francia le confía
su suerte. Amo a Condé. Los que me
[aman

no serán sus contrarios. Y a porfía,
yo por ganarlos y ellos por servirme,
la ya jurada unión quedará fija,
mas ya es tiempo que todos mis va-
[sallos
en el regazo de la Iglesia vivan,
y el infiel contra Dios y contra Roma
el cetro probará de mi justicia.

REINA. Restituye, hijo mío, al regio trono
y al sacro altar la majestad perdida.
La paz acabó ya nuestras desgracias;
mas no respeta, no, la muerte esquiva
la diadema real; y muchas veces,
un sucesor, esclavo de la envidia
destruye los proyectos que ilustraron
al que le precedió. Reina y domina
más allá de la tumba en los franceses;
seguros de la paz por siempre vivan,
y en los siglos futuros la fe santa
por ti brille al altar restituída.
Ambición, gratitud o temor sea,
los grandes siguen la creeencia misma
de su Rey; a los grandes sigue el pue-
[blo;
las facciones caerán en sólo un día.
Si el pueblo, seducido por sus jefes,
de Calvino abrazó la secta impía,
él la detestará, cuando el ejemplo
venga de donde vino la ruina;

no esperes que al principio el vulgo [necio
aplauda tus decretos; él se agita,
de los males que sufre se lamenta,
y hasta los beneficios le intimidan;
mas tú, prudente rey, salva tu pueblo
y desprecia su insana gritería.

CARD. El corazón de un rey dirige justa
la mano del altísimo; él te inspira;
véngale. Este es mi voto.

DUQUE. Pues que puedo
hablar con libertad, señor, quería
saber qué nos sirven esas paces
después de tantos males y desdichas.
¿Por qué somos tan débiles? Consume
de tal veneno nuestra patria, impía
la discordia, el amor de novedades
la antorcha funeral doquier agitan,
¡y los rebeldes osan! ¡Ah!, mi hermano
escarmentó dos veces su osadía.
Señor, si tú quisieras, yo conozco
quien a igualarle en la victoria aspira.
Mas tú no quieres completar tu obra,
y acaso te arrepientas algún día.
Domarlos es mejor que convertirlos.

CARD. Castigar la sacrílega perfidia
y aterrar al malvado inobediente
por medio de la ley, es lo que dicta
la razón, no esas guerras peligrosas,

que mezclan la victoria y la ruina,
donde la humana sangre corre en vano.
Al mal extremo, extrema medicina.
El reino dividido es desolado
para extirpar facciones y rencillas;
un día de rigor es más activo
que un siglo de combates. Rey, imita
al Dios del Universo; sé indulgente
y severo también. Hiere y castiga,
mas presenta el perdón. No seas avaro
de justicia y de sangre, si es precisa;
pero no la prodigues: teme siempre
de los afectos la impresión nociva.
Ama siempre y respeta al sacerdocio.
El imperio del trono se deriva
del altar sacro; Roma y nuestra corte,
desde Pipino estrechamente unidas,
creció la gloria y esplendor de Francia.
Muestra tu gratitud; la santa silla,
sus más grandes piedades te reserva,
si tú por ella extirpas la herejía.

REY. ¿Tú, callas?

CANC. Gran señor, yo te suplico...

REY. Organo de la ley, ¿te negarías
a ilustrar tu monarca?

CANC. Pues lo mandas,
yo romperé el silencio. Bien podría
mostrar, que nada Roma nos ha dado,
y que a ella toca el ser agradecida.

Esclava del Imperio, ¿quién la hizo
señora de la Italia? La osadía,
las armas y el valor de Carlo Magno.
A él le ha debido la potencia invicta,
que reyes destruyó y ensalzó reyes;
que al débil Juan sin tierra, ya perdida
de Albión la corona, volvió al trono;
que a siete emperadores lanzó altiva
del Estado y la Iglesia, condenados
a devastar con guerras homicidas
su mismo reino, o a pedir humildes
una paz necesaria, pero indigna.
El gran Carlos de Anjou, príncipe
[nuestro,
que el Vaticano a su venganza incita,
la infeliz noble causa de Suavia
con crueldad ambiciosa sacrifica
al enojo de Roma y nos prepara
las vísperas horrendas de Sicilia.
Un joven débil, única esperanza
de Alemania y de Nápoles delicia,
el bello Conradino, levantando
sus manos al autor de la justicia,
pregunta, cuando sube al cadahalso,
por qué culpa o qué crimen le desti-
[nan
al último suplicio, y convencido
de ser hijo de un rey, el triste expira.
Sangre, atentados, muertes, regicidios

fueron de Roma oprobio, y ella mis-
[ma
dió causa, con furor desenfrenado,
al veneno cruel de la herejía.
La hoguera de constancia se ha apa-
[gado
de Bohemia en las míseras ruinas.
Ni Lutero dejara, ni Calvino
tantas incautas almas pervertidas,
si el rayo asolador del Vaticano
no hubiera del cordero sin mancilla
a la blanda dulzura sucedido.
La santa ley que el Evangelio dicta,
es una ley de paz, no de venganzas;
yo condeno el error y la herejía;
mas condeno también los que el cau-
[terio,
no el apacible bálsamo, le aplican.
En gran parte del pueblo y en tu corte
la venenosa secta está esparcida;
mas aunque rey no puedes constreñir-
[los:
puedes compadecerlos. ¿Quién domina
el corazón del hombre, do no alcanza
ni el cetro injusto, ni la espada impía?
El tiempo destruirá tantos errores;
todo lo cura el tiempo: en él confía:
mas, ¿puedes tú mandar que no se
[engañen

los hombres? A tu edicto correría
toda la Francia al arma y los com-
[bates;
verás campos cubiertos de ruinas,
y en ellos, por la mano de franceses,
franceses degollados; la perfidia,
la venganza implacable. ¿Qué espe-
[ranza
les queda, si esta paz se inutiliza?
Y tú, que la has jurado y concedido,
¿autor de tantos crímenes serías?
Soy ciudadano; bajo cinco reyes
serví, de la razón y la justicia
Francisco y tu ministro me habéis
[visto.
La gloria de la patria yo querría
coronar; yo la adoro; doce lustros
ha que por ella el corazón suspira.
Señor, oye el honor, oye la patria.
Por la equidad, por la verdad divina,
por esa juventud, que te embellece,
aun no con las maldades pervertida,
por este llanto, que mis ojos vierten,
salva la Francia con tu voz benigna;
vuélvela su esplendor, su gloria her-
[mosa,
que no debió jamás llorar perdida.
Tu anciano Canciller por ella implora;
mas si has resuelto a tan funestas iras

dar libre curso, y nada consiguieren
mi lamento y mi pena dolorida,
cómplice no seré, puesto a tus plantas
ese edicto condeno, que sería
tu baldón; no es posible que lo selle.
Si te ofendo, señor, tuya es mi vida.

REY. ¡Yo castigarte! La verdad sagrada
ya con sus bellas luces me ilumina.
Ya mis lágrimas corren, y mi pecho
sentimientos más plácidos dominan.
Sí, yo pude engañarme... me engaña-
[ban.
Quizá... Señora, adiós... Sé tú mi guía.
Lopital, ven conmigo.

ESCENA TERCERA

REINA, DUQUE, CARDENAL.

CARD. Mi cliente
con su ambicioso celo me intimida.

REINA. Nada temas.

CARD. El Rey...

REINA. Se ha conmovido
de un anciano a la voz. Pero no olvida,
que soy su madre.

DUQUE. ¿Y nuestros enemigos?

REINA. Morirán; su sentencia está ya escrita.
DUQUE. Háblale, pues, al Rey; que se resuelva;
sin duda alguna Coligny conspira.
Del trono es enemiga su creencia;
sus parciales, de toda alevosía
son culpables... La Francia pide san-
[gre...
Y ¿Carlos los momentos perdería?
No, no es ya tiempo de que atrás se
[vuelva;
y si una injuria tan atroz medita
para ti y para mí, yo y mis amigos,
sin él, en su palacio y a su vista,
la Francia del peligro salvaremos
a su pesar... Quien te lo jura es Guisa.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

REINA, CARDENAL, DUQUE.

CARD. ¿Tan pronto se mudó?
REINA. Yo entré en su cuarto;
le hallé en nuevos furores encendido;
de mí se queja aún más que de vos-
[otros;
de su amistad y fe sólo es ya digno
el Canciller... Tranquila yo le escucho,
y con ternura maternal le miro;
elogio a Lopital, pero que tema
de su vana elocuencia los prestigios,
que lo hacen sospechoso; nadie habla
con tanto ardor, si no le importa a él
[mismo.
La Francia, que lo amaba, piensa ahora
que es sectario secreto de Calvino...
«¿Quién más que yo te adora? De un
[vasallo
temerse puede el ciego desvarío

que inspira la ambición; mas yo, ¿qué
[espero,
sino el poder y gloria de mi hijo?
Tu esplendor, tu grandeza, soberano,
tus bienes y tus males son los míos.»
Dije, y en su silencio se mostraba
un ánimo a mis voces persuadido.
Lloró; mezclé a sus lágrimas las mías.
Su pecho atormentado tranquilizo,
elogio sus virtudes: de la iglesia,
el vengador glorioso le apellido:
y a seguir nuestro plan determinado
en mis maternos brazos le recibo.

CARD. Mas de un alma tan débil, tan incierta,
¿podrás tú confiar?

REINA. Yo no confío
sino de mi astucia. Mis agentes fieles
la pérfida noticia han esparcido
de que los enemigos han jurado
por mano derramar de un asesino
mi vida y la del rey... Ya habrá llegado
este falso rumor a sus oídos.
Tú verás su furor... Él es extremo...
Por la venganza le guiaré al delito,
y aunque mañana se arrepienta, hoy
[mata.
Mas él llega turbado; el triunfo es mío.

ESCENA SEGUNDA

REY, REINA, CARDENAL, DUQUE, CORTESANOS, GUARDIAS, PAJES.

REY. *(Turbado, sin ver a nadie.)* ¡Asesinar- [me!, esta es la triste suerte
de un rey... ¡Y nos envidian! ¡Cuán [benigno
el cielo mira al venturoso humano
que en su pequeño hogar vive escon- [dido!
(A la Reina.) ¡Oh, madre!... yo en tu [busca..., ¿lo creyeras?
¡Ah!, tú no me engañabas... Del in- [digno
Coligny sabes ya la alevosía?

REINA. Todo lo sé y lo creo.

DUQUE. Prevenidlo.

CARD. Castigadlo.

REY. ¿Y lo dudas? Escarmiento
será de toda Francia su castigo.

REINA. Él llega, oculta tu furor.

REY. ¿Se atreve
a herir mis ojos ese monstruo inicuo?
No; que se aleje.

CARD. Calma tus enojos.

REINA. Venganza y disimulo, amado hijo.

ESCENA TERCERA

REY, REINA, CARDENAL, DUQUE, REY DE NAVARRA, ALMIRANTE, CANCILLER, PROTESTANTES, CORTESANOS, GUARDIAS, PAJES.

ALMIR. Señor, la paz es falsa, si dejando
las armas, se acumulan los peligros.
Tu hermano, el Canciller, mis compa-
[ñeros
en la campaña del honor, venimos
hoy a tus pies, donde tu voz destruya
de fundadas sospechas los indicios...
Nuevos lazos y crímenes horrendos
amenazan.

REY. ¿Qué crímenes? Decidlos.

ALMIR. Una mano alevosa se prepara,
según se dice, a herir de un golpe mis-
[mo
toda la Francia, hiriendo...

REY. ¿A quién?

ALMIR. Tu pecho.

REY. ¿Quién es el criminal?

ALMIR. Labios impíos
esparcen que soy yo... La vil astucia
conoce Coligny de esos indignos;
y si los crees, ¡ay de ti!

REY. ¿Pudiera
yo dar asenso a ese rumor mentido?

ALMIR. No; pero al mismo tiempo me aseguran
que de este horrendo fiero parricidio
me acusan ante ti; que te aconsejan
a anticiparte, y acabar conmigo...
Yo creo esta maldad; conozco el odio
de mis encarnizados enemigos,
y es la herencia de un Rey ser enga-
[ñado.

REY. ¿Y es posible?

ALMIR. Mi vida está en peligro.
Señor, ¿qué es lo que mandas que yo
[espere?

REINA. Esa desconfianza...

ALMIR. Yo confío,
señora, en su palabra: vengo a oirla.

REY N. Al menos, sospechar es permitido.
¿Se ha castigado a Morevel?

REINA. Bien pronto
ese malvado subirá al suplicio.

REY N. Lo ha prometido el Rey.

REINA. ¿De su palabra
dudas?

REY N. De un Rey dudar fuera delito.

REINA. La prenda más segura tú po-ees:
esposo de su hermana, e hijo mío,
sabes que ha de cumplir cuanto ha
[jurado.

REY N. Por esos dulces nombres te suplico,
señor, que protegiendo con tu cetro
a un súbdito temible y sometido,
mires sus enemigos como tuyos.
Grande es el Rey que al crimen da
[castigo;
mayor el que defiende la inocencia.

REY. Ya Coligny venció sus enemigos,
ya sus consejos en mi pecho viven.
¿Temerá él a su Rey?

ALMIR. No: seducirlo
pueden; los seductores sólo temo.

REINA. El Canciller conoce de mi hijo
los sentimientos; de esa vil sospecha
pudo tu pecho libertar—más digo—
debió hacerlo.

CANC. Y lo hice, gran señora.

ALMIR. En la real palabra sólo fío,
que es de su voluntad sacra fianza.
Con ella sólo de temores libro
mi acongojado pecho.

REINA. Carlos, habla.

REY. *(Mirando siempre a la Reina.)* No eres
[tú de tu Rey el asesino,
antes bien, la defensa... Si otro tiempo
de la celeste cólera ministro
contra la Francia armaste los france-
[ses,
doy los antiguos males al olvido;

nada debes temer y nada teme...
Yo, bajo mi palabra, te lo afirmo.

ALMIR. *(A los Guisas.)* Señores, lo escucháis;
[ya oponer puedo
el amor de mi Rey a mis impíos
perseguidores; su furor desprecio.

DUQUE. Ya es tiempo de acabar con ese in-
[digno,
ese eterno temor.

ALMIR. Temo en palacio,
no en el combate. Tú, no habías na-
[cido,
y ya mi nombre en alas de la fama
volaba.

DUQUE. La sospecha siempre ha sido
propia de un pecho tímido.

ALMIR. Eres joven;
quien vive entre perversos, los peligros
debe temer.

DUQUE. Yo sólo hasta ahora veo
un traidor.

ALMIR. Yo veo dos... Mi pecho herido *(mues-
tra su herida)*
no consumó su pérfida venganza.

DUQUE. La Francia y su Monarca vengar quiso
quien lo hirió.

REY. Calla, Duque.

ALMIR. Sí, su brazo
fué por manos inicuas dirigido.

DUQUE. ¿Por cuáles?
ALMIR. Tú pudieras declararlo.
DUQUE. ¿Quién fué?
ALMIR. Tú.
DUQUE. No lo hice; mas te digo
que debí hacerlo.
REY N. ¿Cómo?
DUQUE. Sí, debía
castigar de mi padre al asesino.
Adiós... *(A la Reina, aparte.)* Vuelo a
[vengaros.

ESCENA CUARTA

REY, REINA, CARDENAL, REY DE NAVARRA, ALMIRANTE, CANCILLER, PROTESTANTES, CORTESANOS, GUARDIAS, PAJES.

ALMIR. ¡Cuán osado
amenaza mis días ese altivo!
REINA. Es ambicioso; su insolencia fiera,
que hoy es fuerza sufrir, mañana fío
que calmará; de tus contrarios pronto
no tendrás que quejarte.
ALMIR. Te suplico,
señor, que me perdones esta amarga
desconfianza, fruto mal nacido

de la edad y experiencia... No a mis [voces
cierres, ¡oh, Rey amado!, los oídos...
Por la postrera vez ¡ay! me parece
que voy a hablarte. Teme los peligros
que circundan tu trono, que a su lado
sacerdotes sacrílegos he visto
y guerreros perversos. Aprovecha
estos breves instantes que benigno
hoy te concede el cielo, que mañana
quizá de remediarlo no habrá arbitrio.

CARD. Conozco tu rencor. Un sacerdote
debe compadecerte en tu delirio
y perdonarte.

ALMIR. ¿Tu perdón?, ¿te atreves
así a injuriarme?... Tú invocaste im- [pío
el acero y las llamas contra un pueblo
que justicia pidió; tú has exigido
el patíbulo infame; la pesquisa
del tribunal más fiero y más inicuo
llenó por ti de lágrimas y sangre
nuestra infeliz nación... Yo tus delitos
no puedo perdonar... Señor, yo quise
salvar tu reino, pero no hay arbitrio:
todo conspira a su fatal ruina.
Teme una corte pérfida; advertido,
esa familia teme, que al Estado
y al trono augusto tan funesta ha sido.

Si siguen a tu lado, tú y la Francia
rodaréis de la nada al triste abismo.

ESCENA QUINTA

REY, REINA, CARDENAL, CORTESANOS,
GUARDIAS, PAJES.

REINA. ¿Conoces su soberbia?
CARD. ¿Y habrá pena
que alcance a castigar a ese atrevido?
REY. ¡Y su pecho inhumano libre alienta,
y del remordimiento el dardo esquivo
no siente!
REINA. Morirá; su impía sangre
expiará de una vez tantos delitos.
Ya llegan nuestros fuertes defensores.

ESCENA SEXTA

REY, REINA, CARDENAL, DUQUE, CORTESANOS,
GUARDIAS, PAJES.

REINA. Guerreros, acercaos: venid, amigos,
contra una secta odiosa conjurados,
depositarios del furor divino,

castigad al rebelde; los traidores
el trono que adoráis huellan impíos.
Ya en vuestros rostros la impaciencia
[brilla;
ya se tarda el momento del castigo;
para vuestros deseos, ya la noche
tiende sobre la tierra el velo umbrío.
Llegó el instante; herid; de un Rey
[vengado
gratitud esperad y beneficios.

DUQUE. Todos aspiraremos a ese premio;
y del duro metal el bronce herido
apenas suene en el cercano templo,
la muerte volará por el recinto
de París. Esta noche tan gloriosa
quisiera eternizar mi nombre invicto,
inmolando yo solo los rebeldes.
Mas, por lo menos, de la empresa
[dignos
mis compañeros son. ¡Rencor y odio
y eterna maldición a los proscritos!
¡Y muerte!...

REY. La piedad por largo tiempo
mi débil corazón tuvo indeciso.
El sueño y la vigilia me ofrecían
la infausta imagen del fatal designio...
No temáis... Lo juré... Si a la perfidia
oponer la perfidia es ya preciso,
si el cielo vengador así lo ordena

y él los arrastra al funeral abismo,
la suerte está ya echada. A la venganza
volad; herid.
(La campana da tres golpes muy despacio.)
¡Ay cielos!, qué sonido.
¡Oh, madre!

DUQUE. Tú su pecho fortalece.
Y nosotros juremos atrevidos,
el acero en la mano, vengar patria,
Dios, trono y religión, y el cielo mismo.
(Al Rey.) Ya el pavor es inútil. *(Al*
[Cardenal.) Tú bendice
nuestras armas, y exhórtanos, ministro
del Dios de las venganzas.
(La campana toca tres veces muy despacio. El Duque y los Cortesanos ponen la rodilla en tierra cruzando sus espadas, y están así durante el discurso del Cardenal.)

CARD. De la Iglesia
humilde, dócil, reverente hijo,
y por su mano maternal creado,
indigno sacerdote del Dios vivo,
os anuncio sus órdenes sagradas;
él os infunde celestiales bríos;
un corazón sereno y religioso
llevad, hijos, llevad al homicidio.
La edad futura envidiará esta empresa;

vengadores del cielo, yo os lo afirmo,
vuestros pecados quedan perdonados.
Dios os entrega ya sus enemigos.
Su impura sangre derramar no puedo
por el carácter de mi sacro oficio;
mas guiaré vuestro acero a la matanza.
En el nombre de Dios, herid, ministros
de su furor. Ya dió el fatal decreto;
al valor y a la fe toca cumplirlo,
y el que muriere en tan heroica em-
[presa,
tendrá la hermosa palma del martirio.

REY. ¿Qué valor en mi espíritu se infunde?
La sangre que derramo, tú, propicio,
acepta, Dios inmenso.

REINA. Él tus deseos
y tu humilde oración oye benigno.
Ven... Desde tu palacio la venganza
dirige.

DUQUE. Mi furor seguid, amigos;
el traidor Coligny caiga primero.
No quede, no, ningún sectario vivo,
ni en la ciudad ni en la campiña.

CARD. Mueran;
y perezca con ellos el impío
nombre de protestantes; que mañana,
al despuntar del sol el primer brillo,
halle a la Francia fiel y venturosa,
vengado a Dios, y al Rey obedecido.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

REY DE NAVARRA.

REY N. ¿Qué clamores infaustos, qué sonidos
me han despertado del profundo sue-
[ño?
Súbito horror derrama en mis sentidos
del bronce herido el pavoroso acento.
¡Qué gritos de dolor!... Quizá mi amigo
víctima cae de fementido acero.
Quizá su encono...

ESCENA SEGUNDA

CANCILLER, REY DE NAVARRA.

REY N. Canciller, ¿tú eres?
CANC. Señor... sabe...
REY N. ¿Qué llanto lastimero
es aquese que inunda tus mejillas?
CANC. Los protestantes... la traición... ¡Oh,
REY N. ¿Y Coligny? [cielos!

CANC. ¡No existe!
REY N. ¿Cuál fué el brazo
que le acabó?
CANC. Cien brazos, cien aceros
dieron fin a aquel héroe venerable.
La cabeza sangrienta al Louvre fiero
vi llevar; vi ese pueblo, de venganzas
y de acerbos rencores instrumento,
hollar y herir su cuerpo destroncado.
REY N. ¡Oh, maldad!
CANC. Nuestros muros se tiñeron
en arroyos de sangre... Los que viven
exhalan su gemido al alto cielo,
excepto los verdugos. De sus hijos
es ya París infausto monumento.
La muerte... la traición...
REY N. Triste presagio,
¿por qué no te creí? ¡Ay Dios!, vole-
[mos...
CANC. Tente: ¿quieres que un crimen más
[enorme
se añada a tantos crímenes horrendos?
Vive, glorioso Rey; los asesinos
no respetaran ni tu nombre excelso
ni tu sangre real. ¡Oh, noche infausta!
Tal vez fiero clamor, tal vez silencio
más fiero todavía... Guisa, horrible,
los crímenes de todos excediendo;
al Dios que, no conocen, invocando,

el Cardenal, sus sacerdotes fieros,
incitando al furor y a la matanza,
mostrando al pueblo el sacrosanto leño
de nuestra redención, diciendo a voces:
«Herid... el Rey lo manda...» Carlos
[mesmo,
con el tubo homicida de su madre,
ejecuta los pérfidos consejos.
Sí: yo le he visto la funesta bala
insano dirigir... Caen indefensos,
víctimas de su furia, los apoyos
más firmes de su trono... Mas, en medio
de tanto horror, tranquila y apacible,
la espantosa matanza dirigiendo,
aplaude Catalina a sus furores,
y las víctimas cuenta.

REY N. Y en sus pechos
la piedad...

CANC. No hay piedad en los franceses;
huyó por siempre del malvado suelo
que habitamos. Se ven por todas par-
[tes
escenas de pavor: el triste viejo,
a pesar de sus canas, inmolado;
el joven fuerte, al número cediendo,
muere en defensa de su triste padre.
El niño expira en el materno gremio;
unos, al despertar, hallan la muerte;
otros, más venturosos, en el sueño;

cuál en los brazos muere de su esposa,
cuál con sus hijos al voraz incendio
es arrojado... A unos precipitan
del torreón de su abrasado techo,
a otros detiene la enemiga espada;
cuando la cruda muerte van huyendo;
y cuál se arroja al Sena, pasa a nado,
y cuando toca el margen contrapuesto
allí la tumba furibunda encuentra.
Cadáveres sin fin, dispersos miembros
en todas partes hacinados yacen.

REY N. ¡Oh, espantosa maldad! ¡Oh, Rey per- [verso!
¡Y tú, Dios de venganzas, no fulminas
el rayo asolador!

CANC. Todos murieron;
tus amigos, el padre de tu infancia,
de la espada católica sintieron
el duro filo. ¿Qué tratado ahora
podrá reconciliarnos? ¡Oh, recuerdo
de nuestra antigua gloria!, noche in- [fausta,
¡oh, si pudiera al eternal silencio
condenar del olvido tus horrores!
¡Oh, Dios de la piedad, que nuestros [nietos
menos bárbaros sean! ¡Que deserten
tan pérfida crueldad! Que los sangrien- [tos

anales de este siglo de venganzas
maldigan y sus bárbaros abuelos.
Yo de un crédulo Rey de esos infames
ministros voy a huir, y en otro suelo
la paz encontraré. Cuantos proscritos
han escapado del cuchillo acerbo,
que se reunan conmigo... Yo su padre
seré y su protector; mi último aliento
para su bien será. Mas, ¡ay!, se acer-
[can...
¿Por qué he vivido tanto? Mi postrero
voto con mis postreras esperanzas
recibe, oh, rey invicto: quiera el cielo,
que un monarca benigno purifique
ese trono, de crímenes cubierto. (*Vase.*)

REY N. Huye de los palacios de un tirano,
virtud santa.

ESCENA TERCERA

REY, REINA, REY DE NAVARRA, CARDENAL, DUQUE, CORTESANOS, GUARDIAS, PAJES CON LUCES.

REY N. ¡Oh, rey!, aquí te espero
para darte la justa enhorabuena.
¡Oh, de grandes monarcas gran mo-
[delo!

Ninguno ha habido como tú, que sepa
degollar hombres por vengar al cielo.

REINA. Ese discurso temerario enfrena.
¿Te debe cuenta dar de sus proyectos
el Rey?

REY N. La debe a Dios y a sus vasallos.

CARD. Y Dios aprueba su inflexible celo.
Abatió los sacrílegos altares
y restablece el culto verdadero.
Coligny era traidor.

REY N. ¡Coligny!..., ¿cómo?

DUQUE. Sí; meditaba...

REY N. Ya murió... ¿Contentos
no estáis, crueles? Vuestra boca impía
amancilla su honor, y en vuestros pe-
[chos,
allá, la verdad santa os atormenta.
¡Héroe inmortal!, ¡apoyo del imperio!...
Yo te lloro... lo ven... y los impíos
se alegran de mi queja y mi lamento.

REINA. Indigno es tu dolor y refrenarlo
debes.

REY N. No lo esperéis, ánimos siervos.
La Francia el arte vil no conocía
de halagar y matar... ¿Por qué en el
[seno
de la Italia falaz no le dejaste,
cruel? Reina homicida, el nombre ex-
[celso

de Médicis mancillas con tu furia,
y, madre criminal, el trono, el reino
y la ley aniquilas, y a tu hijo
das en herencia el odio sempiterno
de los franceses indignados... Tiembla,
cómplice del delito más horrendo;
ya desde aquí comienza tu castigo.
En tus ojos turbados claras veo
las furias de tu pecho destrozado.
Yo vivo; en mí te queda, rey perverso,
una víctima ilustre... Ya en tu frente
de divinas venganzas miro el sello;
ya ilumina tu espíritu aterrado
el tardío, el atroz remordimiento;
ya temes a la Francia y a ti mismo;
ya envidias el descanso que tu acero
dió a Coligny; tus ásperas congojas
no cederán al bálsamo del sueño.
Morirás en tus años juveniles,
y alrededor, entonces, de tu lecho,
verás, no esos infames cortesanos,
sino la imagen del horror acerbo
que has cometido: de hombres dego-
[llados
los descarnados lívidos espectros;
sus gritos de venganza el juez divino
ya el vengativo rayo despidiendo;
la Francia alegre, en tu morir gozosa,
y llena de esperanza; a oprobio eterno

condenado tu nombre... y los suplicios
que guarda a los malvados el infierno.
Entonces gemirás..., ¡gemido inútil!
Mas venganza serás de tierra y cielo,
y sobre ti caerá, rey inhumano,
toda la sangre de que fuiste reo.

ESCENA CUARTA Y ULTIMA

REY, REINA, CARDENAL, DUQUE, CORTESANOS, GUARDIAS, PAJES CON LUCES.

REINA. ¿Apenas libre de la muerte, osa
amenazar su Rey? ¡Qué atrevimiento!
¿Tú gemir, hijo mío?... Quien le pudo
salvar, podrá oprimirle... Tiemble el
[mesmo.

REY. Verdad dijo, ¡ay de mí!

REINA. ¡Cómo!

REY. ¡¡¡Un gran crimen
he cometido yo!!!

CARD. Rey justiciero,
castigaste a rebeldes.

REY. ¡¡¡Asesino
soy yo, no Rey!!!

REINA. Era forzoso hacerlo;
tu interés...

CARD. El altar...

DUQUE. La gloria mesma
del trono...

REY. ¡Impíos!... ¿Y aun queréis
de nuevo engañarme? No quedan nunca
[impunes
los delitos de un Rey. ¿Por qué no
[puedo
asociaros, malvados, a mi pena?
Vosotros, causa de mi llanto eterno,
corrompisteis mi alma... yo miraba
inocente y feliz la luz del cielo...
Ya... me es odiosa... ¿Dónde huiré?...
[¿Qué abismo
me ocultará en sus sombras?... Con tu
[velo,
¡oh, noche funeral!, cubre a un mal-
[vado...

REINA. Hijo...

REY. ¿Por qué os reunís en este puesto?
Esperad, no marchéis, temblad... ¡Qué
[miro!...
¿Desnudas las cuchillas?... ¿A qué pecho
contrario se destinan?... Despiadados,
vuestros hermanos, los amigos tiernos,
herís?... Yo os lo prohibo... ¿De qué
[sangre
esas espadas inundadas veo?
¡Ay!, ¡¡yo mismo también, monstruo
[perjuro,

con sangre de mis súbditos cubierto!!
¡Los palacios, los pórticos, las calles,
las plazas... todo es sangre!... Triste
[espectro,
¿quién eres? Tus miradas llameantes,
tu grito sepulcral, tu abierto seno...
¡Ah, Coligny!, suspende tu venganza...
Tu brazo me arrebata al hondo aver-
[no...
Dios vengador del crimen, tú perdona;
perdona, Coligny... perdona, ¡oh,
[pueblo
asesinado!... Compasión reclama
este homicida... Odiosos consejeros
a engañar me enseñaron... Fuí perjuro
a la patria, al honor, al grito tierno
de la Naturaleza, y mi ruina
será de los Monarcas triste ejemplo.

APÉNDICES

APÉNDICE PRIMERO

Índice del manuscrito

Páginas

POESIAS SAGRADAS

POESIAS PROFANAS

Páginas

POESIAS EROTICAS

Páginas

26

Páginas

Páginas

SONETOS

Páginas

ROMANCES

IDILIOS

EPIGRAMAS

APÉNDICE SEGUNDO

Bibliografía de la poesía de D. Alberto Lista

1—Poesías de una Academia de Letras Humanas, en Sevilla. Antecede una vindicación de aquella Junta, escrita por su individuo D. Eduardo Adrián Vacquer, presbítero, contra los insultos de un impreso, con el título de «Carta familiar de D. Myas Sobeo a D. Rosauro de Safo».—En Sevilla, 1797.

Contiene las siguientes poesías de D. Alberto Lista:

POESÍAS SAGRADAS: «Al nacimiento de Jesucristo», «A la resurrección de Nuestro Señor», «A la conversión de los godos en España en el reinado de Recaredo», «A la Concepción de Nuestra Señora».

POESÍAS PROFANAS: «A Dalmiro», traducción de la oda de Horacio *Sic te Diva potens Cypri...*

SONETOS: Traducción de uno de Tasso. Traducción de otro del Marqués Orsi. Traducción de otro del Abate Leonio. Traducción de otro del Marqués Bentivogli. «A Dalmiro», «A la entrada de la Primavera», «A la muerte de Dorilo», «A la Luna», «A Albino», «A la Amistad», «A Fileno», «La jardinera», «A Mirtila» (10 odas anacreónticas).

2—*Correo literario y económico de Sevilla*. Con facul-

tad real. En la imprenta de la viuda de Hidalgo y sobrino, calle de Génova.—Bisemanal. Noviembre de 1803, mayo de 1808 (14 tomos).

Contiene las siguientes poesías de Lista:

«Elegía a la muerte de Alexis», «Epístola a un amigo elevado a la Magistratura», «Epitalamio», «Himno a la esposa», «Idilio», «La zagala libre».—ODAS: «El convite del pescador» (traducción de Metastasio), «Vano temor de lo venidero», «A Dalmiro», «La gratitud», «La muerte, principio de nuestra felicidad»; «Los placeres detestados», «A Licino, que abandonó las musas por el amor»; «A Berilo, para que vuelva a los brazos de sus amigos»; «A Albino», «A Corila», «La belleza interior», «La mudanza de Belisa», «A la sabiduría», «A Dalmiro», «El premio del amor», «A Silvio, en la muerte de su hija»; «La mañana», «Al amor, en loor de Silena»; «La ausencia» (traducción de Leonard), «Al cumpleaños de Celmira», «El convite del estío», «La tranquilidad de las bellas letras», «La moderación de los deseos», «La tempestad», «La muerte de Jesús», «El mediodía».—ROMANCES: «El pescador Anfriso», «El temor de la mudanza», «La Primavera» (traducción de Metastasio).—SONETOS (10): «Mis primeros amores».—Traducciones del Petrarca: cuatro sonetos.—Traducciones del Bondi: dos sonetos.

3—«El sacrificio de la Esposa», oda a la solemne profesión religiosa de la madre Sor María Fernanda de la Trinidad Blanco y Crespo, celebrada en el Monasterio de Santa María de los Reyes, de esta ciudad, en 27 de junio de 1804, por D. Alberto Lista y Aragón, presbítero.—En Sevilla, por la viuda de Hidalgo y sobrino, calle de Génova. Cuaderno en 8.º, 8 páginas.

4—Al Excmo. Sr. D. Francisco Xavier Castaños, Capitán general del Ejército y ex General en jefe de Andalucía: «La victoria de Bailén», oda. Impresa de orden de la Junta Suprema.—Sevilla, por la viuda de Hidalgo y sobrino. Cuaderno en 4.°, 8 páginas.—Firmada: *El Cantor de Anfriso.*

5—*El Censor*, periódico político y literario.—Madrid, 1920.

Contiene:

«Geórgicas portuguesas», por Luis Mozinho de Alburquerque (traducción de varios fragmentos); tomo I, pág. 446.

Les Vepres siciliennes, tragedie, pour M. Casimir Delavigne, 1819 (traducción de varios fragmentos); t. IV, pág. 476.

6—«Poesías de Don Alberto Lista».—Madrid: Imprenta de D. León Amarita (plazuela de Santiago), año 1822. — 4.º menor, IV y 375 y una página al final en blanco.

Contiene:

Soneto dedicatoria: «A Albino».—Poesías sagradas (XIII composiciones).—Líricas profanas (XX). Poesías filosóficas (XX).—Poesías amorosas (XXIV) Sonetos (XXXV). — Romances (XVII). — Idilios (XXVIII).—Epigramas (XXV).

7—«Poesías de Don Alberto Lista.» Ajustada a la de Madrid de 1822, y aumentada con una poesía del mismo autor.—París, Herhan, 1834.—18.º mayor.

8—«Poesías de Don Alberto Lista.» Segunda edición.—Madrid, en la Imprenta Nacional, 1837.—Dos tomos en 8.º. Tomo I, VIII y 258 páginas y dos sin numerar finales; t. II, II y 276 páginas.

Contienen:

Tomo I: «A Albino.»—Poesías sagradas (XVIII). Líricas profanas (XXXII). — Poesías filosóficas (XXII).—Sonetos (XL).

Tomo II: Poesías amorosas (XXV).—Romances (XXVI).—Idilios (XXXVII).—Epigramas (XXV).

9—«El Laberinto», 1844-1845.—Romance: «A Don Francisco Rodríguez Zapata».

Fechado: 15 de julio de 1844.

10—«Biografía del Sr. D. Alberto Lista y Aragón, seguida de una colección de sus poesías inéditas y otras no comprendidas en las ediciones que se han hecho de las de dicho señor.»—Madrid, 1848.—8.º, 200 páginas.

Contiene:

Poesías: «La inocencia perdida».—Odas.—Romances.

El autor de la Biografía es D. Francisco Pérez de Anaya.

11—*Revista de España e Indias*, 1848.—Tomo XII. «Oda a Aristo.»

12—*Semanario Pintoresco Español*, 1850.—«Oda a Aristo.»

13—*Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, fundada en 1855 por D. Manuel Cañete y D. José Fernández Espino.—Sevilla. Imprenta y litografía de la *Revista Mercantil*, calle de Tetuán, núm. 21.

«En un Album.»

14—«Diálogos políticos y literarios y discursos académicos de D. Antonio Cabanillas», 1859.

Soneto: «Los afrancesados» (pág. 129).

15—«Biblioteca de Autores Españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días», t. XXIX.—«Poemas épicos», colección dispuesta y revisada por don Cayetano Rosell.

Tomo II, pág. 504: «La Inocencia Perdida» (canto heroico), por D. Alberto Lista y Aragón (1).

16—«Biblioteca de Autores Españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestro días», t. LXVII.—«Poetas líricos del siglo XVIII», colección formada e ilustrada por el Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto, de la Academia Española.

Tomo III: «Don Alberto Lista: Poesías».

Reproduce la edición de Madrid de 1837 y añade las siguientes:

Piezas escogidas de los poetas rusos, traducidas al inglés por el Sr. D. Juan Bowring (traducción de varios fragmentos).—Geórgicas portuguesas de Luis da Silva Mozinho de Alburquerque (traducción de varios fragmentos). — Odas (II).— Sonetos (IV).—Egloga a Aristo.—Romances (IV).—«A la inmaculada Concepción de Nuestra Señora», «A la Reina nuestra señora Isabel II», «En un Album», «Al niño Alberto Pérez de Anaya», «El Imperio de la estupidez» (traducción del *The Dunciad*, dv Pope).

17—«Don Alberto Rodríguez Lista: Conferencia ilustrada con documentos y cartas inéditas acerca de su vida y de sus obras», por Manuel Chaves.—Sevilla. Tip. *El Mercantil Sevillano* (San Eloy, 16), año 1912.

Oda al Excmo. Sr. Duque de Dalmacia, dedicándole la traducción de *El enfermo de aprensión*, de Moliere (pág. 73).

---

(1) Nos facilitó la copia de esta obra inédita el Sr. D. Antonio Martín Villa, dignísimo secretario de la Universidad de Sevilla. (Nota del prólogo, pág. XVII.)

APÉNDICE TERCERO

Bibliografía sobre la poesía de D. Alberto Lista

Se incluyen en esta sección los libros o artículos en que se considera a D. Alberto Lista como poeta, exceptuando los tratados de carácter general, aunque en ellos se verse bajo este aspecto su obra.

1—«Hijos de Sevilla señalados en santidad, letras, armas, artes o dignidad», por D. Justino Matute y Gaviria.

Anotados y corregidos por la Redacción del Archivo Hispalense.—Sevilla, año 1886; t. I, pág. 5.

Noticia contemporánea, anterior a la primera edición de sus poesías.

2—«El Artista», año 1835.

Literatura.—Galería de ingenios contemporáneos: «Don Alberto Lista», por E. de O. [Eugenio de Ochoa]; t. II, pág. 301.

3—«A la memoria del Sr. D. Alberto Lista y Aragón, que falleció el día 5 de octubre de 1843.»—Sevilla, 6 de octubre de 1848.

Contiene poesías de D. José Velázquez y Sánchez, D. Angel María Ducarrete, D. Luis Segundo Huidobro y D. Teodomiro Fernández.

4—«Corona poética dedicada por la Academia de Buenas Letras, de Sevilla, al Sr. D. Alberto Lista y Aragón», precedida de su Biografía, escrita por el Sr. D. José María Fernández Espino.—Sevilla. Imprenta y Librería española y extranjera, calle de Olavide, núms. 4 y 5 (1849).—Mayo, 1850.

Contiene poesías de Coronado, Hartzenbusch, Zoleo, Rodríguez Zapata, Capitán, Huidobro, Dacarrete, Belza, Fernández Navarrete, Brussola, Ferrer del Río, Amador de los Ríos, Bretón de los Herreros, Zea, Azcutia, Sánchez del Arco, Castro, Ruiz Aguilera, Benavides, Ariza, Ramírez y las Casas-Deza, Cervino, Fernández-Guerra y Orbe, Albuerne, Sánchez de Fuentes, Agustín Príncipe, Flores Arenas, Ollcqui, Rodríguez Rubí, Fernández-Espino, Cañete, Romea, Baralt, Rossell, García de Quevedo y Romero Larrañaga.

5—Galería de la Literatura Española: «Don Alberto Lista» (Biografía), por D. Antonio Ferrer del Río.—Madrid, 1846.

6—«Biografía del Sr. D. Alberto Lista y Aragón...» (Véase el núm. 10 de la anterior bibliografía de la poesía de D. Alberto Lista.)

7—*Revista de Ciencias, Literatura y Artes*, fundada en 1855 por D. Manuel Cañete y D. José Fernández Espino.—Sevilla, 1860. Imprenta y litografía de la *Revista Mercantil*, calle de Tetuán, núm. 21.

«Observaciones sobre las poesías de D. Alberto Lista.»

Nota.—Insertamos con placer este trabajo crítico, debido a la pluma de nuestro malogrado colaborador D. Manuel Ruiz de Crespo, el cual acaba de

morir repentinamente en esta ciudad, su patria.—Tomo VI, págs. 320 y 385.

8—«Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días.»—Madrid, año 1875; t. LXVII.

Noticia biográfica, por D. Eugenio de Ochoa (página 269).

9—«Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos XVIII y XIX.» Memoria escrita por D. Angel Lasso de la Vega y Argüelles.—Madrid, 1876; cap. VI, pág. 60.

10—*La Enciclopedia*, revista científico-literaria.—Sevilla, 5 de octubre de 1878 (núm. 45).

«Don Alberto Lista».—Firmado: A. G.

11—«Lista y Aragón: Sus méritos como poeta y crítico.»—Discurso leído en el acto de recibir la investidura de licenciado en Filosofía y Letras, por don Manuel Merry Colón, abogado del Ilustre Colegio de Sevilla.

Sin portada ni año de impresión.

12—Discursos leídos ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 3 de enero de 1897, por el Excmo. Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán, marqués de Jerez de los Caballeros, y el Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, en la recepción del primero.—Sevilla, 1897.

13—Manuel Chaves: «Don Alberto Rodríguez Lista». Conferencia ilustrada con documentos y cartas inéditas acerca de su vida y de su obra.--Sevilla, 1912.

14—*Bulletin of Spanish Studies.*—El soneto *Night and death*, de Blanco White, por Miguel Artigas.

Contiene un soneto de Blanco a Lista.

ÍNDICE

Páginas.

Páginas.

Páginas.

